



*Destino
oculto*

*Brianne
Miller*



Destino Oculto

Brianne Miller

Laureen McLean está cansada de la monótona vida que lleva en Boston. Desde que su mejor amiga se mudó, su vida se limita a ir a trabajar, comer y dormir. Una tarde encuentra en el periódico el anuncio de un ranchero que busca esposa por correspondencia, y aunque le parece una idea loca y descabellada, se atreve a escribirle una carta.

Semanas más tarde ni siquiera se acuerda del vaquero, pero se sorprende al encontrar en su buzón respuesta a su carta, donde le pide que vaya a Tyler Dx para conocerse y ver si podrían llegar a buen puerto. Tras mucho pensarlo, Laureen se lía la manta a la cabeza y coge un avión para encontrarse de frente con su destino.

Esta obra es una adaptación de la obra “La cara oculta del destino”, escrita por la misma autora.

El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del titular del copyright. Todos los derechos reservados.

Primera edición: agosto 2017

Título original: Destino oculto

© Brianne Miller 2017

Diseño de Portada: Gema Millanes

Maquetación: Gema Millanes

Imágenes de portada: Shutterstock

Indice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Epílogo

Capítulo 1

Laureen McLean tiene treinta y un años y trabaja como secretaria en un bufete de abogados en Melville Avenue, al sur de Boston. Su vida es demasiado aburrida y monótona. Desde que su mejor amiga, Kristen, se casó el mes pasado, no tiene a nadie con quien pasar su tiempo libre. Su hermano trabaja como médico de urgencias en San Francisco, y Kristen se ha mudado con su marido a Nueva York, así que su vida se resume en ir a trabajar, comer y dormir.

Hoy se siente especialmente cansada... y triste. La soledad es mala compañera cuando tu autoestima está por los suelos... como la suya. Hay veces en las que piensa que jamás encontrará a un hombre que se enamore de ella, que nunca podrá tener la familia que tanto desea tener. Y hoy es uno de esos días. Cuando sale del trabajo, se acerca al supermercado de la esquina para comprar algo para cenar, y de paso se hace con un periódico para enterarse de lo que pasa en el resto del mundo, pues no ve demasiado la televisión a no ser que sea para ver una película.

Una vez en casa, se da una ducha rápida, se pone su pijama de corazoncitos y se calienta la lasaña en el horno. Acompaña la insípida cena con una copa de vino y se sienta en el sofá a ojear el periódico. De repente, un anuncio en la esquina inferior izquierda llama su atención.

Soy un viudo de treinta y cinco años y necesito una mujer para casarme. Los requisitos necesarios son: edad comprendida entre treinta y treinta y cinco años, experiencia en el manejo de un rancho y que le gusten los niños. Interesadas dirigirse a la dirección abajo indicada.

—¿En serio aún hay gente que busque esposa por correspondencia? —dice para sí misma— Con los avances que hay en Internet y la de páginas de citas que existen...

Continúa ojeando el periódico, pero su mente no deja de volver una y otra vez al anuncio de la esposa por correo. No hay nombre, solo un apartado de correos de Tyler, en Texas. La curiosidad la atrapa, y vuelve a leer el anuncio una vez más.

—Estoy loca, estoy como una puñetera cabra.

Suelta el periódico en el sofá y termina de cenar. Necesita dormir, así que se mete en la cama temprano, pero no consigue conciliar el sueño. No puede dejar de pensar en el rancho, su mente no deja de imaginar cómo será ese hombre. No puede evitar imaginar a un hombre alto, guapísimo a rabiar, con unos músculos de infarto y una sonrisa que podría desarmar a cualquiera. ¿Pero cómo un hombre de ese calibre iba a poner un anuncio en el periódico? Un hombre guapo solo tendría que salir a la calle y sonreír a la primera mujer que pasase por su lado para tener a una esposa colgando del brazo, así que el pobre señor tiene que ser normalito, tirando a feo... y encima tímido. Sí, eso debe ser... El dueño de ese anuncio tiene que ser un hombre tímido e introvertido que no se atreve a acercarse a ninguna mujer.

—¡Vamos, Laureen! ¡Duérmete ya! —gime tapándose la cabeza con la almohada.

Pero no deja de pensar en el anuncio. Quizás esto es lo que necesita para ser feliz. Quizás un hombre como su rancho desconocido es lo único que puede conseguir. De un salto, sale de la cama y escribe una breve carta.

Estimado señor, mi nombre es Laureen McLean y vivo en las afueras de Boston.

—Vale... Ahora tengo que venderme bien para que quede impresionado —susurra—. A fin de cuentas no tengo ni la más remota idea de cómo funciona un rancho...

Una imagen de su misterioso señor, regordete y bonachón, cruza su mente montando un enorme caballo blanco con manchas negras.

—Céntrate, Laureen... Céntrate.

Aunque realmente no sé nada sobre el funcionamiento de un rancho puedo aprender, y además me encantan los niños. Me gustaría que me diese la oportunidad de conocernos, porque si bien puedo no ser la adecuada para sus necesidades, sí sé que podemos llegar a ser muy buenos amigos.

Lee la misiva varias veces antes de meterla en un sobre. Por suerte, siempre tiene en un cajón del salón material de oficina, y encuentra un par de sellos que parecen ser de curso legal. No puede esperar más, así que se pone su bata de franela y sus zapatillas de ositos y corre hasta el buzón de correos de la esquina. Gracias a Dios son las tres de

la mañana y nadie la ve con esas pintas, y vuelve a casa con la dignidad intacta. Esta vez, en cuanto cae en la cama su mente vuela hasta el mundo de los sueños, donde su hombre misterioso cabalga hacia el ocaso en su magnífico purasangre blanco y negro.

A la mañana siguiente se despierta de muy buen humor. Incluso se anima a maquillarse, cosa que llevaba bastante tiempo sin hacer. A la hora del desayuno llama a Kristen para contarle las nuevas noticias.

—Hola guapa, ¿cómo estás? —canturrea su amiga nada más descolgar.

—Creo que echaros tanto de menos ha conseguido hacerme perder la cabeza.

—Nosotros también te echamos mucho de menos, Laureen. ¿Qué te ha llevado a creer lo que todos ya sabíamos? Porque llevas mucho tiempo estando loca de atar... — bromea su amiga.

—Muy graciosa. Anoche compré el periódico y vi un anuncio en el que no pude dejar de pensar, así que...

—¿Te has comprado una aspiradora?

—No, he contestado a una propuesta matrimonial por correo.

—¿¿Que has hecho qué?? —grita Kristen— ¿Pero tú te has vuelto loca? ¿Y si es un violador, o un asesino en serie?

—No creo que sea nada de eso, Kris, y siento que esto es lo que tengo que hacer. Además, lo más seguro es que ni me conteste.

—¿Y qué harás si lo hace? ¿Dejarte cortar en trocitos como si fueses carne de vaca?

—Pues si me contesta, iré a conocerle y si todo va bien serás mi dama de honor.

—Tienes razón, Laureen. Te has vuelto completamente loca. Estás para que te encierren, en serio.

—No exageres...

—¿Que no exagere? No pienso permitir que lo hagas, ¿me oyes? Ahora mismo cojo un vuelo y me planto en tu casa para darte dos bofetadas a ver si espabilas.

—¿Tengo que recordarte que es mi vida?

—¡Una vida que quieres poner en peligro! Estás cometiendo un gran error, Laureen, y no pienso permitirlo.

—No voy a seguir discutiendo contigo, Kris. Pienso seguir adelante con esto, te guste o no.

—Muy bien, haz lo que te dé la gana, pero que sepas que no estoy nada de acuerdo. No se te ocurra apagar el teléfono, ni desaparecer, o llamaré al FBI.

—No te preocupes, que te llamaré para mantenerte al día.

—Prométemelo.

—Te doy mi palabra. Y ahora te dejo, que tengo que volver al trabajo. Cuídate. Te quiero.

—Yo también te quiero. Llámame.

Sonríe al colgar el teléfono. Aunque su amiga es un poco alarmista, no deja de tener razón. No sabe nada de Aiden, y puede ser cualquiera, incluso un loco o un asesino. Pero algo en su interior le dice que esto es lo que tiene que hacer, lo que necesita hacer para seguir adelante con su vida.

Capítulo 2

Las primeras luces de la mañana empiezan a filtrarse por las rendijas de la persiana de su habitación, pero ya hace rato que Aiden está en pie. Acaba de llegar de dar de comer a los caballos, y va a darse una ducha antes de ir a desayunar. Mira por enésima vez el periódico que está encima de su escritorio. Menuda estupidez eso de los anuncios por palabras... sobre todo si son para buscar una esposa. Debió hacerle caso a Adam, su hermano gemelo, cuando se rió de su idea, pero ahora todo el país sabe que hay un ranchero estúpido viviendo en Texas.

Con un suspiro se dispone a meterse en la ducha. Hace bastante calor, y el agua fría le relaja. Diez minutos después, se encuentra con su hermano en la cocina, que está friendo beicon y huevos... como cada vez que le toca cocinar.

—¿En serio, Adam? ¿Es que no sabes hacer otra cosa? —protesta sentándose a la mesa.

—Me gusta el beicon, tío. Y me gustan los huevos fritos. Este es el mejor desayuno del mundo.

—Y estoy seguro de que no vas a llegar a los cincuenta sin tener el colesterol por las nubes... Y yo tampoco, por desgracia.

—En el armario tienes la alfalfa, Aiden —protesta su hermano.

—No es alfalfa, capullo, es muesli. Y te vendría bien un poco para mejorar tu humor.

—Mi humor se mejora con beicon. Ya lo sabes.

Su hermano sirve la comida en dos platos y se sienta frente a él en la mesa.

—¿Vas a ir a la ciudad? —pregunta Adam.

—Sí, tengo que pasarme por la ferretería. Nos hacen falta varias cosas. ¿Por qué?

—Para que vayas a ver a mamá y a papá. Hoy le toca a Beth, pero no se encuentra demasiado bien.

—No hay problema. ¿Qué le pasa a la enana?

—Un resfriado. Ha pasado toda la noche con fiebre, y tiene cita en el médico a las once.

—Vale, pues me pasaré también por su casa a ver si necesita algo.

—Yo voy a ponerme ya manos a la obra —dice Adam levantándose—. Creo que *Atenea* va a dar a luz de un momento a otro.

Aiden ve cómo sale por la puerta, y sonrío inconscientemente al verle tan relajado. Hacía mucho tiempo que no le veía así, y se alegra de que por fin haya superado su divorcio.

Da buena cuenta de su desayuno y se pone rumbo a la ciudad. En cuanto carga en la ranchera los tablones para arreglar la valla de la zona norte, se acerca a casa de sus padres. Cuando abre la puerta de entrada, el olor a tarta de manzana inunda sus fosas nasales, arrancándole un gemido. Su madre asoma la cabeza por la puerta de la cocina con las manos cubiertas de harina y sonrío al verle acercarse.

—Hola, cariño —dice la mujer dándole un beso en la mejilla—. Me alegro de verte.

—Hola mamá, espero que quede algo de tarta para mí. Hoy le tocaba a Adam preparar el desayuno y me muero de hambre.

—Siéntate y sírvete café, voy a cortarte un pedazo. —Señala con la cabeza el aparador de la entrada—. Esa carta es para ti.

Observa a su madre con una sonrisa. Aunque no le ha llevado en su vientre, le quiere como a su propio hijo... igual que a sus hermanos. Sus padres biológicos murieron en un accidente de tráfico siendo ellos muy pequeños, y Mandy trabajaba en el hospital al que les llevaron cuando esto sucedió. Se negó a permitir que la asistente social les llevase con familias distintas, así que habló con su marido, les adoptó y les dio la educación que todo niño debería recibir: una basada en el respeto y el cariño.

—Y dime, hijo —dice sacándole de sus cavilaciones—. ¿Qué tal va todo por el rancho?

—No tan bien como debería, pero nos apañamos. Se hace notar la falta de una mujer en la casa, Adam y yo no damos abasto con todo.

Sus padres decidieron jubilarse hace unos meses, y desde entonces viven en la ciudad. Ahora el rancho les pertenece a su hermano y a él, pero dos hombres solos no pueden con todo, y la casa no está en demasiadas buenas condiciones.

—Sé que está siendo muy difícil, pero dejar el rancho era lo que teníamos que hacer. Tu padre y yo necesitábamos tranquilidad, sobre todo después de su amago de infarto.

—Lo sé, mamá. ¿Dónde está, por cierto? No he visto su coche en la entrada.

—Ha ido a arreglarle el coche al señor Smith, no creo que tarde en volver.

Da buena cuenta de su tarta, que se deshace en la boca, y se bebe el café de un sorbo antes de levantarse.

—¿Te vas tan pronto? —pregunta su madre.

—No puedo quedarme más —dice—. Saluda a papá de mi parte y dile que no trabaje demasiado.

Su madre me entrega una tartera con una sonrisa.

—Toma, que a mi hijo pequeño también le gusta mi tarta.

—No te aseguro que llegue a casa... está demasiado buena —bromea—. Hasta luego, mamá.

Coge la carta de camino a la puerta y la abre cuando está sentado frente al volante.

Estimado señor:

Mi nombre es Laureen McLean y vivo en las afueras de Boston. Aunque realmente no sé nada del funcionamiento de un rancho puedo aprender, y además me encantan los niños. Me gustaría que me diese la oportunidad de conocernos, porque si bien puedo no ser la adecuada para sus necesidades, sí sé que podemos llegar a ser muy buenos amigos.

Un cordial saludo, Laureen

Sonríe doblando de nuevo la carta y dejándola caer en el asiento de al lado. Él no necesita una amiga, sino una mujer que le ayude a llevar el maldito rancho. ¿Qué parte de su nota no entendió esa mujer? Ella es de Boston, jamás encajará en su vida.

Con un suspiro, pone el coche en marcha hasta la casa de su hermana. Ella le abre la puerta con desgana, envuelta en una manta y con signos evidentes de tener la fiebre bastante alta.

—¿Has ido al médico? —pregunta Aiden cogiéndola en brazos para llevarla a la cama.

—Mírame, Aiden... ¿Acaso crees que puedo conducir hasta allí? Estoy esperando que llegue Clay.

—Yo te llevo.

—No hace falta, solo necesito dormir un poco.

—¡Pues claro que hace falta! Vamos, acuéstate. Voy a prepararte algo de desayunar y te llevo al hospital. No tienes demasiado buen aspecto.

Aiden baja las escaleras de dos en dos y le prepara un buen desayuno a su hermana: un vaso de leche caliente, un par de tostadas francesas y un zumo de naranja. Sabe que no se va a terminar ni la cuarta parte de lo que hay en la bandeja, pero intentará obligarla a comer el máximo posible.

Apoya la bandeja en la mesita de noche y la incorpora con cuidado.

—Vamos, tómate el desayuno mientras te busco un analgésico —ordena.

—Están en el cuarto de baño de abajo, en el armario de espejos.

Media hora después, se encuentran en el hospital esperando que el médico examine a su hermana. Está preocupado, aunque seguramente será una simple gripe. Llamó a Aiden hace un rato para avisarle de que iba a tardar en llegar, así que solo queda que su cuñado llegue de un momento a otro.

—Bien, Beth, como suponía es una gripe —dice el médico—, Tómate estos sobres cada ocho horas durante la próxima semana. En unos días te encontrarás mejor.

—Gracias, doctor.

Aiden suspira aliviado y ayuda a su hermana a salir de la clínica. Clay aparece en ese momento con la sirena del coche patrulla puesta, derrapa frente a la puerta del hospital y cruza la cristalera a toda velocidad, pero se detiene en seco al verles parados con los ojos como platos frente a él.

—¿Ya está? —pregunta— ¿Qué ha dicho?

Aiden disfruta viendo cómo su mejor amigo abraza a su hermana lleno de amor, y en su fuero interno desea encontrar a una mujer que le complete de la misma manera.

—Solo es una gripe, cariño —contesta Beth—. Reposo y se pasará.

—Le ha mandado estos sobres —dice Aiden extendiéndole la receta a su amigo—. Tiene que tomarlos cada ocho horas.

—Gracias por traerla, Aiden. He venido lo antes posible, pero estaba en la otra punta de la ciudad.

—No hay problema. Tengo que irme, ¿la llevas a casa?

—Sí, me he tomado el resto del día libre.

—Muy bien. Nos vemos, parejita.

Cuando sube de nuevo a su coche, no puede evitar fijar la vista de nuevo en la carta que yace en el asiento del copiloto. Vuelve a pensar en la mujer, y por su mente comienzan a volar las dudas. ¿Cómo será? ¿Tendrá el cabello rubio o moreno? ¿Será alta o bajita como su hermana? ¿Le gustará vivir en el rancho? Quizás esté cometiendo una locura, pero se dirige a la oficina de correos y contesta a esa carta con la esperanza de que Lauren McLean sea la mujer que necesita.

Laureen ni siquiera se acuerda del anuncio del periódico, cree que el ranchero la ha descartado al enterarse de que jamás ha vivido en el campo. Ha vuelto a su monótona vida, y encontrar una compañera de piso decente está acabando con su paciencia. Necesita a alguien que comparta la mitad de los gastos, pero todas las personas que se han presentado hasta el momento tienen algún fallo garrafal que le hace descartarlos al momento. O quizás es que echa de menos a Kristen. Son amigas desde el colegio, se conocen perfectamente la una a la otra, y cuando decidieron mudarse a vivir solas, la convivencia fue un campo de rosas.

Esa tarde tiene una última entrevista. Si la chica no le convence, se rendirá y será ella quien se mude a un apartamento más pequeño. Mira el reloj y suspira aliviada al ver que ya es hora de irse a casa. Recoge sus cosas como cada día, coloca sobre la mesa de su jefe los informes que le ha pedido, se pone su chaqueta y sale a la calle. El cielo está cubriéndose de nubarrones negros, así que corre hasta la boca del metro para evitar ponerse como una sopa. Por suerte, su tren llega unos minutos después, así que tendrá tiempo de ir al supermercado antes de que cierre.

Compra algo de fruta, verdura, y un envase de macarrones con queso para comer. No le apetece ponerse a cocinar, y quiere tumbarse un rato antes de que llegue la chica que con suerte se convertirá en su compañera de piso. En cuanto entra al portal, se da cuenta de que hay una carta en su buzón. ¡Qué extraño! Ella no espera correspondencia de nadie, porque con su familia habla por teléfono o Skype. En cuanto ve que el franqueo es de Tyler Dx, la ciudad donde vive el vaquero a quien escribió, su mano empieza a temblar. Sube corriendo las escaleras, entra en su casa y se deja caer en el sofá. Los dedos no le responden en su prisa por abrir el sobre.

Estimada Srta. McLean:

Me alegra que haya sido tan honesta conmigo y tengo muchas ganas de conocerla. Le envió un billete de avión para que se reúna conmigo en Tyler. Comprenderé que haya cambiado de opinión, aunque estaré en el aeropuerto el sábado próximo para recogerla.

Atte. Aiden McBride

Laureen se deja caer en la alfombra riendo de felicidad. Quizás su vida al fin dará el giro que tanto necesitaba. Quizás viviendo en otra ciudad se sentirá plena, y si tiene un poco de suerte, su vaquero misterioso terminará por convertirse en un marido atento y cariñoso, como Matt lo es con Kristen. Hablando de Kristen... Decide llamarla para darle las buenas noticias.

—Hola Laureen, ¿qué tal estás? —pregunta su amiga nada más descolgar.

—¡Ha contestado! —exclama emocionada.

—¿Que ha contestado? ¿Quién?

—Por fin he recibido contestación del ranchero. Se llama Aiden, y me ha enviado un billete de avión para que vaya a Texas y podamos conocernos en persona.

—Laureen, sigo pensando que es una locura. ¡No sabes nada de ese hombre!

—Tú tampoco sabías nada de Matt cuando os conocisteis, y mira qué bien ha salido todo.

—No es lo mismo, y lo sabes.

—Kris, tú has cometido tus propios errores, déjame cometer los míos, ¿de acuerdo?

—Hay algo que me huele mal en todo este asunto. No me fío de ese hombre, Laureen. No es normal hacer lo que él ha hecho.

—Yo sí me fío de él, y voy a ir a verle tanto si te gusta como si no.

Laureen escucha suspirar a su amiga al otro lado de la línea y sonrío satisfecha. Ha ganado la batalla.

—¿Cuándo te vas? —pregunta Kristen pasados unos segundos.

—El sábado.

—Mantenme informada, ¿me oyes?

—Sí, no te preocupes. Te dejo, que aún me quedan muchas cosas por hacer. Hasta luego, Kristen.

—Cuídate mucho, Laureen, por favor. Y si hay algo que no te gusta, sal inmediatamente de allí.

En cuanto cuelga el teléfono, llama a la chica de la entrevista para posponerla, y a su jefe para pedir unos días libres. Aunque protesta porque es muy precipitado, accede. Después de todo le deben unos días de vacaciones, así que...

Jamás en su vida ha hecho nada con tanta ilusión como preparar la maleta que llevará a Texas. Cuida minuciosamente su atuendo para cada día, y dedica la tarde a pasar por la peluquería. Tiene que depilarse, y quiere darse un cambio de look, así que se alisa el pelo y se lo corta a la altura de los hombros, y cambia su color castaño por unas mechas color miel. Después de eso se quita las uñas de porcelana para dejárselas cortas, con una manicura sencilla, y vuelve a casa para cenar algo e irse a la cama temprano. Es incapaz de pegar ojo, los nervios y la expectación no le permiten dejar de pensar en Aiden, y fantasea con su aspecto, su sonrisa, sus ojos... y por qué no decirlo, también con su cuerpo.

Al día siguiente se despierta fresca como una rosa a pesar de no haber dormido nada, y se asoma a la ventana para darse cuenta con fastidio de que el día ha amanecido lluvioso. Se pone para la ocasión un pantalón negro, una camisa color crema y unos zapatos bajos, pues quiere causarle a Aiden buena impresión. Llama a un taxi en cuanto se termina el café, y se dirige al aeropuerto con mariposas en el estómago, buscando sin saberlo su propio destino.

Capítulo 3

Aiden está nervioso por primera vez en su vida. Un millar de mariposas revolotean en su estómago ante la expectación que siente. Sabe que lo único que va a conseguir con esta entrevista es una amiga en la distancia, pero aún le queda una pizca de esperanza.

—No sé qué demonios piensas, McBride, una mujer de Boston jamás va a encajar en tu vida, y terminarás llevándote un chasco —se dice a sí mismo.

Pero no puede engañarse por más que quiera, Laureen McBride es la única mujer que ha conseguido despertar su interés de todas las que han contestado al anuncio. Ha tenido ya un par de citas con alguna de ellas, pero el fracaso ha sido rotundo. En su fuero interno desea que la sofisticada señorita McBride sea la indicada para el puesto, e inconscientemente descarta a todas las demás.

Avisan del vuelo procedente de Boston, y las manos comienzan a sudarle. Se acerca a la puerta de desembarque para esperar a la mujer, aunque no cree que vaya a aparecer. Se lo habrá pensado mejor, y habrá ido a su trabajo urbanita en vez de viajar a una ciudad en la otra punta del país, así que no presta demasiada atención al desembarque. De repente, el brillo de un cabello de color miel capta su atención. La dueña de ese cabello es bastante alta, pues le llega a la barbilla y él mide cerca de un metro noventa. No es delgada, pero tiene las curvas precisas en los lugares adecuados para conseguir que a un hombre se le seque la boca, y sus ojos del color del chocolate fundido buscan entre la multitud.

—Ojalá seas tú —susurra antes de dirigirse a ella con paso decidido, con la intención de no dejarla escapar, tanto si es Laureen McLean como si no.

Laureen comienza a respirar con normalidad en cuanto pisa tierra firme. Odia volar, no lo ha hecho en mucho tiempo a causa de su terrible fobia a las alturas, pero la ocasión lo merece. Sus ojos buscan entre la muchedumbre a un hombre bajito, con algo de sobrepeso y mirada amable, pero todos los hombres que reúnen esas características pronto encuentran a sus familiares y amigos. Con un suspiro, deja la maleta en el suelo

y levanta la vista hasta la cristalera que da a la pista de aterrizaje, y se da cuenta de que un hombre se acerca a ella con paso decidido.

—¡Madre de Dios! —suspira.

El pedazo de hombre que viene hasta donde ella se encuentra no puede ser el McBride, ni por asomo. ¡Está como un queso! Cerca del metro noventa, con el cabello negro como la noche y unos ojos azules tan intensos que le hacen la boca agua. Y ese cuerpo... ¡Dios! Ese cuerpo es un pecado andante que ella de buena gana estaría dispuesta a probar...

—Imposible —susurra—. No puede ser él.

Pero el hombre tiene la mirada fija en ella, y no se detiene hasta que está a un par de centímetros de donde ella se encuentra.

—Supongo que tú eres Laureen —dice el vaquero estrechándole la mano—. Soy Aiden McBride.

Ella apenas atina a contestar, sus neuronas han hecho cortocircuito en cuanto sus ojos han entrado en contacto con los del dios griego que tiene delante, pero asiente con una sonrisa.

—¿Has tenido buen viaje? —pregunta Aiden.

—Dentro de lo que cabe, no ha estado mal del todo.

—Vaya... ¿Y eso?

—Odio volar, tengo miedo a las alturas.

—¿Por qué no me lo dijiste? Habría mandado un billete de tren.

—No te preocupes, en tren habría tardado el doble, y tengo poco tiempo para quedarme.

—¿Tienes hambre? He pensado en cenar algo aquí y después irnos directamente al rancho.

—Había reservado una habitación en el hotel de la esquina.

—No voy a permitir que gastes dinero en un hotel cuando en el rancho hay habitaciones de sobra para que te hospedes allí.

—De todas formas tendré que pagar la penalización...

—No te preocupes, el recepcionista es amigo mío y me debe un par de favores.

Aiden le guiña con una sonrisa, y Laureen sabe que está completamente perdida. Ese hombre será capaz de seducirla si se lo propone, y ella necesita tener la cabeza bien fría para sopesar bien la situación. Cuando llegan al cuatro por cuatro de Aiden, él le

abre la puerta como todo un caballero y la ayuda a subir el enorme escalón, y conduce en silencio hasta el norte de la ciudad. Aparca ante un restaurante de carretera, el Arby's, y la acompaña hasta un reservado apartado donde pueden hablar con tranquilidad.

—¿Cómo es que una mujer sofisticada de Boston contesta a un anuncio de matrimonio por correspondencia? —pregunta Aiden.

—¿Cómo es que un hombre como tú pone un anuncio en el periódico para buscar esposa, cuando claramente tienes a chicas disponibles miras donde miras? —contraataca ella.

—Touché, pero es de mala educación responder a una pregunta con otra, así que responde.

—En primer lugar, de sofisticada yo no tengo absolutamente nada. Soy una chica sencilla, con gustos sencillos, nada extravagante. De hecho este es uno de los conjuntos que utilizo para ir a trabajar al bufete, suelo vestir mucho más cómoda.

—¿Eres abogada?

—No, soy secretaria, y llevo en ese puesto solo dos meses.

—Entonces el lunes debes estar de vuelta... vamos a tener muy poco tiempo para conocernos.

—En realidad he pedido un par de días de vacaciones por asuntos familiares. Ha sido una pequeña mentira piadosa, pero merecía la pena.

—Quizás termine sin ser mentira —susurra él—. ¿Y por qué me escribiste? ¿Huyes de algo? Un novio maltratador, la policía...

—No —ríe ella—. Tu anuncio consiguió captar mi atención. Necesito un cambio de aires, hacer algo nuevo, y me diste la oportunidad perfecta para hacerlo.

—¿Qué piensa tu familia de todo esto?

—Mi hermano no sabe nada, y mi mejor amiga no está demasiado de acuerdo. Pero en Boston no me queda nada, ellos ya no viven allí, así que... Ahora debes contestarme tú.

—Puse el anuncio en el periódico porque no tengo tiempo de ir a un bar a encontrar una chica con la que casarme. Ya lo hice una vez, pero mi esposa murió de cáncer, y la verdad es que necesito ayuda en el rancho.

—¿No tienes familia?

—Claro que sí, y una muy grande, he de decir. Mi hermano Adam vive conmigo en el rancho, los dos nos ocupamos de él, así que tendrás que aguantarle si al final terminamos casándonos. También tengo una hermana, que está casada con mi mejor amigo, el jefe de policía, y tienen una niña preciosa a la que malcrío todo lo que puedo.

—¿Y tus padres?

—Se jubilaron hace unos meses, cuando a mi padre le dio un amago de infarto. Viven aquí, en la ciudad.

Aiden fija su mirada en Laureen, haciéndola estremecer.

—Voy a serte sincero, Laureen. No quiero una mujer que haga el trabajo de casa y por la noche se vaya a dormir a otra habitación. Si puse el anuncio fue en parte porque yo necesito a alguien en mi cama por las noches, alguien con quien poder comentar la jornada... En definitiva, un matrimonio de verdad, con todo lo que ello conlleva.

—¿A qué te refieres? —Su corazón se va a salir del pecho esperando la respuesta del hombre.

—Ya sabes... hijos, con tantos intentos como creamos conveniente —bromea él.

A Laureen se le seca la boca de golpe. Su mente perversa ha comenzado a crear imágenes muy explícitas de Aiden y ella en la cama, intentando hacer esos bebés... de mil maneras distintas. Y cuando levanta la mirada descubre en los ojos de él un pensamiento igual al suyo, pues el deseo arde en ellos con la mirada fija en sus labios, unos labios a los que poco a poco él se empieza a acercar.

—Aiden, mi amor, qué alegría verte.

El vaquero se separa de ella como accionado por un resorte y pone los ojos en blanco al ver a la mujer que ha interrumpido un momento como ese.

—Claudia, te he dicho mil veces que no soy tu amor, así que haz el favor de no volver a llamarme así.

—¿Quién es tu amiga? —pregunta la mujer sin prestar atención a la reprimenda.

—Ella es Laureen, una amiga que ha venido a verme. Laureen, ella es Claudia, una vecina del pueblo.

La tal Claudia mira a Laureen con desdén, y estrecha la mano que ella le ofrece por compromiso. Laureen empieza a sentirse pequeña ante la presencia de la despampanante rubia, que tiene un cuerpo escultural que ella jamás conseguirá tener. ¿Por qué un hombre como Aiden iba a quedarse con ella pudiendo elegir a Claudia?

—Si no te importa, Claudia, tenemos que irnos. Nos veremos.

—Llámame, me muero de ganas por quedar contigo —contesta ella.

—Estoy muy ocupado, no creo que eso sea posible.

Laureen sale del estado de shock en el que se encuentra y una risilla escapa de sus labios ante el desplante que Aiden le ha dado a la mujer.

—¿Te parece divertido? —protesta él, pero sonrío.

—No sabes cuánto. Se nota que la dejaste muy impresionada.

—Espera, ¿qué insinúas?

—Solo digo que debiste ser muy bueno en la cama para dejarla tan impactada.

—¿Yo, acostarme con esa devoradora de hombres? Gracias, pero quiero seguir conservando mi hombría.

—Pues hacéis muy buena pareja —bromea ella—. No entiendo por qué pusiste ese anuncio.

—¿Te estás riendo de mí? —pregunta él con una sonrisa de medio lado.

—¿Yo? ¿Cómo puedes pensar eso?

—Te vas a enterar.

Laureen sale a correr con un gritito y Aiden va detrás de ella. No quiere atraparla, aún no, así que la persigue un rato entre los coches del aparcamiento. Cuando por fin la atrapa entre sus brazos, sus rostros quedan a pocos centímetros de distancia. Sus respiraciones agitadas se entremezclan, la sangre bombea en sus venas con fuerza por la carrera, y antes de darse cuenta Aiden está bajando la cabeza para unir sus labios a los de Laureen. Aunque el beso es suave, apenas un roce de labios que se repite infinidad de veces, la sangre del vaquero comienza a arder. Pasa las manos por la cintura de la muchacha y la atrae hacia su cuerpo, así que ella puede notar claramente el bulto de la erección que le ha provocado la situación. Ni siquiera sabe por qué lo ha hecho. Simplemente estaban ahí... y sintió que era lo correcto en ese momento.

Las manos de Laureen suben para agarrarse a sus hombros, y Aiden profundiza más el beso. Sus lenguas entran en contacto, y el sabor dulce de la mujer le hace estremecer. Menta y miel... una mezcla peligrosa para él, sobre todo si es el aliciente perfecto para pasar toda la noche con ella en la cama. Ahora el deseo por ella es tan intenso que le hace perder la cordura, y desliza una mano por debajo de la camiseta de la joven para acariciar la silueta de uno de sus turgentes pechos bajo la tela del sujetador.

—Frénate, loco —piensa—. Tienes que calmarte.

Con un esfuerzo sobrenatural, separa los labios de los de la joven, que cierra los ojos para conseguir recuperar el aliento.

—Los tíos de Boston deben ser estúpidos si te dejan escapar con tanta facilidad, Laureen.

Ella se tensa, y apoya sus manos en el pecho del hombre para apartarse de él. Su mirada se ha velado, se ha oscurecido, y Aiden no tiene ni idea de por qué.

—No me digas falsos cumplidos, Aiden —susurra ella—. Sé que no soy guapa y que me sobran algo más que unos cuantos kilos, así que no me mientas, por favor.

Aiden se queda estupefacto. ¿Que no le mienta? ¿Acaso cree que el beso de hace unos segundos era de mentira?

—¿Crees que estoy siendo cortés? —Aiden sujeta la mano de Laureen y la coloca encima de su erección—. ¿Acaso piensas que esto es producto de mi cortesía? Me gustas, Laureen. No sé qué demonios te ha pasado con los hombres, pero si te digo que me atraes mucho, no lo digo por cumplir.

Ella permanece callada, y Aiden suspira. Tiene un gran trabajo por delante con esta mujer, ha debido sufrir mucho en manos de algún desgraciado y ahora no es capaz de ver lo guapa que es.

—Mira, olvidémoslo por ahora, ¿de acuerdo? Vamos al rancho, se hace tarde.

Ella asiente y se mete obediente en el coche, pero no abre la boca en todo el camino. El rancho es enorme, de paredes blancas y tejas color chocolate. La construcción principal es de dos plantas, y a cada lado de la misma hay otras cuatro construcciones más pequeñas. La planta de arriba tiene una hilera de balcones que ocupa toda la fachada principal, y en la entrada, un porche con hamacas de nogal y un columpio cubierto de cojines.

Aiden guía a Laureen hasta su habitación, de estilo rústico, con una enorme cama donde podrá dormir a pierna suelta. Laureen coloca la maleta sobre la cama y comienza a deshacerla sin mirarle.

—Espero que estés cómoda —dice el vaquero para romper la tensión.

—Es perfecta, gracias.

Su escueta respuesta saca a Aiden de sus casillas, pero no dice nada al respecto.

—¿Por qué no te das una ducha y te pones cómoda? Después puedo enseñarte todo esto, si quieres.

—Me parece bien.

La paciencia del vaquero ha llegado a su fin, y se acerca a ella para levantarle la cara por la barbilla, y mirarla a los ojos.

—Laureen, siento haberte incomodado antes. Me he pasado y lo siento.

—No pasa nada, es normal que reaccionaras así. A fin de cuentas te he tachado de mentiroso, así que yo también lo siento. ¿Tregua?

Ella alarga la mano, pero él es más rápido y la aprisiona entre sus brazos, provocando que el estómago de la mujer dé un vuelco.

—Muy bien, pequeña, firmemos una tregua. —La besa en la frente—. Nos vemos abajo.

Laureen se deja caer en la cama con un suspiro. ¡Por Dios bendito! Ese hombre va a terminar con su cordura. Como siga tratándola así, terminará en su cama antes de que termine el fin de semana, pero no es eso lo que ella quiere. Se levanta de la cama y se da una larga ducha fría para calmar su estúpido corazón, que late a mil por hora, y se pone unos vaqueros y una camiseta para poder moverse cómodamente por el rancho.

Baja las escaleras para buscar a su vaquero, pero las risas de una niña llaman su atención y la llevan hasta el jardín, donde Aiden, que también se ha duchado y cambiado de ropa, columpia a una pequeña rubia, de no más de cinco años, mientras una mujer bajita los mira embelesada.

—Debe ser su hermana —se dice.

Sale al porche y se apoya en silencio en una columna, disfrutando del espectáculo. Los fuertes músculos de Aiden se tensan bajo la camiseta cada vez que da velocidad al columpio, y a ella se le hace la boca agua al pensar en esa espalda desnuda bajo sus manos. ¿Por qué tiene que tener ese hombre tan buen cuerpo? Por su culpa ella no deja de fantasear, y eso no es nada bueno para el propósito por el que está aquí.

En ese instante, Aiden vuelve la vista hacia ella y le sonrío, esa sonrisa de medio lado que va a terminar con su cordura, y detiene el columpio antes de acercarse a ella.

—Aquí estás —dice besándola en la mejilla—. Ella es mi hermana Beth, y la renacuaja de allí es mi pequeña Eddie.

—Encantada —contesta Laureen acercándose a besar a la mujer.

—Lo mismo digo. Mi hermano me ha estado hablando de ti, y todas cosas buenas.

—Eso espero —bromea Laureen.

—¿Queréis un vaso de té helado? —pregunta Aiden— Hoy hace demasiado calor.

Laureen asiente, y el vaquero deja solas a las dos mujeres para que puedan hablar.

—Así que eres de Boston... —empieza Beth.

—Sí, nací en Boston y vivo allí desde entonces.

—¿Y cómo es que te has aventurado a contestar al loco anuncio de mi hermano?

—¿Quieres que te diga la verdad? Ni yo misma lo sé. Lo único que sé es que el anuncio estaba ahí y me llamaba... así que contesté.

—Yo no habría sido capaz de hacer algo así, te lo aseguro. Pero parece que a mi hermano le gustas, así que quizás no estaba tan loco después de todo.

—A mí también me gusta tu hermano, pero no entiendo por qué recurrió al periódico cuando hay infinidad de maneras de encontrar pareja hoy en día.

—Digamos que está un poco chapado a la antigua. No le gusta Internet, odia las páginas de citas. Adam es todo lo contrario, parecen el ying y el yang.

—¿Adam es tu otro hermano?

—Sí, le conocerás a la hora de la cena. Está trabajando en la parte más alejada del rancho arreglando una valla. El rancho tiene mucho trabajo, sobre todo para dos hombres solos.

—Tienes una hija preciosa, Beth.

—Y malcriada, también. Aiden y Adam la consienten demasiado. Créeme, si decides quedarte vas a verla mucho por aquí, porque adora a sus tíos y no puede vivir sin ellos.

Media hora después, Beth y Eddie se marchan, y Aiden y ella se quedan solos en el jardín. Laureen se sienta en el columpio y comienza a mecerse despacio, ante la atenta mirada de él.

—¿Te enseño la casa? —pregunta Aiden para romper el silencio.

Laureen asiente, y coge la mano que él le ofrece para llevarla adentro. La casa es enorme, con cuatro dormitorios, dos baños, un salón, un despacho, y una enorme cocina con lavadero.

Mientras le enseña la casa, Aiden está cada vez más convencido de que ella es la mujer idónea para quedarse. Tiene interés por todo, su emoción ante lo nuevo es contagiosa, y por si fuera poco, es una mujer preciosa. Cuando terminan el tour, vuelven a sentarse en el porche a tomar té helado.

—Tienes una familia estupenda —dice ella rompiendo el silencio—. Se nota que tu hermana te quiere mucho.

—Tengo mucha suerte, de no ser por ellos no habría sido capaz de superar la muerte de mi mujer.

—Háblame de ella.

—¿Ahora?

—¿Por qué no?

—No creo que sea el momento... estamos conociéndonos.

—Es una parte de tu vida, y quiero saber. A no ser que siga siendo muy doloroso para ti.

—Ya ha pasado mucho tiempo de ello, Laureen, está superado. Nos enamoramos en el instituto, y cuando terminamos nuestros estudios nos casamos. Ella se quedó embarazada, pero le diagnosticaron cáncer y tuvimos que elegir. O ella o el bebé.

—La elegiste a ella.

—Sin ninguna duda. Podríamos tener más hijos, pero ella era insustituible. Lamentablemente el cáncer estaba en fase terminal, y no pudieron hacer nada por salvarla.

—Lo siento —susurra ella cogiéndole la mano—. Debió ser muy duro.

—Ni te lo imaginas, pero como ya he dicho, está superado. Siempre formará parte de mí, pero eso no implica que no esté preparado para volver a enamorarme.

Ella permanece en silencio, mirando las miles de estrellas que se ven a esa hora de la noche en el cielo.

—Es una suerte tener este cielo para vosotros —susurra.

—Una de las ventajas de vivir a kilómetros de la civilización. —Se levanta y le tiende la mano—. Vamos a cenar, mi hermano ya debe haber llegado a casa.

Laureen toma la mano que él le brinda, pero ahora que sabe que si se queda con él la relación será de tres, tiene muchas más dudas que cuando llegó.

Capítulo 4

Cuando Laureen ve al hermano de Aiden, se queda muerta en el sitio. ¡Son gemelos! ¿Cómo va a diferenciarlos si se casa con el vaquero?

—Él es mi hermano Adam —dice Aiden sacándola del estupor.

—No me habías dicho que sois gemelos —contesta ella.

—¿Para que te quedes con él? —bromea él— No estoy loco.

Cuando se acercan a la mesa, el hermano de Aiden le guiña un ojo y chupa una cuchara de madera llena de salsa de tomate.

—Ella es Laureen, la chica de la que te hablé —aclara Aiden—. Laureen, este es mi hermano Adam.

—Encantado, preciosa —dice su hermano soltando la cuchara en la mesa—. Yo soy el hermano guapo, siento que tengas que conformarte con el otro.

Laureen sonrío, pero les mira detenidamente a uno y a otro. Mientras que los rasgos de Aiden son suaves, relajados, Adam, a pesar de las bromas, tiene la mirada fría, la sonrisa no llega a sus labios. Además, Adam tiene una pequeña cicatriz sobre la ceja derecha, y un lunar sobre la comisura izquierda de la boca. La piel de Aiden es clara, y la de Adam está visiblemente maltratada por el sol.

—Siento decepcionarte, Adam, pero creo que a mí me parece más guapo tu hermano —continúa ella la broma.

—Eso es porque me colé y nací primero —dice Aiden guiñándole un ojo—. Me llevé lo mejor.

La cena está deliciosa a pesar de ser sencilla, y Adam se va a la cama antes de tomarse el café. Aiden la lleva hasta el porche y se sienta a su lado en el columpio disfrutando de su café solo. Ella saborea su cortado, pero en el fondo se siente nerviosa, sabe que las cosas deben ponerse serias, así que mira hacia las estrellas una vez más para evitar el contacto con la mirada del vaquero.

—Eres la cuarta mujer de las que ha contestado al anuncio con la que me encuentro —comienza a decir Aiden—. Con todas ellas he sido de lo más formal,

presentándoles esta locura como si fuese algún tipo de contrato, pero contigo es diferente.

—¿En qué sentido?

—A ellas no les presenté a mi familia, ni las traje al rancho. Se trató de una cita en un restaurante, y charlamos mientras cenábamos. Después cada uno se fue por su lado.

—¿Y por qué has cambiado de forma de actuar?

—Tu carta me llamó mucho la atención. Me pareciste un soplo de aire fresco, Laureen. Fuiste totalmente sincera conmigo, y eso me dio una confianza que no me había dado ninguna otra. Pero eso no es todo.

Aiden se acerca más a ella, el aire apenas puede pasar entre sus cuerpos, y fija sus ojos azules en los de Laureen.

—Desde que te vi salir del avión supe que había algo entre nosotros. Tú también lo has sentido, ¿verdad?

—No sé a qué te refieres —miente ella.

—Claro que lo sabes, no me mientas. Has sentido la conexión que hay entre nosotros, llevo todo el día deseándote, y sé que tú también me deseas a mí.

—¿Qué tendría que hacer aquí? ¿Cuáles serían mis obligaciones? —pregunta ella cambiando de tema.

Aiden suspira, y le da el espacio que ella necesita para poder respirar, porque de pronto se ha quedado sin aire.

—Ocuparte de la casa, hacer la comida y cuidar el huerto y las gallinas. Del resto nos ocupamos Adam y yo con los muchachos. Al principio te ayudaremos, claro está, porque es mucho trabajo y además nosotros hemos sido un poco dejados con respecto a ello.

—¿Eso es todo?

—No, cariño... eso no es todo ni por asomo.

Aiden la atrapa entre sus brazos y une sus labios a los de la mujer. Los mordisquea suavemente, los recorre con su lengua, y juega con ellos sin profundizar más el beso. Quiere persuadirla de que se quede, no llevársela a la cama. Al menos no todavía. Laureen es una mujer tan dulce que necesita saborearla a conciencia, y cuando eso pase no estará dispuesto a dejarla marchar.

—Sé que esto empezó como una especie de contrato, pero no es eso lo que quiero ahora —susurra Aiden—. Quiero que te quedes porque me gustas, porque me haces sentir cosas que creía olvidadas, porque sé que podemos ser felices juntos. Si quieres lo planteo como parte de tus tareas —bromea para relajar un poco el ambiente.

—Tengo mucho que pensar. Es todo demasiado repentino, y siento que estoy frente a un precipicio a punto de caer al vacío.

—¿De qué tienes miedo?

—De caerme.

—Si lo haces, te juro que estaré allí para cogerte. No voy a hacerte daño, Laureen. Me gustas en serio, y sé que terminaré enamorándome de ti.

—¿Y si no es así?

Aiden suspira y se pone de pie.

—Vamos, te acompaño a tu habitación. Necesitas descansar después de un día tan largo.

Suben las escaleras en silencio. Laureen está pensando en todo lo que él le ha dicho, intentando creer que es verdad todo lo que le ha confesado. Está aterrada, pero por otra parte le ha gustado pasar ese día en su compañía. Él la desea, no puede negarlo. Ha tenido la evidencia en la palma de su mano. Pero el deseo no será suficiente si ella termina enamorada de él. Cuando pensaba que Aiden era un hombre del montón, no tuvo problemas para decidirse a dar el paso, pero ahora que sabe que es un bombón y que ella se enamorará de él quiera o no, tiene miedo de terminar herida.

Aiden, por su parte, no deja de dar vueltas a la reticencia de Laureen. ¿A qué viene ahora que dude? Contestó al anuncio, ¿no? ¿Entonces por qué ahora que pueden tener algo real ella se echa para atrás? Necesita respuestas, pero no puede avasallarla más por esta noche, así que se guarda la impaciencia en el bolsillo, y cuando llegan a la habitación de ella, la besa suavemente en la frente.

—Que descanses, cariño —susurra.

—Hasta mañana.

Laureen se tumba en la cama con un suspiro en cuanto cierra la puerta a sus espaldas. Su corazón late a mil por hora, pero en el fondo se siente defraudada. Ha esperado un beso que no ha llegado, y la verdad es que no se lo puede reprochar. Después de sus dudas, no le extraña que Aiden haya dado un paso atrás, pero ella tiene sus motivos, unos motivos con mucho peso que no la dejan entregarse sin reservas.

El único hombre del que ella se ha enamorado hizo que perdiera la confianza en sí misma y le rompió el corazón. Riley la había maltratado en incontables ocasiones con sus insultos y sus menosprecios. Para él, ella no valía para nada. Se metía constantemente con su aspecto, hasta el punto que estuvo a punto de sufrir anorexia, y la engañó con infinidad de mujeres delante de sus narices. Ella fue tan tonta que aguantó, pensando que algún día él cambiaría, pero al final se rindió y le abandonó. En ese momento le pareció la decisión más difícil de su vida, pero ahora se arrepentía de no haberla tomado mucho antes.

Aiden sigue enamorado de su mujer, no hay que ser muy listo para darse cuenta de ello, y ella no está preparada para librar una batalla contra un fantasma para conseguir que él la ame. Piensa en Kristen, en lo que ella le diría ante la situación. Su amiga la animaría a arriesgarse, a tirarse a la piscina. Le había dicho infinidad de veces que debía dejar atrás el pasado y confiar en el amor, pero en ninguna de esas ocasiones ella había estado en peligro de sufrir un amor no correspondido.

Sin embargo, a pesar de seguir enamorado de otra mujer, Aiden había sido muy cariñoso con ella. La deseaba, pero además la había tratado con respeto... y ternura. Laureen rememora el beso de hace un momento, y su estómago da un vuelco. Ha sido un beso fugaz, pero gracias a él su cuerpo ha vibrado, ha despertado a la vida. Ella también le desea, y quizás, solo quizás, todo salga bien.

Aiden no deja de dar vueltas en la cama pensando en Laureen. Parece un adolescente lleno de hormonas, con una erección de mil demonios apretando la cremallera de sus vaqueros. Convencerla de que se quede va a ser muy complicado. Lo había tenido tan fácil con Helena... Se conocieron el segundo año de instituto, y a partir de ahí habían sido amigos inseparables. Él estaba enamorado de ella, pero lo mantenía en secreto por miedo de perder su amistad. En la fiesta de graduación no pudo soportarlo más y la besó. Ella le confesó que le amaba, y esa misma noche hicieron el amor por primera vez. Dos años después se casaron, y tras un año de vivir en el paraíso, Helena se quedó embarazada, pero el cáncer se llevó en cuestión de meses todo lo que realmente era suyo: su mujer y su hijo.

Pero nunca había sentido por ella lo que Laureen le hace sentir. Su corazón se salta un latido cada vez que ella le mira, y su sangre hierve por las ganas de hacerle el amor. Laureen es vulnerable a pesar de la máscara de fortaleza e independencia que muestra a los demás, y él quiere cuidarla, quiere darle la seguridad que ella necesita.

Se levanta de la cama harto de dar vueltas, y tras darse una ducha fría, se acerca al cuarto de su hermano. Adam está apoyado en el cabecero de la cama leyendo un libro, que deja sobre la mesita de noche en cuanto ve a su hermano aparecer.

—¿Cómo ha ido todo? —pregunta.

—Sinceramente, no tengo ni idea.

—¿Le has explicado las tareas y quiere salir huyendo?

—No es eso, es que... —Se pasa las manos por el pelo, frustrado—. Me gusta, ¿vale? Y cuando se lo he dicho en vez de animarla a quedarse creo que la he espantado.

—¡Ni que fueras el jorobado de *Notre Dame*! —bufa su hermano.

—Idiota... no es por eso. Creo que lo ha pasado mal con algún tío, y que tiene miedo de dejarse llevar.

—¿Te ha dicho que se va?

—Aún no. Me ha dicho que necesita pensar.

—A ver, Aiden. La pobre muchacha no tiene bastante con haber cometido la locura de contestar a tu anuncio, sino que encima tú la agobias.

—¡No la agobio!

—¡Claro que no! Te he visto besándola, Aiden. Has ido a saco, y ella no estará preparada para eso. Quizás pensó que serías un tío feo y con barriga que no encontraba novia ni por narices, y al verte sus esquemas se han venido abajo.

—¿Y qué tiene de malo que no sea feo?

—¡Y yo que sé, hermano! Absurda lógica femenina. Si te ha pedido que la dejes pensar, hazlo. Vete a dormir, y mañana será otro día. ¿Te dijo cuánto tiempo va a quedarse?

—Un par de días. Ha pedido permiso en su trabajo.

—Disfruta de esos dos días. Conócela, y déjale conocerte. Si viene a cuento, llévatela a la cama. Y si decide marcharse, pues sigues buscando.

—No es tan sencillo.

—Lo sé, pero es lo que te queda.

Aiden sale de la habitación de su hermano igual que ha entrado, pero se va a la cama con la determinación de convencerla para que se quede en el rancho... y en su vida.

Laureen se despierta al alba. Se da una ducha, se pone un vestido blanco con unas sandalias a juego y baja al salón. No ha dormido demasiado dándole vueltas al asunto, pero al menos ha tomado una decisión. Va a intentar que funcione, va a casarse con Aiden y hacer todo lo que esté en su mano para que olvide a su mujer y se enamore de ella.

Al pasar por la puerta del salón, ve a Eddie sentada en la alfombra jugando con una casa de muñecas, y se acerca a la niña para sentarse junto a ella.

—Buenos días, Eddie.

—Buenos días, Laureen. ¿Has visto mi nueva casa de muñecas? La ha hecho el tío Adam para mí.

—Es preciosa.

—¿A que sí? Y tiene luz y todo. Como soy su princesa me hace todo lo que le pido.

—Ya veo... ¿Y dónde están todos?

—El tío Adam se ha ido a trabajar, y papá ha llevado a mamá al hospital, que está malita.

—¿Y el tío Aiden?

—Está en la cocina, preparando el desayuno. Está haciendo tortitas, ¿te gustan?

—Me encantan, pero con mucho chocolate.

—¡Igual que a mí!

—Pues golosas, el desayuno os espera.

Laureen se sobresalta al oír la voz del vaquero, y levanta la vista para verle apoyado en la pared de forma relajada, a pesar de llevar un delantal de corazones, con la mirada fija en ella. ¿Acaso no es pecado ser tan guapo? Sus bíceps se marcan bajo la camiseta blanca de manga corta que lleva puesta, y el deseo comienza a bullir dentro de Laureen. Si antes lo tenía claro, ahora muchísimo más. Se levanta lentamente, se acerca a él, y pasando los brazos alrededor de su cuello, le planta un sonoro beso en los labios.

A Aiden apenas le da tiempo a reaccionar, alarga sus manos para cogerla por la cintura, pero lo único que consigue es llenarlas de aire, porque ella ya ha cogido a la niña de la mano y se dirige a la cocina. El desayuno se le hace eterno. Permanece en silencio escuchando a su sobrina contarle a Laureen mil cosas sobre la escuela, sus compañeros o los juegos que le gustan, y deseando que la hora pase de una vez por

todas para montar a la niña en el bus escolar y tener una pequeña charla con Laureen, que le ha dejado perplejo con su comportamiento de hace un momento.

—Aiden, ¿me estás escuchando?

La voz de la dueña de sus pensamientos le devuelve a la realidad para descubrir que su sobrina ha subido a recoger sus cosas para irse a la escuela.

—Lo siento, ¿qué decías?

—¿Qué le pasa a tu hermana? Eddie me ha dicho que su padre la ha llevado al hospital.

—Lleva un par de días sintiéndose mal. Se despierta con nauseas y está muy cansada, así que han ido para confirmar lo que ya todos sabemos, que está embarazada.

—Así que vas a ser tío otra vez... Enhorabuena.

—Gracias, y esta vez yo soy el padrino, que con Eddie Adam ganó la apuesta.

—¿En serio apostasteis para ver quién sería el padrino de Eddie?

—Mi hermana se lavó las manos, así que...

Una vez han dejado a la niña en el autobús, caminan en silencio hasta la casa. Laureen va cogida de su brazo, y Aiden está impaciente por saber qué demonios es lo que ocurre.

—Creo que tenemos que hablar —dice cuando llegan a la casa y se sientan en el sofá.

—No he dormido demasiado pensando en todo esto, y sé que tú tampoco. Te he oído dar vueltas en la cama una y otra vez.

—No he dormido nada, la verdad.

—Estoy muy asustada, Aiden. Todo esto es una locura, y tengo miedo de que salga mal. Me gustas mucho, y tu familia también, pero ¿y si no funciona? ¿Y si al final terminamos odiándonos?

—Mírame, nena. —Coge las manos de la mujer entre las suyas—. ¿Por qué no iba a funcionar? Nos gustamos, hay algo entre nosotros que no va a desaparecer de la noche a la mañana. Confía en mí, Laureen, nuestro matrimonio funcionará, te lo prometo.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy desde que te vi en el aeropuerto. Me daba igual si eras o no Laureen McLean, en cuanto te vi supe que no podía dejarte escapar. ¿Qué dices? ¿Te casarás conmigo?

Laureen asiente con una sonrisa, y Aiden la atrapa entre sus brazos para darle el beso que lleva deseando darle desde que la conoció. Comenzó rozando suavemente sus labios una, dos veces, para adentrarse en su boca despacio, recorrer sus secretos, descubrir el tacto de la lengua de ella. Laureen aprieta su cuerpo contra el del vaquero y un gemido escapa de sus labios. La pasión toma el control, y casi sin darse cuenta, terminan tumbados en el sofá con la ropa a medio quitar.

—Cariño, debemos parar —dice Aiden separándose de ella—. Mi hermano llegará de un momento a otro y no quiero que nos pille en el sofá.

—¡Dios, no! —Laureen se sienta y comienza a arreglarse la ropa.

—Tengo que ir a ayudarle a arreglar una valla y nos ocupará todo el día, así que llamaré a Beth para que os hagáis compañía. —Ella asiente—. Esta noche vamos a terminar lo que hemos empezado, Laureen... y vas a dormir conmigo.

—¿Forma eso parte del contrato, McBride?

Aiden sonríe y la atrapa entre sus brazos para volver a besarla a conciencia.

—Lo hará si es necesario. Vamos, no me tientes más, porque voy a terminar subiéndote a rastras a la habitación.

Laureen le ve salir por la puerta y se deja caer en el sofá. Todo va a las mil maravillas. Si su vida en común es igual que este momento, merece la pena arriesgarlo todo por amor.

Capítulo 5

Adam ve a su hermano salir de la casa arreglándose la ropa, señal de que algo ha pasado con Laureen, y sonrío. Desde que su cuñada murió, no le ha visto estar con ninguna mujer, a pesar de que Aiden asegura que ha tenido relaciones esporádicas con varias chicas del pueblo. Entiende que haya tenido que guardar luto por ella, se quisieron muchísimo y él quedó destrozado con su pérdida, pero la vida continúa, y él odia verle tan perdido.

Aunque su hermano sigue manteniendo que busca una mujer solo por el bien del rancho, se ve a la legua que Laureen ha despertado en él sentimientos que llevan mucho tiempo dormidos, porque la tensión sexual entre ellos es bien palpable. Y no le extraña. Laureen es una mujer preciosa, y por lo poco que habló anoche con ella, le parece una buena chica. Y las pintas de su hermano le dicen que por fin ha aceptado quedarse con ellos en el rancho.

En cuanto su hermano sube a la camioneta, él le palmea la espalda, con una sonrisa.

—Vamos, Romeo, que llegas tarde.

—No podía dejar sola a Laureen, así que he tenido que llamar a Beth para que se quede con ella, y ya sabes lo que se enrolla hablando por teléfono.

—¿Al final qué va a hacer? ¿Se queda o tienes que seguir buscando?

—Se queda. —La sonrisa de Aiden hace que Adam eleve los ojos al cielo—. Me lo ha dicho hace un rato.

—En ese caso, me alegro de que hayas encontrado a la mujer que te hacía falta para llevar el rancho decentemente. Nos ahorraremos mucho trabajo a partir de ahora.

Adam sabe perfectamente que Aiden no se ha decidido a pedirle que se quede por su efectividad como ranchera, así que se propone sonsacárselo.

—La verdad es que no tiene ni la más mínima idea de cómo llevar un rancho — comenta entonces Aiden.

—¿En serio? ¿Y por qué demonios te has quedado con ella? Pusiste el anuncio por un motivo a pesar de haberme opuesto tajantemente, Aiden.

—Sabes muy bien por qué lo he hecho. Me gusta mucho, Adam. Siento que la conozco desde siempre, y algo en mi interior me dice que esa mujer tiene que ser mía a toda costa.

—¿Y si no funciona?

—Funcionará. Lo que siento por ella no se parece en lo más mínimo a lo que sentía por Helena, es infinitamente más intenso.

—¿Y ella podrá enamorarse de ti?

—Eso espero. Creo que ha sufrido mucho por culpa de los hombres, y sé que le va a costar confiar en lo nuestro, pero también sé que seremos muy felices.

Un par de horas más tarde, Laureen está leyendo una revista especializada en ranchos que ha encontrado en el salón. Ya ha recogido los dormitorios, ha limpiado la casa y ha fregado los platos del desayuno. Nadie le ha dicho que lo haga, pero quiere ponerse al día lo antes posible y esa es la mejor manera de hacerlo.

Cuando ve a Beth entrar por la puerta principal, sonrío y deja la revista a un lado. La hermana de Aiden se sienta junto a ella y la abraza antes de darle un beso.

—Creo que ya puedo decirte hermana. Mi hermano me lo ha contado cuando me ha llamado.

—No sé si estoy completamente loca, pero siento que este es mi lugar.

—Este rancho es muy especial, te hace sentirte como en casa. Y bien, ¿qué quieres que hagamos? Venía a echarte una mano a limpiar, pero veo que te has apañado bastante bien.

—Eso es lo único que sé hacer —reconoce—, así que tendrás que enseñarme qué más debo hacer a partir de ahora.

—¿No sabes manejar un rancho? —pregunta Beth extrañada.

—No tengo ni la más mínima idea.

—Así que el cabezota no se casa por el rancho después de todo...

—Sí que nos casamos por el rancho. ¿Por qué más iba a ser si apenas nos conocemos?

—Le gustas, Laureen, de eso no hay duda. Si no hubiese sido así, te habría despedido muy amablemente esta mañana para seguir buscando a su ayudante perfecta.

—No sé yo...

—¿Acaso no crees en el amor a primera vista?

—Eso solo ocurre en las novelas y en las películas.

—También ocurre en la vida real, y creo que tú has tenido la suerte de encontrarlo. ¿O vas a negarme que te gusta mi hermano?

—Es guapo.

—Adam también lo es, son gemelos.

—Son diferentes. Adam es más... duro, por decirlo de alguna manera. Aiden es mucho más dulce.

—¿Adam más duro? —ríe Beth— Cómo se nota que aún no le has conocido bien. Es el más payaso de los dos, siempre está bromeando y todo se lo toma a broma. Aiden es el responsable, el que lleva todo el peso del rancho, por así decirlo.

—Eso sí que lo he notado. Por cierto, ¿qué te ha dicho el médico? Me dijo tu hija que estabas enferma.

—Falsa alarma. Clay y yo llevamos unos meses intentando darle un hermanito a Eddie, y como llevaba varios días con náuseas creímos que lo habíamos conseguido. Pero en cuanto me han hecho la prueba de embarazo me ha bajado el periodo, así que tendremos que volverlo a intentar.

—Lo siento.

—Apenas nos hemos puesto a ello, no te preocupes. Y si dentro de seis meses no hemos obtenido resultados nos haremos pruebas para ver qué falla, y así poderlo arreglar. ¿Tú quieres tener hijos, Laureen?

—Me encantaría. Siempre viví sola con mi hermano, y la verdad es que quiero tener una casa llena de niños, llena de risas y felicidad.

—Pues mi hermano y tú podéis poner os manos a la obra en cuanto vuelva —dice con un guiño.

—Creo que habrá que casarse antes, ¿no crees?

—Para tener hijos no hace falta el matrimonio. Bueno, creo que lo primero que tenemos que hacer es levantarnos del sofá y ponernos a trabajar, que a este paso llegarán mis hermanos y nos encontrarán aquí sentadas.

—Tienes razón. ¿Por qué no vamos al supermercado? Tus hermanos llegarán agotados y quiero prepararles algo bueno para cenar.

—¿Además cocinas? Eres el sueño de los McBride.

Pasan un par de horas comprando varias cosas que hacen falta en la casa, y cuando recogen a Eddie del colegio llevan el maletero del monovolumen de Beth a

reventar. Cuando vuelven al rancho, Beth coloca una manta en el suelo de la cocina, junto a la cristalera de la terraza, y Eddie se sienta allí a jugar con sus muñecas mientras las dos mujeres preparan la cena.

—¿Os quedáis a cenar? —pregunta Laureen.

—Claro, ahora llamaré a mi marido a la oficina para que venga directamente para acá.

—¿A qué se dedica?

—Es el jefe de policía del distrito.

—¿Y cómo os conocisteis?

—Le conozco desde que mamá y papá nos adoptaron. En nuestro primer día de colegio mis hermanos y él se hicieron amigos, y lo han sido desde entonces. Yo siempre estuve loca por él, e hice verdaderas locuras por llamar su atención.

—¿En serio?

—¡Sí! Le escribía cartas por San Valentín, le dejaba regalos en su taquilla del instituto, y hasta una vez colgué una pancarta en el patio que ponía “Clay, cástate conmigo”. Estuvo un mes sin hablarme después de eso.

—¿Es que te pasaste! —exclama Laureen riendo a carcajadas.

—Mucho, pero él no me hacía ni caso. Yo siempre era la enana, la hermana de sus colegas, así que era invisible para él. Pero crecí, empezaron a crecerme los pechos y a salirme curvas, y la cosa cambió.

—Ya no podía verte como una niña.

—Tú lo has dicho. Comenzó a portarse de forma extraña, espantaba a los chicos que intentaban ligar conmigo, y a uno incluso le partió la nariz de un puñetazo. Ese día estallé. Me encaré a él y tuvimos una discusión enorme. Se acercó a mí, yo creía que iba a darme una bofetada, pero me besó. ¡Y qué beso, madre mía! Convirtió mis huesos en mantequilla. Pero yo, muy digna, le di una bofetada y me marché.

—Se lo hiciste pagar, ¿verdad?

—Y que lo digas. Le tuve corriendo tras de mí casi un mes entero. Me divertía ver su frustración. Pero si yo había tenido que esperar años, ¿por qué no iba él a esperarme un par de semanas?

—Reconoce que mereció la pena la espera.

—Casarme con él ha sido lo mejor que he hecho en mi vida. Y sé que casarte con mi hermano será lo mejor que tú hagas en la tuya.

Al llegar a casa esa noche, Aiden y Adam quedan mudos del asombro. Todo está limpio y ordenado, como cuando su madre vivía en el rancho. Incluso hay flores en la mesa del salón, y lo que sea que esté en el horno huele de maravilla. Casi ni se dan cuenta de llegar a la cocina, y Aiden se apoya en el quicio de la puerta a disfrutar de la escena que se encuentran. Eddie está sentada en su manta jugando con sus muñecas, su hermana está poniendo la mesa, y Laureen remueve algo que tiene en una olla al fuego.

—¿He muerto y estoy en el cielo? —bromea Adam— Lo que sea que cocinas huele de maravilla, cuñada.

—Llegáis justo a tiempo —dice su hermana— Clay está en el porche viendo el partido de beisbol. Subid a ducharos y cenaremos.

Aiden se acerca a Laureen y la aparta de la cocina para envolverla entre sus brazos.

—Primero voy a saludar a la cocinera —susurra.

En cuanto une sus labios a los de ella, la pasión hierve en sus entrañas, pero los vítores y las payasadas de sus hermanos hacen que se separen con una sonrisa.

—Más tarde —le susurra antes de alejarse por el pasillo.

Laureen y Beth se han lucido con la cena, de eso no hay duda. Carne al horno, patatas, champiñones rebozados y guisantes salteados, para terminar con una tarta de chocolate de postre. Los hombres dan buena cuenta de la comida, y cuando terminan, recogen la mesa entre los tres mientras las chicas se van al salón. Poco después ellos se unen con una botella de champán en la mano y varias copas.

—Toca brindar —dice Clay—. Porque el cabezota de mi amigo ha decidido pasar página de una vez por todas, y no podía haber elegido una mujer más guapa y con mejor mano en la cocina.

—Espero que esta preciosidad te traiga de cabeza, hermano, así aprenderás a no mentirme —añade Adam—. Y tú, Laureen, ya que has elegido al hermano feo, al menos espero que este imbécil te haga muy feliz.

Tras el brindis, Clay y Beth se marchan, y Adam se va al pueblo a continuar con la fiesta bajo las faldas de alguna mujer. Aiden se sienta junto a Laureen en el sofá y pasa el brazo por sus hombros para atraerla hacia él.

—Al fin solos, creí que no se marcharían nunca. —Suspira—. Creo que tú y yo hemos dejado algo a medias esta mañana, ¿verdad?

—¿Tú y yo? Que yo recuerde no —bromea ella.

—¿Seguro que no? Tienes muy mala memoria, cariño.

—Quizás sería interesante que me la refrescases.

—Sí que lo sería, sí. A ver... Creo que íbamos por aquí.

La boca del vaquero arrasa la de ella, que permanece inerte entre los fuertes brazos que la sostienen. La lengua de Aiden es insistente, pero suave. Persuasiva, y dulce a la vez. Laureen es recorrida por un escalofrío cuando él baja por su cuello dejando un reguero de besos hasta su clavícula para volver a su boca después. ¡Dios, qué bien besa! Ella enreda los brazos en su cuello y entierra los dedos en su cabello ensortijado, provocándole a él un gemido.

Aiden está ardiendo, su sangre hierve ante el deseo que le consume, un deseo tan visceral que no cree ser capaz de controlar. Lleva demasiado tiempo sin estar con una mujer, y necesita frenar un poco, o terminará demasiado pronto. Baja la mano por la espalda de la mujer lentamente, y la cuela por debajo de la camiseta para subir hasta encontrarse con uno de sus pechos, pero siente que tiembla, y al mirarla a la cara se percata que no es de deseo.

—Ey, nena, ¿qué ocurre? ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Solo... solo abrázame, ¿quieres?

Él obedece en el acto, y permanecen así unos minutos.

—¿Mejor? —pregunta él.

—Sí, mucho mejor.

—Siento haberte asustado, no pretendía ir demasiado deprisa.

—No es por eso. Es solo que...

—¿Eres virgen, cariño? —Ella sonrío.

—No, no soy virgen, pero siempre vi el sexo como una obligación, y la verdad es que nunca me había sentido como contigo. Necesitaba asimilarlo, eso es todo.

Aiden se levanta del sillón y tira de ella para llevarla al dormitorio. Se siente furioso. ¿Una obligación? ¿Con qué clase de sinvergüenza había dado esta mujer? ¡Estamos en el siglo veintiuno, por amor de Dios! Cuando llegan al cuarto, enciende la chimenea y se sienta en el sofá, con ella sobre sus rodillas. Comienza a acariciar su espalda en círculos, y cuando Laureen intenta besarle de nuevo, la obliga a apoyar la cabeza sobre su hombro para seguir con su caricia. No tiene prisa, y necesita relajarse

un poco antes de seguir con lo que estaba. No le importa tener que esperar otro día, lo único importante es que ella se sienta cómoda con él.

—¿Estás cómoda? —susurra.

—Sí, pero...

—Mañana después de desayunar iremos a la ciudad. Ya he hablado con mi hermano para que se ocupe de todo, quiero que conozcas a mis padres.

—De acuerdo.

—¿Has llamado a tu hermano para contárselo?

—Aún no, lo haré cuando esté en Boston. Va a tomárselo fatal, pero tiene que entenderlo.

—¿Cuándo te vas a Boston?

—Tengo que estar en el trabajo el miércoles, así que me iré el martes.

—¿Y cuánto tardarás en tenerlo todo listo?

—Tengo que presentar mi dimisión, hablar con la casera y dejar unos cuantos cabos atados, así que supongo que podré estar aquí en un par de semanas.

—Es demasiado tiempo, Lauren. ¿Me vas a dejar solo dos semanas?

Ella ríe, que es lo que Aiden pretende, y apoya la barbilla sobre su pecho para mirarle a los ojos.

—No creo que te pase nada por esperar dos semanas.

—Puede darme un ataque al corazón pensando que te has arrepentido.

—No voy a arrepentirme.

—¿Y si tu hermano te convence?

—No lo hará.

—¿No puedes volver antes? Por favor...

Ante sus payasadas, ella suspira y asiente.

—Intentaré tenerlo para el viernes, pero no te prometo nada.

—Eso está mejor. ¿Y los invitados? ¿Cuántos serán?

—Por mi parte solo mi hermano, Kristen y Matt. No tengo más familia que ellos.

—Tendremos una boda íntima, entonces, solo nosotros y nuestra familia. ¿Qué te parece?

—Eso sería estupendo. Nunca me han gustado las aglomeraciones.

Aiden la besa de forma suave, atento a todas sus reacciones. Ya la ha asustado una vez y no quiere hacerlo de nuevo, así que se toma con calma todas sus caricias, aunque tiene intención de dejar el sexo para otra ocasión. Cuando llega al punto de no retorno, se levanta con ella en brazos, la ayuda a desnudarse y, tras imitarla, se mete con ella en la cama, con la intención de limitarse a dormir abrazándola.

Capítulo 6

Cuando Aiden se despierta al amanecer, lo primero que ve es a Laureen salir del cuarto de baño con el pelo mojado y una de sus camisetas cubriendo su cuerpo. Ver sus curvas a trasluz le deja sin respiración, y la boca se le hace agua al pensar en recorrerlas una a una, pero permanece apoyado en el cabecero de la cama mirándola atentamente.

—Buenos días —dice, sobresaltándola—. Veo que te ha gustado mi camiseta.

—Buenos días. Cuando me he ido a vestir después de la ducha me he dado cuenta de que mi ropa está en el otro dormitorio, y no podía salir desnuda.

—La verdad es que sería demasiada emoción para mi hermano.

Laureen se acerca a la cama y apoya una rodilla en el colchón para darle un beso de buenos días, pero Aiden no piensa dejarla escapar tan fácilmente, así que pasa un brazo por su cintura y la tumba bocarriba en la cama.

—Mejor así —susurra un segundo antes de besarla.

El beso es firme, apasionado. La desea con una intensidad nueva para él, y aprovecha cada oportunidad que tiene para sentir su cuerpo bajo el suyo. Laureen le echa los brazos al cuello y gime entregada, y enreda una de sus piernas en la del hombre, cubierta de vello suave. La lengua de Aiden juega con la suya, tentándola, haciendo que el placer serpenteo por su vientre, haciéndola estremecer.

—Estoy ardiendo, Aiden —susurra ella—. Hazme el amor.

—¿Estás segura, cariño?

—Lo estoy.

Aiden se deshace de la camiseta que cubre el cuerpo de su mujer, y comienza un reguero de besos por su cuello, sus hombros, y el valle entre los pechos. Sus manos masajean sus crestas mientras su boca caliente humedece el encaje del sujetador buscando el pezón rosado, que brota al momento. Laureen cree que va a morir de placer. Sabe que desea algo, que su cuerpo necesita algo, pero ¿qué? Jamás ha sentido nada igual, las sensaciones son nuevas y la están mareando, pero no puede dejar de agarrar a Aiden por el pelo y pegarlo más a su cuerpo. Los besos y las caricias de Aiden

la hacen estremecer, porque su exnovio jamás se ha preocupado de hacerla disfrutar como él está haciendo.

Él se deshace entonces de su sujetador y sus braguitas, y se queda mirándola con lascivia. Lauren se siente avergonzada e intenta cubrirse, pero él se lo impide agarrándola por las muñecas.

—¿Por qué te tapas? Quiero mirarte.

—Me da vergüenza.

—¿Vergüenza? ¿Por qué? Eres preciosa, cariño. Me encantan tus curvas.

—Tengo algunos kilos de más.

—¿Quién lo dice? Para mí estás perfecta.

Aiden acaricia todas y cada una de sus curvas, primero con sus manos callosas y después con su boca. Lame sus pechos, su estómago, su ombligo... y cuando llega a su sexo, Lauren se estremece. Su lengua caliente recorre cada uno de sus pliegues, arrancándole gemidos de placer. Sus dedos hurgan entre ellos mientras lame su clítoris hinchado, y Lauren se tensa cuando el placer implosiona en su interior. Tras un último beso en la cara interna del muslo, Aiden se tumba junto a ella para abrazarla.

—¿Todo bien? —pregunta con los ojos cerrados.

—Mejor que bien... Ha sido maravilloso.

—No creo que sea para tanto —ríe él.

—Sí lo es. Yo nunca... ya sabes.

Aiden la mira sorprendido.

—¿Nunca has tenido un orgasmo?

—No con un hombre.

Aiden la besa en la frente con ternura y la aprieta entre sus brazos.

—Me alegra ser el primero.

Lauren le mira a los ojos, que permanecen cerrados, y le besa suavemente en los labios antes de apoyar la cabeza en su pecho. Sabe que aún no ha terminado todo, y quiere seguir experimentando todas esas sensaciones nuevas que Aiden le provoca, así que acaricia distraídamente el vello ensortijado de su pecho. Con un dedo, rodea una de sus tetillas, y sonrío al ver que se endurece ante el contacto. Quiere ser atrevida, con Riley jamás pudo serlo, así que rodea la carne endurecida con la lengua, tal y como él hizo con su pecho.

Aiden se tensa, gime, pero no hace nada para detenerla, y ella se envalentona y aprisiona el pezón con los dientes. Laureen aparta la sábana que le cubre y se sienta en sus rodillas para observarle.

—Dios, eres perfecto... —susurra pasando un dedo por la línea de vello que baja desde el estómago hasta su pubis— Y todo mío.

—Sí, preciosa... Todo tuyo, pero tócame, por Dios.

Aiden va a volverse loco. Está ardiendo, y necesita con urgencia hundirse en Laureen, pero está disfrutando tanto de su exploración que no quiere que la dulce tortura termine. Laureen rodea su miembro suavemente, apenas rozándolo, y pasea la palma de su mano por su glande, arrastrando a su paso la perla de líquido que lo cubre. Sus dedos se curvan en su carne, y comienzan a moverse arriba y abajo, haciendo que arquee la espalda preso del placer. Aiden necesita mucho más, necesita enterrarse en ella, así que aparta suavemente su mano, la besa en la palma y la deposita sobre su pecho, cerrando los ojos para serenarse.

—¿No te gusta? —pregunta Laureen.

Nota la inseguridad en su voz y sonrío.

—Si me gustase más, terminaría volviéndome loco, pero necesito calmarme si quiero que esto no termine demasiado rápido.

—¿Te he puesto nervioso?

—Mucho —dice colocándose entre sus muslos—, pero quiero hacerte el amor en toda regla, que es —susurra penetrándola lentamente— así.

Laureen gime y arquea la espalda ante la sensación. El roce del miembro de Aiden despierta tantas sensaciones en su cuerpo que grita de placer. Aiden se mueve despacio, mirándola fijamente a los ojos, tomando nota de todas sus reacciones. ¡Dios! Laureen es como un guante hecho a medida para él. Cuando ella comienza a contraerse a su alrededor, Aiden aumenta el ritmo de sus embestidas, la profundidad, hasta que ella se arquea recorrida por el orgasmo, arrastrándole a él a su propia culminación.

Cuando ambos recobran el aliento, él se tumba en la cama y la abraza, atrayéndola hacia su pecho.

—Ha sido maravilloso —susurra ella apretándose contra su cuerpo.

—Tú sí que eres maravillosa —contesta él besándola en la frente.

Y lo dice de corazón. Jamás ha sentido con una mujer lo que acaba de sentir con ella, ni siquiera con Helena. Mientras con ella el sexo había sido suave, romántico, lo

que acaba de sentir con Laureen es un cúmulo de sensaciones explosivas que hacen arder su sangre de una manera nueva y descontrolada. La aprieta contra su pecho una vez más, dispuesto a hacer que no se arrepienta de la decisión que ha tomado. La mira una vez más, y descubre que se ha quedado dormida. ¡Qué guapa es! Y tan perfecta para él como él lo es para ella, de eso está completamente seguro. La besa suavemente en los labios, sube las mantas para cubrir sus cuerpos desnudos, y poco a poco se queda profundamente dormido.

Laureen se despierta cerca del mediodía con la sensación de que no se encuentra sola, y le encanta sentirse así. Sonríe al recordar lo que pasó por la mañana, su mañana perfecta. Aiden la ha hecho tocar el cielo con la punta de los dedos, y gracias al calor de su cuerpo ha sido capaz de dormir de un tirón. Se vuelve hacia él para mirarle. Dormido se le ve tan joven y relajado... Sus pestañas acarician sus mejillas suavemente, y respira por la boca levemente abierta, dejando escapar pequeños ronquidos que la hacen sonreír. Alarga la mano para acariciar su mejilla con el dorso, y Aiden abre los ojos lentamente para recompensarla con una sonrisa perezosa.

—Hola —susurra el hombre.

—No quería despertarte.

Aiden se estira cuan largo es y termina tumbado sobre ella.

—No hay mejor despertar que este. —Planta un sonoro beso sobre sus labios—. ¿Has dormido bien?

—De maravilla.

Aiden se dice que solo va a darle los buenos días, pero tan pronto como sus bocas se encuentran, todo su ser vibra en respuesta. Laureen responde tan dispuesta y desinhibida que la pasión de desboca al momento, y Aiden abre sus piernas para poder entrar en su cuerpo.

—Mmm... Esto sí que es empezar bien el día —susurra.

Comienza a mover las caderas lentamente, acariciando sus pechos con las manos y la boca, disfrutando de los gemidos que salen de sus labios. Laureen clava las uñas en su espalda, y arquea las caderas para salirle al encuentro, haciendo que su sangre arda desbocada. No puede esperar más, su cuerpo necesita liberarse, y hunde la mano entre sus cuerpos para acariciar el clítoris hinchado de su chica, que se convulsiona recorrida por el orgasmo un segundo antes que él. Cuando recupera la cordura, mira a Laureen a los ojos, temiendo haberla asustado con su brusquedad.

—Cariño, ¿estás bien? —pregunta— Lo siento, no quería ser tan brusco.

—Aiden, no soy de porcelana. No voy a romperme.

—Pero ayer...

—Ayer no sabía lo que era hacer el amor contigo. Solo he estado con un hombre aparte de ti, y era un cerdo egoísta que solo me utilizaba para su propio beneficio y no sabía lo que era realmente el sexo.

—Nena... —La abraza—. Siento que hayas tenido que pasar por algo así.

—Yo no lo siento, porque me hizo darme cuenta de que lo realmente bello e importante de las personas está aquí. —Pone la mano sobre el corazón de Aiden—. Y como te dije ayer, tú eres perfecto.

Aiden no puede articular palabra. Tiene un nudo en la garganta que le impide hablar, así que hace lo único que puede para demostrarle lo que sus palabras significan para él. La besa con tanto cuidado y dulzura que a ella se le llenan los ojos de lágrimas, y la aprieta contra su pecho una vez más antes de cogerla en brazos y llevarla a la ducha. La enjabona con cuidado, suavemente, recorriendo con las manos cubiertas de espuma sus curvas, y terminan de nuevo haciendo el amor.

Cuando bajan a la cocina se encuentran allí con Adam, que está preparando la comida.

—Dime que no son huevos con beicon —protesta Aiden.

—¡Vamos, hombre! Mi nueva cuñada tiene que probar mi especialidad. Además, también hay patatas.

—¡Adam, por Dios! ¿Quieres echarla el primer día?

—Me gustan los huevos con beicon —dice ella aguantándose la risa.

—¿Lo ves? —pregunta Adam triunfal— Ella es de las más.

—Lo dice porque quiere ser cortés, Adam.

Aiden se vuelve hacia el armario y abre en busca de algo para desayunar.

—Nena, te prepararé otra cosa, si quieres.

Ella le mira avergonzada y suelta una sonora carcajada.

—¿Qué te parece tan gracioso? —pregunta su chico.

—Aiden, los huevos con beicon son mi comida favorita, de verdad. No lo digo por quedar bien, sino porque me encantan.

Adam se acerca a ella con la mano en alto y choca con ella.

—¡Esa es mi cuñada! Hermano, somos dos contra uno. O comes beicon, o te preparas la alfalfa para ti solo.

Después de comer, Aiden y Laureen se acercan a Tyler a visitar a los padres de él. Cuando aparca frente a la puerta, se vuelve hacia ella, claramente incómodo por algo.

—¿Ocurre algo? —pregunta ella.

—La verdad es que sí.

—Tus padres no saben nada de esto, ¿no es así?

—Pues no, y prefiero que sigan sin saberlo.

—¿Y para qué me traes entonces? No te entiendo.

—¡No, no! Nena, no me refiero a lo nuestro, sino a la forma en la que nos hemos conocido. Si mis padres se enteran de que he recurrido a un periódico para encontrar esposa se mueren de un infarto.

—¿Y qué piensas decirles? No puedes llegar con una prometida del brazo por arte de magia.

—Anoche estuve pensando... y vamos a decirles una verdad a medias.

—A ver, cuéntame.

—Te conocí en el aeropuerto y me fascinaste cuando te vi, así que me acerqué a ti para invitarte a cenar. A partir de entonces hemos ido viéndonos a menudo, nos hemos enamorado y hemos decidido casarnos.

—¿Y cuándo ocurrió todo eso, vaquero? —pregunta ella riendo.

—En realidad el sábado, pero podemos decir que viniste de vacaciones el verano pasado y que hemos estado viajando para vernos desde entonces.

—Así que el sábado...

Aiden posa sus ojos azules en ella, muy serio.

—Puede que no me creas, o que incluso te parezca una locura, pero en cuanto te vi entrar en el aeropuerto supe que tenías que ser mía a toda costa, y me importaba bien poco si eras o no Laureen McLean.

Ella le mira con los ojos como platos, pero él la besa y sale del coche sin mediar palabra. ¿En serio le gustó tanto cuando la vio? ¡Si estaba despeinada! Y tenía ojeras, y estaba verde por el mareo... Laureen sacude la cabeza y se baja del vehículo para entrar en casa de los padres de su futuro marido, que la espera junto a la puerta con una sonrisa.

—Aiden...

—Vamos, nos están esperando.

—Ya, pero...

—Laureen, luego hablamos de esto, ¿de acuerdo?

—Muy bien. Si quieres que tus padres te vean con la boca llena de carmín, allá tú. Él se limpia rápidamente, y ella no puede evitar echarse a reír.

—¿Por qué no me has avisado? —protesta.

—¡Pero si llevo un rato intentándolo!

—Anda, vamos a entrar.

Aiden abre con su llave y se dirige a la cocina con Laureen de la mano. Aún se van riendo por el incidente del coche, aunque se la tiene guardada a su pequeña diablesa. Encuentran a su madre frente a la vitrocerámica, cocinando, como siempre. Mandy es una mujer alta y delgada, con cabello blanco y mirada vivaz. Cuando su hijo se acerca a ella por detrás y la abraza para besarla en la mejilla, todo el amor que siente por él se refleja en sus ojos azules.

—¿Qué cocinas que huele tan bien? —pregunta Aiden.

—Pollo al horno. ¿Cómo estás? —Su mirada se fija en Laureen—. ¿Y quién es esta mujer tan guapa?

—Ella es Laureen, mamá. Nena, ella es mi madre, Mandy McBride.

—Encantada de conocerla —contesta Laureen—. Su hijo me ha hablado mucho de usted.

—No sé si creerte. Que te haya hablado de mi cocina me lo creo, pero de mí no. —Sonríe—. Y por desgracia a mí no me ha hablado nunca de ti.

—¿Dónde está papá? —pregunta Aiden cambiando de tema.

—Como ves, se le da de maravilla escurrir el bulto. Está arriba, arreglando algo.

—Voy a buscarle. ¿Hay tarta?

—Primero tendréis que comer.

—Ya hemos comido, pero sí te acepto el postre —contesta él con una sonrisa.

Aiden sale por la puerta, dejando a Laureen sola con su madre. Ella se sienta en la isla y observa a la mujer mientras cocina.

—Mis hijos son adictos a mi tarta de manzana, y aprovechan esa excusa para venir todos los días. Creen que no nos damos cuenta, pero sabemos que lo hacen para saber si estamos bien.

—Se preocupan por ustedes.

—Quizás demasiado. ¿Desde cuándo os conocéis?

—Desde el verano pasado, que vine de vacaciones. Desde entonces hablamos todos los días por teléfono e internet, y siempre que hemos podido hemos viajado para vernos.

—Así que eres su chica... Me alegra ver que por fin es capaz de rehacer su vida. Lo pasó muy mal con la muerte de Helena, y su padre y yo ya creíamos que no sería capaz de volver a ser feliz.

Mandy pone delante de Laureen una taza de café y un trozo de tarta.

—Prueba la tarta, si te gusta te daré la receta.

Laureen se lleva un trozo a la boca y gime al saborearla, arrancando una sonrisa de los labios de su futura suegra.

—Está deliciosa, señora McBride.

—Por favor, llámame Mandy, me haces sentir mayor.

En ese momento Aiden entra con un hombre alto y corpulento, con barba y pelo blanco y ojos azules. A simple vista nadie dudaría que sean padre e hijo, porque se parecen bastante. Carl se acerca a su mujer y la besa.

—Cariño, ya tienes arreglado el grifo —susurra.

—Gracias, mi amor.

Laureen permanece mirándoles enternecida. Se profesan un amor tan grande... Viéndolos así comprende por qué Aiden es tan tierno con ella, ha tenido un gran ejemplo en sus padres.

—Papá, ella es Laureen, mi novia.

El padre se acerca a ella y la besa en la mejilla.

—Es preciosa, hijo. ¿De dónde la has sacado?

—Del aeropuerto —contesta él sonriendo—. Y ahora vamos a casarnos.

Sus padres se alegran mucho de la noticia, y su padre saca una botella de cava para celebrarlo. Charlan un rato, y quedan en ir a cenar para celebrarlo. Cuando salen de allí, Aiden la lleva a conocer la ciudad, y ella no puede ser más feliz. Su nueva vida ha empezado de la mejor manera posible: con un hombre maravilloso y una gran familia.

Capítulo 7

Laureen ve alejarse la ciudad desde el avión con lágrimas en los ojos. Aunque acaba de conocer a Aiden, no quiere dejarle, pero no le queda más remedio que hacerlo. En solo un par de días el ranchero la ha hecho sentirse bonita y deseada, y aunque es demasiado pronto, ya empieza a sentir mariposas en el estómago cada vez que él está cerca.

La noche pasada fue mágica, y deseó que el tiempo se parase en el momento en que volvió con Aiden al rancho de cenar con sus padres. Adam había llegado antes de la cena con una preciosa Harley-Davidson negra en la que ellos volvieron mucho más tarde. Estar sentada detrás de Aiden, agarrada a su cintura, consiguió que su sangre ardiera. Sentir su abdomen musculoso a través de la tela de la camisa, emborracharse con su olor a hombre, sándalo y madera, fue más de lo que su cordura estaba dispuesta a soportar. Cuando llegaron a la casa, su chico la llevó escaleras arriba hasta su habitación, donde hicieron el amor de forma desenfrenada hasta que cayeron exhaustos y se durmieron uno en brazos del otro.

Esa mañana, volvió a hacerla suya de forma lenta y controlada. Laureen había terminado llorando entre sus brazos, sin poder evitar la tristeza de la separación, sin querer volver a su vida en la ciudad y darse cuenta de que todo aquello había sido un maravilloso sueño del que había tenido que despertar. Pero ahora que se aleja hasta Boston, su determinación se hace más fuerte. Dejará todos sus asuntos solucionados en la ciudad y volverá a Texas, a su nueva vida, con el hombre que la trata como a una princesa de cuento de hadas, sin preocuparse por una vez en su vida por nada que no sea ella misma.

Su avión aterriza en Boston bien entrada la madrugada, así que toma un taxi y vuelve a su casa. Sabe que debe parar a comprar algo para cenar, pues no tiene nada en el frigorífico, pero está tan cansada que prefiere dormir de un tirón a parar en el supermercado. A fin de cuentas aún tiene un día de descanso y mañana puede rellenar el frigorífico para los pocos días que le quedan en la ciudad.

Cuando abre la puerta de su apartamento, tiene la sensación de que algo no anda bien, y el pulso se le acelera. Ve sobre el sofá una camiseta de hombre, y en la mesa de

la cocina una caja de pizza en la que aún quedan un par de trozos. ¿Será Riley? ¿Habrá tenido la cara dura de volver después de todo lo que había pasado? Cambió la cerradura cuando se separaron, pero... Saca del paragüero de la entrada los paraguas, lo levanta sobre su hombro como protección, y comienza a caminar descalza por el pasillo. Sabe que el dichoso armatoste no le servirá de mucho si hay un intruso, pero podrá atontarlo lo suficiente para huir de él.

Al ver a su hermano dormido sobre su cama, sin desvestirse, suspira con una sonrisa. ¿Qué hace aquí? La última vez que hablaron no le había dicho nada al respecto... Cuando suelta el paragüero sobre el suelo de madera, su hermano se levanta de un salto de la cama, y al verla, la abraza con fuerza enterrando la cabeza en su hombro.

—¡Gracias a Dios que estás bien! —gime él.

—¿Por qué no iba a estarlo? —pregunta ella extrañada.

—Ayer me llamó Kristen llorando a mares porque habías ido a hacer algo en Texas y no habías dado señales de vida.

—¡Dios mío! Olvidé llamarla.

—Como tampoco me cogías el teléfono hablé con mi jefe y vine directamente para encontrarme que no estabas, y fui a preguntar a tu trabajo y me dijeron que habías cogido unos días libres para asuntos familiares. ¿Qué asuntos familiares, Lauren? Que yo recuerde soy tu única familia.

—Cálmate, Seb, te lo explicaré todo, pero necesito darme una ducha y cenar algo antes. Estoy famélica.

—Muy bien, pero llama primero a Kristen que está a punto de sufrir un infarto por tu culpa. Mientras te prepararé algo.

Lauren asiente y se aleja hasta la puerta, donde se vuelve a mirar a su hermano mayor.

—Me alegra que estés aquí, Sebastien. Te echaba mucho de menos.

—¿Cómo iba a quedarme en casa sin saber dónde estabas? Anda, ve a ducharte, eso te relajará.

Lauren permanece mirando a su hermano un momento mientras se aleja hacia la cocina. Él es su héroe, y le admira muchísimo por haber conseguido cumplir su sueño a pesar de todo lo que habían pasado. Ahora lo único que le falta es formar la familia que tanto desea, y no va a ser nada difícil conseguirlo, porque es el hombre más guapo del

planeta. Tiene el cabello rubio oscuro y los ojos color caramelo, más de metro ochenta de cuerpo atlético y bien cuidado y una sonrisa de infarto. Además, su nuevo look le sienta de muerte. Siempre había llevado lentillas, pero ahora ha optado por unas gafas plateadas que, junto con la barba bien cuidada que se ha dejado, le aportan un aspecto más sereno e intelectual.

Cuando vuelve a su habitación, se sienta en la cama para llamar a su amiga, que descuelga al primer toque.

—¿Sabes ya algo de ella? —pregunta Kristen creyendo que es Sebastien.

—Kris, soy yo.

—¡Por fin! ¿Por qué demonios no me has llamado antes? Me tenías muy preocupada.

—Lo siento, pero me han pasado tantas cosas que se me olvidó llamarte.

—Muy bonito, amiga. Tu hermano pensaba ir mañana a la policía para empezar a buscarte.

—Es que eres muy alarmista. ¿No te dije que iba a pasar allí un par de días?

—¡Pero prometiste llamar y no lo hiciste! Bueno, ¿qué tal fue todo?

—Perfecto, Kris, Aiden es... perfecto.

—¡Vamos, cuéntamelo todo!

—Es un hombre guapísimo, pero está tan ocupado en su rancho que no tiene tiempo de buscar novia en el pueblo. Aunque si todas son como la que nos encontramos en el restaurante le entiendo, la verdad. El caso es que le he gustado, y la verdad es que él a mí también, así que me voy a casar con él.

—Pero no te ha dado tiempo a conocerle demasiado, Laureen.

—He visto suficiente. Es tan cariñoso, Kris... pero no solo conmigo, también con su familia lo es. Tiene una familia enorme, y todos me han acogido muy bien, sobre todo su hermana. Algo me dice que va a irme muy bien con él, y no voy a cambiar de idea.

—Ahora te queda decírselo a tu hermano... que va a poner el grito en el cielo.

—Lo sé, pero es mi decisión y va a tener que acatarla. Voy a casarme tanto si él está a mi lado como si no. Él ya decidió su camino, Kris, ahora yo voy a decidir el mío.

—Espero que no hayas cambiado de opinión respecto a nombrarme tu dama de honor...

—¿En serio crees que te cambiaría por alguien?

—Como ahora te llevas tan bien con la hermana del rancho...

—No seas tonta, ¿quieres?

—¿Te has acostado ya con él?

—¡Kristen!

—¿Qué? Las relaciones sexuales son muy importantes, Laureen. ¿Y si es un bombón pero luego en la cama no rinde?

—No tienes que preocuparte por eso —contesta ella riendo—. Funciona a las mil maravillas.

—¡Lo sabía! Menos mal que has hecho las cosas bien y no has ido de modosita... La vida son dos días y hay que vivirla.

—Anda, anda... Te dejo, que voy a darme una ducha y a enfrentar al ogro de mi hermano.

—Suerte, esta vez la necesitas.

Laureen se da una larga ducha caliente y se dirige a la cocina, donde su hermano le ha preparado un plato con ensalada y salchichas para cenar. Ella se sienta frente a él y come en silencio, y Sebastien permanece apoyado en la encimera de la isla mirándola fijamente.

—Me estás poniendo nerviosa —protesta Laureen.

—Estoy esperando que empieces a hablar.

—¿Puedo terminar de cenar antes?

—No, puedes hablar mientras comes.

—Es de mala educación hablar con la boca llena.

Él protesta, pero se sienta junto a ella con un vaso de té helado esperando pacientemente a que termine de cenar. Pero Laureen se levanta a dejar el plato en el fregadero y coge un melocotón del frigorífico sin abrir la boca.

—¿Quieres hablar de una vez?! —exclama su hermano desesperado.

Ella inspira profundamente y coge a Sebastien de la mano para sentarse con él en el sofá.

—Sé que te vas a enfadar y vas a poner el grito en el cielo —comienza—, pero antes de que te pongas en modo ogro quiero que pienses que es mi vida y que tengo que cometer mis propios errores igual que hiciste tú, ¿de acuerdo?

—Laureen... dispara de una vez.

—Fui a Texas a conocer al hombre con el que voy a casarme muy pronto.

Su hermano la mira un momento sin decir nada, y de repente se deja caer hacia atrás en el sofá riendo a carcajadas.

—Muy bueno, hermanita, pero déjate de bromas y dime de una vez a qué demonios has ido a Texas.

—Te estoy diciendo la verdad, Seb. Contesté a un anuncio del periódico. Un ranchero buscaba esposa y fui a conocerle, y vamos a casarnos.

—O sea, ¿me estás diciendo que vas a casarte con un tío que no conoces de nada y piensas que voy a quedarme de brazos cruzados?

—Seb...

Laureen empieza a ponerse nerviosa. Conoce a su hermano perfectamente y sabe que esa calma no augura nada bueno.

—Le conozco —continúa ella—. Es un buen hombre, responsable y trabajador. He conocido a su familia, y todos ellos son buenas personas. Y además le gusta mucho, y él me gusta mucho a mí.

—¡Me importa una mierda todo eso! ¡No te vas a casar con un hombre que acabas de conocer solo porque te parezca que es un buen tipo! ¿Te has vuelto loca?

—¡Pues pienso casarme con él tanto si te gusta como si no! ¡Es mi vida y no puedes controlarla siempre que se te antoje!

Sebastian cierra los ojos intentando calmarse y decide hacer que su hermana entre en razón por las buenas.

—Nena, sé que lo que pasó con Riley te afectó, pero no puedes casarte con el primero que se te ponga por delante porque pienses que no vas a conseguir a nadie mejor.

—¡Esto no tiene nada que ver con Riley! De hecho, ese imbécil no puede estar más lejos de mi mente ahora mismo. Es cierto que contesté al anuncio porque me sentía sola, ¡pero no me voy a casar con él por eso! ¿No puedes entender que me gusta mucho y que quiero casarme con él teniéndote a mi lado?

—¡Está bien, maldita sea! Cásate si es lo que quieres, pero antes voy a tener unas palabras con él. Y como no me convengan las respuestas...

Laureen se acerca a su hermano y le abraza con fuerza, y él no puede evitar devolverle el abrazo.

—Solo quiero que seas feliz, nena.

—Lo sé, pero ya soy adulta y no tienes que protegerme.

—¡Pues claro que tengo que hacerlo! Mira lo que pasó cuando no lo hice.

—Tú no tienes la culpa de lo que pasó con Riley, sino yo. No debí permitir que me tratase de aquella manera.

—Debí estar a tu lado y darme cuenta, Lauren. Si no me hubiera ido a San Francisco...

—Seb, olvídale como he hecho yo. La vida sigue, y no puedes quedarte estancado en el pasado.

—No puedo, eres lo único que tengo y te fallé.

—Tú nunca me has fallado, Seb. Y por eso vas a ser mi padrino.

—Está bien, tú ganas. Seré tu padrino... si no mato al novio antes.

Lauren se levanta a la mañana siguiente con una sonrisa en los labios. Va a ir a presentar su carta de dimisión y a preparar la mudanza, porque le queda muy poco tiempo para prepararlo todo. Apenas va a llevarse nada, solo la ropa y algunos objetos personales, no quiere cargar con demasiadas cosas hacia su nueva vida.

En cuanto pone el sobre en la mesa de Michael, su jefe, este la mira con una ceja arqueada.

—Dime que no es lo que creo que es —advierte Michael.

—Lo siento, Michael, pero debo irme.

—¿Acaso no estás a gusto trabajando conmigo?

—No es eso. El trabajo me encanta, de verdad, pero tengo otras prioridades ahora mismo.

—¿Y puedo saber cuáles son?

—Voy a casarme.

—Eso no es excusa. Podrás volver al trabajo cuando vuelvas del viaje de novios.

—Me mudo a Texas, Michael. Mi prometido es de allí.

—No quiero perderte, Lauren. Eres la mejor secretaria que he tenido nunca y te necesito.

—Lo sé, pero podrás vivir sin mí. Ya tienes a una mujer que puede ocupar mi puesto. Sophie es muy eficiente y estoy segura de que terminarás necesiéndola tanto o más que a mí.

—En ese caso no me queda otra que felicitarte —dice levantándose para estrecharle la mano—. Espero que todo te vaya bien, Laureen. Te lo mereces.

Sale del bufete con los ojos anegados en lágrimas. Le parece irónico que Michael le diga que la necesita precisamente ahora, cuando ya todo está decidido. Pero no la necesita como mujer, sino como empleada, y sabe que Aiden la hará muy feliz.

Después de comer, acompaña a su hermano al aeropuerto. Tiene que volver al trabajo para poder pedir el fin de semana libre y viajar a Texas a conocer a Aiden, pero no puede evitar sentirse triste. Conduce en silencio, sin apenas mirarle, para evitar terminar llorando a moco tendido por su partida.

—Nos veremos en unos días —dice su hermano adivinando su estado de ánimo.

—Ya lo sé, pero eso no evita que te eche de menos.

—Deberías haberme hecho caso, Laureen. Deberías haberte venido conmigo cuando dejaste a Riley.

—¿Y huir? No habría servido de nada.

—¡No estarías huyendo, maldita sea! Estarías empezando una nueva vida conmigo.

—Ya no importa, Seb. Voy a empezar una nueva vida ahora.

—Y te alejas más de mí.

—No creo que reprocharme eso sea lo más indicado cuando tú fuiste quien primero se alejó.

—¿Tenemos que discutir?

—Tú has sacado el tema.

Permanecen en silencio hasta que avisan del vuelo de Sebastien. A Laureen se le forma un nudo en el estómago y las lágrimas comienzan a caer por sus mejillas, y su hermano la envuelve en un fuerte abrazo.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —susurra él entre su pelo.

—Yo también te quiero.

—Nos vemos en unos días. Más le vale al ranchero que me guste, o terminará con mi puño estampado en la cara.

—Eres demasiado protector. Sé cuidarme sola.

—Sé que sabes, pero mi trabajo es protegerte.

Laureen ve a su hermano alejarse por la pasarela hasta el avión. Desde que su madre les abandonó, Sebastien ha trabajado en todo lo que podía, y por las noches

estudiaba en la escuela a distancia para ser médico. A ella jamás le ha faltado de nada, ha estudiado en los mejores colegios y siempre ha tenido todo lo que ha querido, y adora a su hermano por haberlo hecho posible. Por eso le odió tanto que se marchara a San Francisco. Le pidió que se fuera con él, pero ella ya estaba saliendo con Riley y creía que era el amor de su vida, así que le vio marcharse igual que ahora. También le pidió que se mudara cuando abandonó a ese desgraciado, pero ella no pensaba darle el gusto de desaparecer de la ciudad solo porque él la había engañado con otras.

Piensa en el hombre que la espera en la otra punta del país, y siente un escalofrío. Tiene miedo, no puede negarlo, pero algo en su fuero interno le dice que Aiden la tratará bien, que no será igual que Riley. Debe confiar en él, debe dejar atrás sus miedos para poder avanzar, y por eso no quiere llevarse nada de aquella casa. No había tenido dinero para deshacerse de todo tras la marcha de su ex, pero ahora tiene la oportunidad de hacerlo. Cuando llega a casa, monta las cajas que ha recopilado para la mudanza y las pone sobre la cama para comenzar a guardarlo todo. Unas horas más tarde, ya lo tiene todo empacutado, excepto un par de prendas que deja fuera para pasar el resto de la semana. Tras cenar, se mete entre las sábanas, pero el sueño brilla por su ausencia, y no puede evitar fantasear con lo que la espera de ahora en adelante.

El viernes amanece soleado, igual que su ánimo. Se encontrará en el aeropuerto de Tyler con su familia... y con Aiden. Aunque han hablado por teléfono a diario, le echa terriblemente de menos, y está deseando volver a estar entre sus brazos. Cuando sale de la ducha, suena el teléfono, y sonrío al ver que es su chico.

—Buenos días —ronronea ella.

—Dime que no te has echado atrás.

—Claro que no —contesta riendo—. Mi avión sale dentro de dos horas, y el servicio de mudanzas tiene que pasar en cualquier momento para llevarse lo poco que he empacutado.

—¿A qué hora llegarás?

—Alrededor de las doce, pero creo que mi hermano llegará antes que yo.

—¿Tu hermano? A ver si me va a dejar KO antes de recuperarte.

—No seas tonto, seguro que os lleváis muy bien.

—Eso espero. ¿Me echas de menos? Porque yo no puedo dejar de pensar en ti en todo el día.

—Claro que te echo de menos.

—¿Sabes qué es lo que más extraño? Tenerte dormida entre mis brazos después de hacer el amor.

—Esta noche podrás volver a tenerme.

—Aún es demasiado tiempo. Nos vemos en unas horas, preciosa.

—De acuerdo.

Laureen cuelga el teléfono feliz. Realmente va a ser muy afortunada al casarse con un hombre como él. Tras vestirse y entregar al mensajero las tres cajas que va a llevarse a Texas, sale del apartamento sin mirar atrás.

Capítulo 8

Aiden espera impaciente la llegada de su chica. No ha podido dejar de pensar en ella ni un solo instante, y ahora que llega la hora de volver a tenerla entre sus brazos está hecho un manojo de nervios. ¿Qué tiene esa mujer que lo vuelve completamente loco? Y eso que apenas hace una semana que la conoce, no quiere ni pensar qué pasará cuando lleven varios años casados.

—¿Aiden McBride?

Se vuelve para observar al hombre que acaba de pronunciar su nombre. No es mucho más bajo que él, y tiene pinta de intelectual. El pulso se le acelera al darse cuenta de que es el hermano de Laureen, y sabe que no se ha tomado demasiado bien la noticia de su boda.

—El mismo. Sebastien, supongo —dice estrechándole la mano—. Laureen me dijo que llegarías antes que ella.

—Sí, cogí el vuelo más temprano para poder hablar contigo tranquilamente.

—Muy bien, vamos a tomarnos un café mientras llega tu hermana.

Ambos hombres se sientan en una mesa, uno en frente del otro, midiéndose como dos machos alfa. La mirada de Sebastien es fría, penetrante, pero Aiden no piensa dejarse intimidar. Cuando piden los cafés, se recuesta en la silla con las piernas estiradas y una ceja arqueada.

—Bueno, pues tú dirás.

—Quiero que me digas qué quieres de mi hermana.

La petición deja a Aiden sorprendido. ¿Qué quiere de Laureen? ¿En serio?

—La quiero a ella.

—No me vengas con esas, Aiden. Mi hermana no tiene ni un centavo, vive en un minúsculo apartamento porque no puede pagar una casa en condiciones. No tiene nada que pueda interesarte.

Aiden inspira hondo para mantener la calma. Le ha tomado por un cazafortunas, y no puede sentirse más humillado, pero quiere hacer las cosas bien por Laureen, así que se cruza de brazos y se apoya en la mesa.

—Mira, entiendo que no me creas porque todo ha sido demasiado repentino, pero me caso con tu hermana solo y exclusivamente por ella. Me gusta mucho, y te aseguro que voy a poner todo mi empeño en hacerla feliz.

—Eso está por verse.

—Escúchame bien, Sebastien —dice con los dientes apretados—. A mí la única opinión que me importa es la de tu hermana. Si no me quieres creer, es tu puñetero problema. Ella confía en mí, y si no quieres entenderlo ya puedes marcharte por donde has venido.

—Como le hagas daño te juro que ni todas las fuerzas del cielo y el infierno juntas van a evitar que te mate, ¿me oyes?

En ese momento avisan del vuelo procedente de Boston, y Aiden se traga su respuesta a la amenaza. Ambos hombres se levantan de la mesa y se acercan a la puerta de desembarque, y cuando Aiden ve a Laureen aparecer, se acerca a ella con paso decidido.

Laureen no tiene tiempo de acostumbrarse a estar en tierra firme. En cuanto pisa el suelo de mármol del aeropuerto, se ve levantada del suelo en un fuerte abrazo. Inspira profundamente la colonia de Aiden, y envuelve los brazos en su cuello antes de que él la bese con el mismo anhelo que ella siente por él.

—Te he echado de menos, cariño —susurra él un segundo antes de volver a besarla.

—Suelta a mi hermana, capullo, que aún no te has casado con ella.

Laureen ríe ante la protesta de su hermano, pero se suelta del abrazo de su chico para saludarle.

—Hola de nuevo, cariño —dice su hermano.

Unos minutos después llegan Kristen y Matt, y tras las presentaciones, se van todos juntos a comer a un restaurante cercano, en donde les espera Adam.

—Él es mi hermano, Adam —dice Aiden—. Ellos son Sebastien, el hermano de Laureen, Kristen y Matt, su marido.

—Un placer —contesta Adam estrechándoles la mano.

Sebastien no dice nada, pero coge a su hermana de la muñeca y la saca del local a toda prisa.

—¿Se puede saber qué haces? —protesta ella.

—¿Gemelos? ¿En serio? ¿Esto qué demonios es, Lauren?

—¿Pero qué te pasa? ¿Qué culpa tienen ellos de ser gemelos?

—¡Pueden engañarte! ¿No te das cuenta? ¿Quieres ser la muñeca de los dos?

—¿Pero qué tonterías estás diciendo? ¿Crees que no soy capaz de diferenciarlos?

¡Adam lleva un tatuaje en el brazo, por amor de Dios!

—No me gusta, Lauren, no me gusta ni un pelo.

—Si vas a seguir así me buscaré otro padrino. No vas a estropear me la boda, ¿me oyes?

Sebastien la mira con los brazos cruzados, sin ninguna intención de claudicar. Lauren está de los nervios, le revienta que su hermano sea tan cabezota.

—No tienes que seguir cuidándome, Seb, ya no soy una niña. Ahora necesito a mi hermano, no a un padre protector que vea mal todo lo que hago. Quiero tenerte a mi lado, pero necesito que me dejes hacer las cosas a mi manera.

—¿Y si no sale bien?

—Si no sale bien, pediré el divorcio y me iré a vivir contigo a San Francisco.

—Prométemelo.

—Te lo prometo. Pero prométeme tú que vas a darle una oportunidad a Aiden, que vas a intentar llevarte bien con él.

—De acuerdo... lo intentaré.

A la vuelta al rancho, Aiden tira de ella para irse en la moto de su hermano, que se lleva a los invitados para que puedan tener un momento a solas. Ella se agarra fuertemente a la cintura de su chico, saboreando el momento, porque sabe que hasta que sus familiares se marchen no van a tener demasiado tiempo a solas, pero sonrío cuando ve que Aiden desvía la moto y la detiene en un prado a orillas de un río. Ella le observa apoyada en un árbol mientras saca una manta de una de las maletas de la moto, la extiende en la hierba y se tumba en ella.

—Vamos, ven aquí —le dice dando palmaditas a su lado.

—Lo tenías todo planeado, ¿verdad?

—Cariño, deja de inventarte cosas. Adam lo tenía todo planeado, no yo — bromea.

Une sus labios a los de ella en besos fugaces, despertando poco a poco la pasión que llevan reprimiendo desde que se vieron por última vez.

—Por fin te tengo para mí solo. Ha sido un auténtico infierno pasar esta semana sin ti.

—Lo sé, para mí también lo ha sido. Todas las noches soñaba contigo.

—¿Sí? ¿Y qué soñabas?

—Que volvíamos a estar juntos. Que volvías a abrazarme y hacíamos el amor.

—Hagamos tus sueños realidad, entonces.

Aiden comienza a besarla lentamente. No tiene prisa, están en su propiedad y nadie va a molestarles, y su hermano es capaz de entretener a sus invitados hasta que vuelvan al rancho. Desabrocha poco a poco la blusa de Laureen, relamiéndose al ver el sujetador de encaje que cubre sus pechos cremosos. Necesita saborear su piel, pero quiere ir despacio. A la blusa le siguen los vaqueros, y su propia camiseta, y se tumba junto a ella con la cabeza apoyada en la mano.

—Había olvidado lo guapa que eres —susurra.

Le impide contestar cuando pasea su lengua por el encaje del sujetador, y humedece el pequeño capullo que comienza poco a poco a florecer. Ella cierra los ojos, y un gemido escapa de sus labios entreabiertos cuando posa la mano sobre la tela de sus braguitas.

—Te deseo tanto, cariño... —susurra Aiden— No sabes las ganas que tenía de tenerte justo así.

Ella le mira con los ojos velados por el deseo, y enreda sus manos en el cabello de su chico para atraerlo hasta su boca. Necesita besarle, necesita sentir el peso de su cuerpo sobre el suyo y que le haga el amor, pero él se lo está tomando con demasiada calma, así que alarga la mano hasta posarla sobre el bulto de su erección. Aiden inspira hondo, pero no protesta cuando baja la cremallera de los vaqueros para hacer saltar su miembro en su palma. Apenas puede acariciarle un par de veces, porque él se levanta para desnudarse y deshacerse de su ropa interior.

—Quería tomármelo con calma, cariño, pero haces que sea imposible contenerse.

—No te contengas, Aiden. Hazme el amor.

Introduce su miembro en ella despacio, absorbiendo cada una de las sensaciones que circulan por su columna vertebral. Estar dentro de ella es como llegar al paraíso, un placer puro e indescriptible que no quiere que termine jamás. Comienza a moverse despacio, con embestidas largas, aprisionando sus pechos bajo su cuerpo, sintiendo las

uñas de su chica clavarse en sus omóplatos, hasta que con un gemido ella llega al orgasmo, arrastrándole a él también.

Permanecen largo rato allí tumbados, desnudos, ella apoyada en su pecho, él acariciando su espalda. El sol y los pájaros son los únicos testigos de este momento mágico, pero hacía ya mucho tiempo que habían desaparecido y tenían que regresar al rancho.

—Deberíamos irnos —dice Aiden.

—No... Quedémonos un rato más.

—Tu hermano me matará si tardamos más, Lauren. Ya hemos tenido unas palabras en el aeropuerto y no hemos terminado demasiado bien.

—Le dije que se metiera en sus asuntos —protesta ella.

—Es normal que se preocupe, cariño, no me conoce de nada. Yo también me puse en plan hermano protector cuando Clay me dijo que iba a casarse con mi hermana, y es mi mejor amigo.

—¿Qué te ha dicho?

—¿Acaso importa? No confía en mí, y hasta que no me conozca no va a cambiar de opinión.

—Hablaré con él y...

—Tú no vas a hablar con nadie. Sé cuidarme solo, cariño, deja las cosas como están.

Aiden se levanta y tira de ella para volver a pegarla a su cuerpo. Une sus labios una vez más en un beso lento, persuasivo, esperando que ella olvide el tema.

—Me quedaría aquí todo el día, pero tenemos que irnos —protesta él.

—Si no hay más remedio...

Se visten rápidamente y ponen rumbo al rancho. Cuando llegan, no pueden evitar reír ante el panorama que les espera: Beth y Kristen charlan animadamente mientras preparan la cena, y los tres hombres están sentados en la alfombra jugando con Eddie a las muñecas.

—No me lo puedo creer —susurra Aiden—. Mi adorable sobrina ha domado a la fiera de tu hermano.

—Te he oído, McBride —contesta Sebastien—. Que la niña consiga hacerme babear no significa que me gustes.

—Pero me gusta a mí, que es lo que importa —protesta Lauren.

Sebastien está muy pendiente del comportamiento del ranchero con su hermana durante toda la cena. No se corta en besarla, abrazarla o simplemente mirarla con adoración. Realmente debe sentir algo, pues está pendiente de ella en todo momento. Quizás está equivocado... quizás le ha prejuzgado por lo que ocurrió en el pasado, y debería darle una oportunidad a su relación con su hermana y firmar una tregua. Cuando las mujeres van a servir el café, se acerca a Aiden con la intención de retractarse.

—¿Podemos hablar un momento, Aiden? Es importante —pregunta.

—Vamos a mi despacho.

Sebastien sigue al ranchero por el pasillo hasta una habitación sencilla, con algunos muebles y un gran escritorio de caoba en el centro de la estancia. Aiden sirve dos copas de whisky y le entrega una antes de apoyarse en el escritorio.

—¿De qué me acusas ahora? —pregunta.

—De nada, Aiden. Quería disculparme por mi comportamiento, me he pasado de la raya. Mi única defensa es que una vez no pude evitar que le hicieran daño a mi hermana, y no me lo perdonaré en la vida.

—No tienes que disculparte, te entiendo perfectamente. ¿Qué ocurrió? —pregunta Aiden sentándose a su lado— No quiero preguntarle a ella, pero necesito saberlo.

—Laureen se enamoró perdidamente de un tío que no sentía nada por ella, y se aprovechó de la situación. La convenció para irse a vivir juntos al mes de conocerse, y empezaron los maltratos. Mi hermana nunca hacía nada bien, era una buena para nada, y su aspecto nunca era el adecuado para él.

Aiden siente que su sangre comienza a hervir. Que alguien la tratase de aquella manera le pone furioso, pero intenta mantener la calma hasta terminar de oír la historia.

—Yo acababa de mudarme por mi trabajo. Le pedí que se viniera conmigo, pero no quiso ni oír hablar del tema. Le amaba y no iba a abandonarle, y yo no podía dejar mi trabajo, así que le pedí a Kristen que me mantuviera informado. Un día ella me pidió que volviera a Boston, así que cogí el primer vuelo que pude y me presenté en casa de mi hermana.

Sebastien cierra los ojos e inspira antes de continuar.

—Cuando abrí la puerta me quedé de piedra. Riley estaba sentado en el sofá con una tía en bragas sentada a horcajadas sobre él, comiéndole la boca, y mi hermana estaba en la cocina, con los ojos anegados en lágrimas, haciendo la cena para los dos.

—Maldito hijo de puta...

—Le di una paliza y le mandé al hospital. Intenté que mi hermana se viniera conmigo, pero no lo conseguí. Dijo que era su casa y que no pensaba irse, así que cambió la cerradura y siguió con su vida.

—¿Y se quedó sola?

—Kristen la convenció con mentiras de que la dejase vivir con ella, porque teníamos miedo de que cometiese una locura. Ya no es la misma mujer que antes, Aiden. Ella era fuerte, independiente, divertida... ahora se ha convertido en una sombra.

—Recuperaré a la mujer que fue, te lo prometo.

—Al menos ha vuelto el brillo a sus ojos, cosa que te agradezco. Pero te llevará mucho tiempo, yo no he conseguido hacer nada en todo este tiempo.

Lauren está hecha un manojo de nervios. Hace más de media hora que Aiden y Sebastien se han encerrado en el despacho, y no se oye ni un solo ruido. ¿Qué estarán haciendo? Ella no deja de pasearse por el pasillo, le sudan las manos y el corazón le late a mil por hora. De pronto, el estruendo de un mueble al caer la sobresalta, y sin pensárselo dos veces entra en el despacho, dispuesta a separar a sus dos hombres. Pero el escenario que se encuentra no es el que ha imaginado, ni mucho menos. Su hermano está repantigado en un sofá con una copa en la mano, y Aiden está tirado en el suelo, junto a una silla destrozada, ambos riendo a carcajadas.

—¿Se puede saber qué hacéis? Creí que os estabais matando a golpes.

—Lo siento, Lauren —dice Aiden—. La silla no ha resistido mi peso y se ha partido.

—Estamos celebrando tu matrimonio, hermanita —contesta su hermano.

—¿Estáis borrachos? —pregunta ella con los brazos en jarras.

—Solo un poquito —contesta Sebastien mirándola a través del cristal del vaso.

—¡Hombres! Yo preocupada porque no os matéis y vosotros compartiendo borrachera...

Sale de la habitación dando un portazo, y ambos hombres se miran divertidos.

—Se ha enfadado —comenta Sebastien.

—¿En qué lo has notado? —ironiza Aiden— Será mejor que vaya a buscarla, o me veo durmiendo en el sofá.

Aiden sale detrás de Lauren tras la carcajada de su cuñado, y sube las escaleras a toda prisa hasta su habitación. Ella ya se ha puesto el camisón, y está en el cuarto de

baño cepillándose los dientes. Él intenta abrazarla por detrás, pero ella le aparta de un codazo.

—Nena...

—Vete a dormir con mi hermano —sentencia Lauren.

—¡Vamos! Solo era una broma.

—No me gustan esas bromas. Creía que os estabais matando a golpes y casi me da un infarto.

—Hemos firmado una tregua. ¿No te alegras?

—Ahora mismo lo que me gustaría es mataros a los dos.

—¡Auch! Eso ha dolido.

—Hablo en serio, Aiden. Vete a dormir a otra parte.

—Es mi habitación —dice cruzándose de brazos, sonriendo.

—Lo sé, y no me he ido a dormir a otra parte porque todos los dormitorios están ocupados.

Aiden le da la vuelta y la atrapa entre sus brazos y el lavabo.

—Lo siento —susurra—. ¿Me perdonas?

—Ni lo sueñes.

Aiden une sus labios a los de ella, y la besa a conciencia. Ella se afloja un poco, pero no aparta sus brazos para dejarle abrazarla.

—¿Me perdonas? —suplica él.

—Ahora mismo no tengo ganas de perdonarte.

Aiden vuelve a besarla, esta vez con más insistencia, y Lauren aparta las manos de su pecho y las apoya en los bíceps del ranchero.

—¿Y ahora? —pregunta él.

—Tampoco.

Aiden traslada sus besos al cuello de la mujer, a esa parte tan sensible que ha descubierto cuando han hecho el amor junto al río.

—¿Y ahora?

—Me lo estoy pensando —contesta ella con una sonrisa traviesa.

—Entonces déjame que termine de convencerte.

Aiden saca el camisón por la cabeza de Lauren y se deshace de toda su ropa lentamente. Pega el cuerpo femenino al suyo y la besa nuevamente, hundiendo la lengua

en su boca y descubriendo todos sus secretos. Laureen gime cuando siente crecer el miembro de Aiden entre sus piernas, y pega su cuerpo más al del hombre, que la levanta en brazos y la tumba en la cama, donde se dedica a darle placer, primero con sus manos y más tarde con su lengua, mientras ella se retuerce sobre las sábanas. Su cuerpo arde, pero necesita que Aiden se entierre en ella, así que tira de su pelo para acercarlo a su boca y levanta las caderas para animarle a entrar. Aiden le hace el amor despacio, como si tuviesen todo el tiempo del mundo, como si la noche fuera infinita.

A la mañana siguiente, Aiden ya se ha marchado cuando Laureen se despierta, pero le ha dejado una tierna nota en la almohada que la hace sonreír.

Hemos tenido un accidente esta mañana con un ternero. Llegaré tarde a casa, pero Beth irá a haceros compañía. Ya te estoy echando de menos.

Aiden

Laureen se despereza sobre la cama y se da una ducha caliente antes de bajar a desayunar. Kristen y su hermano ya están tomando café, pero no hay ni rastro de Matt.

—Buenos días, chicos —dice con un bostezo—. ¿Dónde está tu marido? ¿Se le pegaron las sábanas?

—Un poco. —Kristen sonríe—. Digamos que hemos tenido una noche muy movidita.

—¿Dónde está Aiden? —pregunta su hermano.

—Han tenido que ir a solucionar un problema. Llegarán tarde a casa, pero Beth vendrá a entretenernos.

En ese momento suena el timbre de la puerta, y entra Beth con una sonrisa.

—Buenos días, aquí llega la diversión —canturrea—. ¿Qué queréis hacer?

—Me gustaría ir mirando vestidos de novia —propone Laureen.

—¡Sí! —aplaude Kristen— Estoy deseando ir a probarme un montón de vestidos.

—¿Y qué se supone que voy a hacer yo? —protesta Sebastien.

—Despierta al perezoso de mi marido —propone Kristen—. Podéis ir a hacer turismo por la ciudad.

Las tres mujeres pasan gran parte del día de compras, y comen en un restaurante de la ciudad acompañadas de Sebastien y Matt, que vuelven al rancho para poder ver un partido de fútbol. Por la tarde, tras encontrar el vestido perfecto para ella, las mujeres

vuelven a la casa y preparan la cena. Aiden y Adam aún no han aparecido, así que las dos mujeres llevan al aeropuerto a la familia de Laureen, que volverá para la boda.

—Cuídate, hermanita —susurra Sebastien abrazándola—. Nos veremos pronto.

—Te voy a echar de menos —gimotea ella—. Me estoy acostumbrando demasiado a tenerte cerca.

—La próxima vez que nos veamos te daré una sorpresa, pero ahora tengo que irme.

Beth la deja en el rancho antes de irse a casa, y ella decide darse una ducha. Cuando Aiden llega de trabajar, la busca por todas partes, pero no consigue encontrarla. Cuando entra en su dormitorio, ve la luz del baño encendida, y entra para encontrarla en ropa interior delante del espejo. Se le seca la boca al momento, y su miembro corcovea bajo el pantalón.

—¡Madre mía! —susurra— Si llego a saber el recibimiento que me esperaba al volver del campo habría venido mucho antes.

Se acerca a ella y la abraza por detrás para depositar un beso tras su oreja.

—Se me ha quitado todo el cansancio de golpe.

Ella se ríe y se da la vuelta entre sus brazos para darle un beso en los labios, que él le devuelve de buen grado. Aiden intenta desabrocharle el sujetador, pero ella se escabulle de sus brazos.

—¿Por qué te vas? Quiero hacerte el amor ahora mismo.

—Ve a ducharte, voy a calentarte la cena.

—La cena puede esperar un rato más —protesta atrapándola de nuevo—. Yo no.

—¡Aiden! —ríe ella— Estás sucio y sudado, así que si quieres tocarme debes ducharte antes.

—Pues dúchate conmigo.

—¡Si acabo de hacerlo!

—Entonces enjabóname la espalda.

—¿Solo la espalda?

—Está bien... Si insistes, te dejo enjabonarme entero.

Laureen le desnuda riéndose, y él la arrincona entre el lavabo y la pared para besarla a conciencia. Las risas y las bromas quedan aparcadas para dar paso al deseo, un deseo tan intenso que a punto está de hacerles arder.

—Te deseo, Laureen —susurra él a un milímetro de sus labios—. Te deseo y no puedo esperar más.

Aiden tira de ella hacia la ducha, y enjabona su cuerpo con las manos, acariciándola suavemente. Ella se derrite bajo sus caricias, y apoya la cabeza en su hombro cuando él entierra la mano en su sexo húmedo. Las caricias pronto quedan olvidadas, y hacen el amor despacio, con mucha calma, mirándose a los ojos como si hiciera meses que no se ven. Una vez saciados, Aiden la seca con cuidado y la lleva en brazos a la cama, tumbándose a su lado. Ella le abraza con fuerza, y apoya la cabeza en su pecho con un suspiro.

—¿Qué tal el día? —pregunta.

—Demasiado largo. Hemos tenido que rescatar a un ternero que se ha quedado atrapado en unas plantas de espinas, y el veterinario ha tenido que sacrificarlo porque estaba demasiado herido para curarlo.

—Pobre animal.

—Ha intentado escapar con tantas fuerzas que se ha abierto heridas muy profundas con las espinas. No había nada que pudiéramos hacer. También hemos estado arreglando lo que nos quedaba de valla. La madera de la valla anterior se estaba agrietando, y hemos aprovechado el dinero de una buena venta para arreglarla.

—Debes estar hambriento —contesta ella intentando levantarse—. Te traeré algo para comer.

—Quédate donde estás. Yo mismo bajaré a comer mientras tú me esperas calentita en la cama.

—No voy a dejar que comas solo.

—Adam estará en la cocina. Además, no me va a pasar nada por comer solo. Prefiero que me esperes en la cama, cariño, de verdad.

—¿No quieres que te acompañe?

—No quiero que pases frío innecesariamente. Intenta dormirte, no tardo.

Aiden se levanta de la cama, se pone unos bóxers y se encamina a la puerta, pero la voz de Laureen le detiene.

—Gracias —susurra la mujer.

—¿Por qué? —pregunta él extrañado.

—Por ser como eres conmigo.

—Tú te mereces que mate dragones por ti. —Ella ríe.

—No creo que haga falta llegar a tanto, vaquero. Con que me quieras es suficiente.

La cocina está desierta, así que busca en el frigorífico un poco de asado y se lo calienta en el microondas. Permanece largo rato sentado, pensando en las palabras de Laureen. Quizás no haga falta matar dragones, pero sí liquidar unos cuantos fantasmas del pasado.

Capítulo 9

Dos semanas después llega la primavera, y con ella el día de la boda. Laureen ha elegido un vestido de seda y encaje que resalta sus curvas, con un corte discreto y sencillo. Kristen y Beth la despiertan con un copioso desayuno en la cama, tras el cual la radiante novia se da una ducha y se pone la ropa interior tan sexy que sus amigas le regalaron la noche anterior en la despedida de soltera. No fue nada demasiado exagerado, cenaron en un restaurante de la ciudad y fueron a bailar. Kristen contrató a un stripper que bailara para ella, pero el muchacho fue muy respetuoso y no se propasó en ningún momento. Eso sí, disfrutaron enormemente de las vistas...

Cuando sale del cuarto de baño, encuentra sobre la cama varias cajitas de joyería, y Kristen sostiene una nota, que le extiende de inmediato.

Eres la novia más bonita del mundo, y estoy seguro de que con ese vestido serás la princesa de cuento que has sido siempre para mí. Lo menos que puedo hacer es proporcionarte las joyas de una princesa. Te quiero lo inimaginable, hermanita.

Sebastien.

Dos lágrimas caen por sus mejillas mientras aprieta la nota contra su pecho.

—¡Ah, no! ¡Ni hablar! —protesta Beth— No te voy a dejar que llores en el día más feliz de tu vida.

—¡Vamos! ¡Abre las cajas! —exclama Kristen impaciente.

Sebastien ha elegido perfectamente: una cadena de oro adornada con una perla rosada, unos pendientes de lágrima y una pulsera a juego. Es lo que Laureen habría elegido, sin duda su hermano la conoce a la perfección. Laureen se pone una bata sobre la ropa interior y sale a correr hasta el cuarto de su hermano para lanzarse a sus brazos.

—Veo que te ha gustado mi regalo —bromea él, abrazándola.

—Es precioso, Seb. Es lo que yo habría escogido.

—Me alegro. ¿Estás absolutamente segura de que quieres dar este paso? ¿No te has arrepentido?

—Estoy completamente segura, Seb. Esto es lo que quiero. Creo que me estoy enamorando de él.

—Pues más le vale a él enamorarse pronto de ti, o le mataré.

—No sé si llegará a hacerlo, pero con su forma de tratarme tengo más que suficiente.

—Anda, ve a vestirte. Y no llores más, que vas a ponerte muy fea —bromea.

Laureen sonrío y vuelve a su cuarto, donde la espera la peluquera, que se encarga de hacerle un moño sencillo y maquillarla suavemente. Sus amigas la ayudan a vestirse, y se coloca con mucho cariño las joyas que le ha regalado su hermano. Se mira en el espejo de cuerpo entero sorprendida de ser la mujer que refleja, y Kristen la sostiene de los hombros con una sonrisa, adivinando sus pensamientos.

—Sí, eres tú —dice su amiga—. Eres una mujer preciosa aunque no te des cuenta de ello.

—Mi hermano se va a quedar con la boca abierta cuando te vea —añade Beth.

En ese momento, Sebastien entra en la habitación y se queda parado en el sitio, mirándola. Ella da una vuelta completa y se para frente a él.

—¿Qué tal estoy? —pregunta.

—Definitivamente eres la novia más guapa del mundo —contesta su hermano con voz ronca.

—Y tú eres el padrino más maravilloso del universo. Las joyas quedan perfectas con el vestido.

Kristen y Beth salen de la habitación en silencio, y Sebastien se acerca a su hermana para admirarla desde más cerca.

—Siempre he pensado que eras preciosa, hermanita, pero tú no querías darte cuenta. Mírate... ahora no puedes dudar lo que ven mis ojos cuando te miran.

Ella le abraza, e intenta contener las lágrimas que pugnan por escapar de sus ojos.

—No dejes que nadie vuelva a menospreciarte, Laureen, por favor. Tienes que quererte tanto como te quiero yo, porque de lo contrario no podrás ser feliz. Y esto no tiene nada que ver con Aiden, ni con esta boda, a la que ya me he acostumbrado.

—Lo intentaré, te lo prometo.

—Muy bien, ahora bajemos. No hagamos esperar demasiado a Aiden.

—¿Ya os lleváis bien?

—No te pases... Solo hemos firmado una tregua.

Aiden permanece impaciente esperando a la novia. La ceremonia va a celebrarse en el jardín, y han instalado una enorme carpa para la celebración. El pastor espera pacientemente a su lado, repasando su libro, y su hermano bailotea junto a él.

—Para, Adam, me estás poniendo nervioso.

—Me pone nervioso verte ahí parado —protesta el otro.

—Parece que eres tú quien va a casarse.

—Yo ya pasé por eso y me salió mal, hermano. Una y no más.

—Eso lo dices ahora, pero cuando aparezca la mujer adecuada no pensarás lo mismo.

—Hasta que aparezca...

En ese momento ven aparecer a la novia, y ambos hermanos se callan en seco. Aiden se ha quedado sin respiración, jamás ha visto a su chica más guapa que en ese momento. Resplandece, no hay otra palabra para describirlo. Está radiante, feliz, y ese vestido de novia es perfecto para ella. Cuando Sebastien le tiende la mano de la novia, la suya tiembla.

—Cuídala bien, Aiden —susurra Seb.

—No te quepa duda.

El cura comienza la ceremonia, pero Aiden apenas presta atención a lo que dice. No puede dejar de mirar a su mujer, y en su pecho se despierta un instinto primitivo de posesión y protección desconocidos para él hasta entonces. Aunque había amado a su mujer fallecida, jamás había sentido algo así por ella.

Laureen permanece envuelta en una nube durante toda la ceremonia. Aiden está impresionante con traje de chaqueta, siempre le ha visto con vaqueros y camisetas y el cambio le sienta realmente bien. Y a eso hay que añadirle las miradas lascivas que le lanza a cada momento, haciéndola derretirse al pensar en su noche de bodas. Apenas hace unos meses que se conocen, pero Laureen tiene la sensación de conocerle de toda la vida. Solo con una mirada es capaz de adivinar lo que piensa, y a él le pasa lo mismo. Realmente ha sido muy afortunada al encontrar a un hombre como él.

La boda es rápida y sencilla, pero muy emotiva y familiar. La celebración es en *Bernard's*, un restaurante prestigioso de la ciudad, propiedad de un amigo de los McBride. La cena es perfecta, pero el baile de después no puede mejorarse con nada.

Aiden se coloca a su lado con una mano extendida, y ella la acepta con una sonrisa para abrir el baile con una canción lenta. Aiden la pega a su cuerpo, y comienza a mecerse lentamente en la pista de baile. El mundo desaparece a su alrededor, solo están ellos dos en una burbuja de felicidad que Laureen espera que dure para siempre.

—¿Te he dicho que estás preciosa? —pregunta él con una sonrisa.

—Unas cien veces —ríe ella—. Pero me encanta que me lo repitas.

—Cuando te he visto aparecer por el pasillo de la iglesia me has dejado sin aliento.

—No seas exagerado.

—¿Eso crees? ¿Que estoy exagerando?

—Todas las novias están guapas el día de su boda.

—¡Oh, ni hablar! Puedo decirte unas cuantas mujeres del pueblo que parecían auténticas muñecas diabólicas con sus vestidos de novia. Alguna consiguió que no pegase ojo en toda la noche.

—Seguro que estás exagerando.

—Pregúntale a Adam si no me crees.

—Lo pienso hacer.

Aiden une sus labios a los de su mujer y continúa meciéndose al compás de la música.

—¿Estás contenta con la boda?

—Mucho. Todo está justo como lo quería. Tu madre y Beth han hecho un trabajo increíble.

—Te quieren mucho, Laureen, y se preocupan por ti.

—Lo sé, yo también las quiero mucho a ellas. En el poco tiempo que llevo en el rancho me han hecho sentir parte de la familia. Y era algo que necesitaba sentir.

—Creo que ahora vas a cansarte de esa palabra. Cuando estén incordiando a cada momento, cuando Adam nos interrumpa en medio de un polvo, o cuando mi hermana te arrastre con ella a la feria de flores del condado, les odiarás.

—A Adam vamos a buscarle una novia. Y a tu hermana me encantará acompañarla a las ferias que ella quiera.

—Estoy empezando a pensar que en vez de mi aliada te has convertido en una más de mis enemigas —bromea.

—Ten cuidado con lo que dices, vaquero, o esta noche te quedas sin sexo.

—Tengo muchas formas de disuadirla bajo la manga, señora McBride, así que no me subestime...

La risa de Laureen resuena por el salón, y Sebastien sonríe apoyado en una columna con una copa de champán en la mano.

—Se les ve felices —comenta Adam desde atrás.

—Eso parece.

—Tu hermana estará bien con nosotros, Sebastien. No tienes que preocuparte.

—Yo la he criado, ¿sabes? La he visto crecer año tras año, y no me hago a la idea de que ya no me necesita.

—Siempre va a necesitarte, pero no de la manera que tú crees. Créeme, sentí lo mismo que tú el día que Beth se casó. Pensé que iba a perderla, pero en vez de eso, ahora su marido incordia tanto como ella.

—Pero yo vivo demasiado lejos para eso —contesta Sebastien sonriendo.

—Siempre puedes venirte más cerca. Los médicos son necesarios en todos los estados, ¿sabes?

—Lo tendré en cuenta.

—Vamos, deja de sujetar la columna y diviértete. Por aquí hay algunas mujeres con las que bailar y pasar un rato agradable.

Horas después, Aiden y Laureen entran en la suite nupcial del *Holiday Inn*, regalo de los chicos del rancho. La habitación es preciosa, con una enorme cama de matrimonio en el centro de la estancia espolvoreada con pétalos de rosa, velas aromáticas por todas partes, y un enorme jacuzzi burbujeante junto al cuál encontraron fresas cubiertas de chocolate y una botella helada de champán.

—Qué bien nos cuidan los chicos —comenta Laureen.

—La verdad es que esta vez se han lucido.

Aiden le da la vuelta a su mujer y enlaza las manos a su cintura para pegarla a su cuerpo y besarla.

—Este vestido es precioso, pero me gusta más lo que hay debajo de él, así que tendré que quitártelo.

—Tengo que ir primero al baño, Aiden.

—¿Ahora?

—Justo ahora.

—Muy bien, pero no tardes. Estoy deseando desenvolver mi regalo de bodas.

—Ponte cómodo, enseguida vuelvo.

Laureen coge su neceser y se encierra en el cuarto de baño con el corazón a mil por hora. Días antes fue con Beth a una tienda de lencería y se compró un precioso camisón de raso blanco para la ocasión, que deja ver más de lo que tapa. Le llega por la mitad del muslo, con un escote pronunciado y dos aberturas laterales hasta la cadera, sin contar que la espalda queda totalmente al descubierto. Quiere provocar a su marido, y sabe que con ese camisón logrará sorprenderlo. Se deshace del vestido de novia y la ropa interior, quedándose solo con el camisón.

Cuando sale del baño, encuentra a Aiden tumbado en la cama, leyendo un folleto del hotel. Se ha quitado la chaqueta del traje, la corbata y el cinturón del pantalón, se ha abierto la camisa y se ha subido las mangas hasta los codos. ¿Por qué tiene que ser tan guapo? En cuanto pone su mirada sobre ella, suelta el folleto sobre la cama y se acerca lentamente hasta arrinconarla contra la puerta que acaba de cerrar a sus espaldas.

—Madre mía, nena... Estás para comerte.

Comienza a besarla en el cuello, y ella cierra los ojos con un suspiro de placer.

—¿Te gusta? —tartamudea Laureen.

—Me vuelve loco... Sobre todo estas dos aberturas.

Aiden coloca las manos en los muslos de su mujer y comienza a subir lentamente... hasta que se encuentra con su sexo desnudo, y gime dejando caer la frente sobre su hombro.

—Cariño, vas a matarme.

Ella desabrocha su camisa mientras le besa en el cuello. Introduce las manos por la prenda, y las coloca en sus hombros para deshacerse de ella dejándola resbalar por su espalda. Aiden permanece inmóvil, con las manos en la cintura de su mujer, sin apartar los ojos de ella. Ahora desabrocha los pantalones, y se deshace de ellos junto con los bóxers, para ponerse de rodillas frente a él. Aiden inspira hondo y apoya las manos en la pared cuando Laureen se introduce su miembro en la boca y comienza a succionarlo despacio.

Cuando ya no puede aguantar más el placer que su mujer le está proporcionando, la aparta con cuidado y la ayuda a ponerse de pie para besarla a conciencia. Pero no puede esperar más, así que se deshace del camisón y la levanta en peso, instándola a enredar las piernas en su cintura, y se deja caer con ella en la cama. Comienza a besarla en el cuello, el pecho, el estómago, y entierra la cabeza entre sus piernas para lamerla despacio, saboreándola, haciendo que Laureen se retuerza entre gemidos de placer. No

puede esperar más, y la penetra tan lentamente que duele. En cuanto está empalado por completo, une su boca a la de ella y comienza a moverse, cada vez más deprisa, hasta que llegan al orgasmo, quedando laxos sobre las sábanas.

Cuando recobran el aliento, Aiden vuelve a cogerla en brazos para llevarla hasta el jacuzzi.

—Aiden, sé caminar —ríe ella.

—A mí me gusta llevarte así.

—Vamos a terminar en el suelo.

—Si nos caemos, tú amortiguas.

—¡Serás...

No puede seguir hablando, porque su marido la sumerge por completo en el agua. En cuanto está sentado frente a ella, llena dos copas de champán para brindar.

—Por ti, señora McBride —dice Aiden.

—Y también por ti, señor McBride.

Beben, y Aiden le quita la copa de la mano para sentarla entre sus piernas. Comen fresas entre besos y caricias, y terminan haciendo de nuevo el amor. Mucho más tarde, vuelven de nuevo a la cama, donde Laureen se acurruca apoyada en el pecho de él.

—¿Sabes? —susurra Aiden— Creo que me puedo acostumbrar muy rápido a esto.

—¿A qué?

—A dormir contigo. A tenerte así, apoyada en mi pecho. A despertarme contigo.

—Yo ya me he acostumbrado.

—Te quiero, ¿sabes? No sé cómo ha podido pasar tan deprisa, pero es así.

—Yo también te quiero. Es una locura, lo sé, pero...

Aiden no la deja continuar. La besa de nuevo y con un suspiro, se queda profundamente dormido.

Capítulo 10

Laureen se ha acostumbrado muy pronto a su vida en el rancho, algo que, por cierto, le encanta. Aunque el trabajo es muy duro, siempre tiene tiempo para tomar café con Mandy y Beth, o para salir a pasear a caballo con su marido, que le ha enseñado a montar en tiempo récord.

En cuanto a su vida en común... es perfecta. Aunque no se ven demasiado, porque Aiden tiene mucho trabajo y suele llegar a casa al anoecer, los pocos momentos que tienen para ellos solos son maravillosos. Además, todas las semanas Aiden y Adam se toman un día libre para descansar, y ellos lo pasan siempre fuera de casa. Unas veces van a la ciudad, al cine o simplemente a pasear por el parque, y otras veces van al lago a nadar.

La semana pasada fue una de esas veces. Aiden metió en el todoterreno una manta, un par de toallas y una cesta llena de comida y la despertó lanzándole el biquini a la cara. Ella quería dormir más, habían pasado toda la noche haciendo el amor y necesitaba descanso, pero su marido no quiso ni oír hablar del tema.

—Déjame dormir un ratito más, Aiden. Hoy es tu día libre, pasémoslo durmiendo.

—Levanta, dormilona, que tenemos que irnos.

—¿A dónde?

—Es una sorpresa. Vamos, Laureen. Sé que te va a encantar.

—También me encanta dormir, y esta noche no me has dejado hacerlo.

—No seas así, nena. Venga, dame ese capricho.

Ella se levantó a regañadientes, y se puso el biquini para complacer a su marido. Cuando llegó a la cocina, él le dio un café en un vaso desechable y una tostada y la empujó hasta la camioneta. La verdad es que Laureen fue todo el camino hasta el lago durmiendo, y cuando llegaron y vio la verbena que se celebraba allí, tuvo que darle la razón a su marido. Fue un día fantástico. Comieron, pasearon por los puestos de fruslerías y disfrutaron bañándose en el lago, y cuando llegaron a casa se dieron una ducha y se fueron a dormir.

Hoy Lauren se ha despertado sola en su enorme cama una vez más. Se asea y se mira de perfil en el espejo intentando ver que su barriga ha crecido, pero no es así. Hace más de dos meses que no le viene el periodo, y espera que eso sea señal de un embarazo muy deseado. Se viste con la idea de ir a la farmacia a comprar una prueba de embarazo, pero el golpe de la puerta de entrada y los gritos de su marido la hacen bajar corriendo las escaleras.

—¡Malditos hijos de puta! —grita su marido— ¡Malditos sean todos y cada uno de ellos!

—Aiden, cálmate —dice Adam.

—¿Cómo quieres que me calme? ¡Quieren convertir mi vida en un infierno!

—Ya los conoces, sabes cómo actúan.

—¡Joder, ya lo sé! Voy a arreglar esto, ahora te veo.

Aiden sale de la casa dando un portazo, y Lauren se acerca a su cuñado, que se sobresalta al sentir su mano en su antebrazo.

—Lo siento, Lauren. No queríamos despertarte —se disculpa Adam.

—Con esos gritos se despertarían hasta los muertos. ¿Qué pasa?

—Nada de lo que debas preocuparte.

—Adam... o me lo cuentas o atente a las consecuencias.

—Tu marido no quiere que te preocupe.

—Mi marido no es omnipotente. Desembucha.

—¡Se va a cabrear conmigo!

—Si no hablas, seré yo quien se cabree, y te aseguro que te va a gustar mucho menos.

—¡Está bien, maldita sea! —Adam inspira hondo antes de dejarse caer en una silla—. Cuando mi hermano se casó con Helena, el rancho sufrió una epidemia y murieron casi todos los caballos, dejándonos al borde de la ruina. Los bancos no quisieron darnos ningún préstamo, así que Aiden fue a ver a su suegro para pedirselo.

—Entiendo.

—El viejo nunca estuvo de acuerdo con su matrimonio, quería que su hija se casara con alguien de mayor categoría que unos pobres rancheros de tres al cuarto, así que le dejó el dinero para cobrarse la venganza.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Treinta mil dólares. Ya solo nos quedan por pagarle quince mil.

—¿Y por qué Aiden estaba gritando hace un momento?

—Porque cada mes, si el dinero no está ingresado en el banco antes del día dos, amenaza con quitarnos el rancho. Y con los gastos de la boda no hemos podido tener el dinero a tiempo, así que tiene que suplicarle a ese desgraciado para que nos dé un aplazamiento.

—¿Suplicar? ¡Por encima de mi cadáver!

Laureen coge el móvil y marca el número de su marido sin dejar de dar vueltas por la cocina.

—Dime, cariño —contesta Aiden.

—Ven a casa inmediatamente, Aiden.

—¿Qué pasa? ¿Qué tienes?

—Sé a dónde vas y no quiero que lo hagas.

—Ya hablaré yo con Adam.

—También es mi casa y mi familia, así que haz el favor de volver a casa. Tenemos otra solución.

—Muy bien, en cinco minutos estoy allí.

En cuanto Aiden entra por la puerta, se va directo a su hermano, pero Laureen se interpone en su camino y le arrastra hasta otra habitación.

—¡Tú y yo ya hablaremos! —grita Aiden a su hermano.

—¡Tiene derecho a saberlo!

—¡Pero no así, maldita sea!

—¡No me has dejado opción! ¡La has despertado con tus gritos!

—¡Callaos los dos de una vez! —interviene Laureen.

Cuando entran en el despacho, Laureen se sienta en el sofá, y Aiden se sienta frente a ella, en la mesa de café.

—¿Por qué no me lo has contado tú? —pregunta Laureen.

—No quería preocuparte.

—¿Acaso no soy parte de esta familia?

—¡Pues claro que lo eres! Pero le prometí a tu hermano que te cuidaría, maldita sea.

—Cuidarme no significa mantenerme en la ignorancia sobre los problemas, Aiden.

—Lo siento.

—Si me lo hubieras dicho, te habría contado que tengo dinero suficiente para pagar el mes. Lo estaba guardando para alguna urgencia, y esto definitivamente lo es.

—Pero eres dinero es tuyo, nena.

—Ahora también es tuyo. No pienso permitir que le supliques a ese bastardo cuando yo tengo dos mil dólares criando polvo en un cajón.

Aiden se queda mirando a su mujer con una sonrisa. Sebastien tenía razón, su mujer está volviendo poco a poco a la vida, está cambiando poco a poco. Cada día está más despierta, y sabe que volverá a ser ella misma antes de lo que todos esperan. La levanta del sofá y la sienta sobre sus rodillas para besarla fugazmente en los labios.

—De acuerdo, haré lo que tú quieras.

—Gracias.

—¿Sabes que te pones muy sexy cuando te enfadas? —ronronea él.

—Pues espero no ponerme así muy a menudo.

—Ya que mi hermano te ha contado parte del problema, es justo que yo te cuente el resto.

—¿Hay más?

—Me temo que sí. Cuando el padre de Helena me dio el préstamo, tuve que firmar una cláusula especial. Si yo muero antes de que la deuda esté saldada, el rancho pasará automáticamente a ser suyo.

—¡Aiden! ¿Y qué pasará entonces con Adam?

—Quedará en la calle, igual que tú ahora. Pero nena, no pienso morirme hasta que veamos a nuestros nietos correr por aquí, y para entonces el préstamo estará pagado.

—Más te vale cumplir tu palabra, McBride, porque no pienso cansarme de ti hasta entonces.

—Venga, vamos a pagar la maldita deuda de este mes.

Cuando hacen el ingreso en el banco, van a comer al mismo restaurante al que fueron cuando se conocieron. Laureen sonrío mirando por la ventana, recordando aquel momento como si fuera ayer.

—¿En qué piensas? —pregunta Aiden.

—En el día que nos conocimos. También comimos aquí.

—Fue un gran día. Conseguí una esposa maravillosa.

—Podrías haberte casado con aquella chica... ¿Cómo se llamaba?

—Come hombres Claudia.

—¡Eso es! —Le mira con malicia—. Me gustaría ver la cara que pondría si te viese hoy felizmente casado conmigo. Me miró como si fuese mejor que yo, ¡pero yo me llevé al hombre!

—Seguro que le daría un infarto. Siempre ha intentado cazarnos a Adam o a mí.

—¡Pobre Adam! Seguro que en cuanto se entere va tras él. Tendremos que buscarle esposa rápido.

—Me gustará verte intentarlo. Adam no quiere casarse, prefiere tener sexo de una noche, sin compromisos ni calentamientos de cabeza.

—Hasta que llegue la mujer adecuada, que le haga perder la cabeza.

—Lo dudo, él está muy a gusto así.

Cuando terminan de comer, van a ver las tiendas del centro, y por la tarde a casa de los padres de Aiden. Encuentran a Mandy en la cocina, como siempre, preparando la cena.

—Hola mamá —dice Aiden—. ¿Por qué siempre estás cocinando?

—Iba a llamaros. Han venido tus hermanos y vamos a cenar todos en casa. Clay y Adam están con tu padre en el salón.

—Voy por ellos —contesta cogiendo una cerveza del frigorífico.

Laureen se sienta en una de las banquetas de la isla de la cocina con un refresco en la mano.

—¿Dónde está Beth?

—En el baño. No se encuentra muy bien.

—¿Otra vez está enferma?

—Yo diría que esta vez sí que está embarazada.

Laureen sonríe y se toca su propia barriga. Quizás ella también está embarazada, y su hijo y el de Beth crecerán al mismo tiempo. Tiene tantas ganas de que así sea... Con todo el lío del préstamo se ha olvidado por completo de hacerse el test, así que mañana irá a la farmacia a comprar la prueba de embarazo.

En ese momento Beth se acerca a Laureen, la besa en la mejilla y se sienta junto a ella con una prueba sujeta entre las manos.

—¿Y bien? —pregunta su madre.

—No lo he mirado. —Se la da a Lauren—. Toma, mírala tú.

—Positivo —anuncia con una sonrisa—. Enhorabuena, cuñada.

—¡Por fin! Voy a decírselo a Clay.

Tras la cena, brindan con champán por la buena noticia, y vuelven tarde al rancho. Lauren permanece muy callada, absorta en sus pensamientos, y Aiden comienza a preocuparse. Cuando aparca la camioneta, la enlaza por la cintura y la pega a su cuerpo.

—Cariño, ¿estás bien? Estás muy callada.

—Estaba pensando en el bebé de Beth. Se les veía tan felices por la noticia...

—¿Tú quieres tener hijos?

—¿Bromeas? Me encantaría.

Así que es eso... Aiden sonríe antes de besarla.

—Entonces tendremos que ponernos a ello lo antes posible, ¿no crees?

—La verdad es que creo que ya lo estoy.

—¿En serio?

—No quería decirte nada porque no lo sé seguro, pero estoy de dos faltas. Iba a ir a la farmacia esta mañana, pero al final se me ha olvidado. Mañana la compraré sin falta.

—Muy bien, pero mientras tanto podemos seguir intentándolo... solo por si acaso, ¿no?

—Sería buena idea prevenir... por si acaso.

Suben las escaleras entre risas, y se desnudan apresuradamente, besándose con ansia, acariciándose con prisa, y hacen el amor con ternura, entregándolo todo en cada caricia, en cada beso, en cada gemido. Cuando la marea de pasión ha pasado, Aiden la apoya en su hombro, la besa en la frente y comienza a acariciarle la barriga.

—¿Quieres que sea niño o niña? —pregunta Lauren adivinando sus pensamientos.

—Quiero una niña tan preciosa como su madre.

—Pues yo quiero un niño igualito a su padre.

—En ese caso, lo mejor es que sean mellizos, niño y niña, así no nos peleamos.

—Me estoy mareando solo de pensarlo.

Aiden se echa a reír, y Lauren le golpea suavemente en el brazo.

—La verdad es que no me importa lo que sea, mientras sea nuestro —susurra Aiden cuando Laureen ya se ha quedado dormida.

A la mañana siguiente, Laureen desayuna a toda prisa y va a comprar la dichosa prueba de embarazo. Pero está tan atareada que no puede hacérsela hasta después de cenar. Aiden y Adam aún no han llegado, y tardarán en llegar, y está deseando saber el resultado para darle la buena noticia.

Aiden y Adam llegan a casa pasada la medianoche. Ha sido un día muy largo, y Aiden está deseando meterse en la cama, abrazar a su mujer y dormir hasta el mediodía. Pero en cuanto entra por la puerta sabe que algo no anda bien. Su mujer siempre le espera levantada, y no hay ni rastro de ella por ninguna parte.

—Algo no anda bien —susurra soltando la chaqueta en la entrada.

—¿Cómo que algo no anda bien?

—Laureen no está esperándonos.

—Tranquilízate, hombre, se habrá ido a dormir. Es muy tarde.

—Laureen no se ha acostado.

Sube las escaleras a toda prisa y entra en su habitación, que está desierta. Cuando va a salir para buscarla por el resto de la casa, escucha un sollozo salir del cuarto de baño. Cuando entra, la encuentra sentada en la tapa del inodoro, llorando a lágrima viva con la prueba de embarazo en la mano.

—¡Laureen! ¡Eh, nena! Me has asustado.

—Ha dado negativo —susurra ella.

—Tranquila, cariño, lo volveremos a intentar.

—Es que yo... quería que...

—Ven aquí.

Aiden la carga entre sus fuertes brazos y la lleva a la habitación, donde la desnuda lentamente, y le pasa un camisón por la cabeza antes de meterse en la cama con ella.

—Pero Aiden, no has comido nada. Vamos, baja a cenar.

—No tengo hambre, duérmete.

—Claro que tienes hambre, llevas todo el día en el campo. Venga, baja a la cocina. Te haré los sándwiches en un momento.

—¿Acaso yo no tengo manos para hacerlos? Nena, vamos, intenta descansar.

—Pues yo voy a bajar, que tengo hambre.

—¿Es que no has cenado?

—Claro que sí, pero es tarde y ya tengo que tener la cena en los pies.

Aiden sonrío moviendo la cabeza, pero se levanta de la cama y la sigue a la cocina. Preparan entre los dos unos sándwiches de pollo y se sientan a comer en la terraza. Permanecen en silencio, simplemente disfrutando de la noche, y cuando terminan suben de nuevo a la habitación. Laureen suspira cuando apoya la cabeza en la almohada, y su marido la abraza por la cintura, pegándola a su cuerpo.

—¿Estás más tranquila? —pregunta Aiden.

—Siento haberme puesto así, pero estaba tan ilusionada con que nuestro hijo creciera junto al de Beth...

—Volveremos a intentarlo, no te preocupes.

—¿Y si no puedo tener hijos?

—¿Por qué no ibas a poder tenerlos? Deja de preocuparte por tonterías y duérmete.

Ella no contesta, pero tampoco se aparta. Aiden cree que ha herido sus sentimientos, así que la besa en el cuello.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —susurra.

—Yo también te quiero, Aiden.

Poco a poco se quedan dormidos, él con la intención de darle el hijo que tanto desea, ella con el miedo de no poder dárselo a él.

Capítulo 11

Faltan unos días para Navidad, y Laureen está muy emocionada porque Sebastien va a pasarlas en el rancho. Quiere que todo sea perfecto, y ha de empezar por adornar la casa con un enorme árbol de Navidad. Beth y ella han ido a la ciudad con la pequeña Eddie para elegir un abeto frondoso que llega hasta el techo del salón, y ahora suben al desván a buscar los adornos.

—¡Yupi! ¡Ya es Navidad! ¿Vendrá Santa Claus esta noche, tía Laureen?

Ella y Beth se echan a reír ante la ansiedad de la pequeña, que revuelve en las cajas sin ton ni son.

—Aún faltan dos semanas, cariño —contesta su madre—, debes tener paciencia.

—No sé lo que es “paciencia” —contesta sentándose en el suelo.

—Paciencia —recalca su madre diciendo bien la palabra— es tener calma para esperar las cosas que van a ocurrir, como por ejemplo el día de Navidad.

—Ah... ¿Qué estamos buscando? Aquí hay muchas cajas llenas de cosas.

—Los adornos del árbol —contesta Laureen—. El tío Aiden dice que están por aquí, en alguna parte.

—Mira lo que he encontrado, Laureen. Dios mío, qué recuerdos me traen estas fotos.

Laureen se sienta junto a su cuñada a observar los dos álbumes de fotos que se ha colocado en el regazo. El primero es de la boda de sus padres, y el segundo de la infancia de los tres hermanos. Laureen sabe que son adoptados, y por eso entiende el aspecto serio y cauteloso que muestran los niños en las primeras fotos, mientras que en las siguientes van tornándose poco a poco en niños felices y llenos de vida.

Se fija después en los dos niños idénticos que posan junto a una pelota de fútbol, uno con el brazo sobre los hombros del otro, y sonrío. Quizás, cuando ella tenga su hijo, será como ellos, con el cabello cayéndole sobre los ojos, poquita cosa, pero con una sonrisa preciosa. Pasan bastante tiempo admirando las fotos, y Beth le va contando por el camino algunas anécdotas de su niñez.

Cuando Aiden y Adam llegan a casa esa tarde, traen consigo el árbol que las mujeres han elegido esa mañana, y cuando lo están colocando en la maceta, escuchan las carcajadas de las mujeres en el desván. Una sonrisa traviesa se dibuja en la boca de ambos hermanos antes de salir corriendo hasta él, donde encuentran a las tres chicas disfrazadas con trajes que han encontrado en un baúl.

—¡Tío Aiden! ¡Tío Adam! ¡Mirad lo que hemos encontrado! —grita la pequeña Eddie dando saltos con su traje de princesa.

Aiden busca entre los trajes del baúl, y encuentra un par de sombreros de pirata con sus parches. Le pasa un par a su hermano, que le sigue el juego de inmediato y se los pone sin dudar.

—¡Mira, Barba Roja, qué botín hemos hallado en la escotilla del barco! —dice Aiden simulando la voz de un rufián.

—Tres hermosas damiselas... Barba Negra nos dará un buen botín por la vampiresa —contesta Adam refiriéndose a su cuñado y su hermana.

—Creo que yo me quedaré con la bruja...

—Atemos a la vampiresa entonces, yo me quedaré con la princesa.

Adam levanta a la niña en el aire y empieza a hacerle cosquillas, y la niña se retuerce entre risas hasta que ve a su padre apoyado en el quicio de la puerta con una sonrisa.

—¡Papá, sálvame!

—¿Papá? Creo que te confundes, mocosa, mi nombre es Barba Negra —sigue Clay la broma—. Barba roja, te daré el doble de lo que pidas por la princesa.

—Es mi prisionera, y tengo algo para ella.

La niña comienza a dar grititos de alegría ante el regalo sorpresa de su tío, y todos bajan tras ellos a ver qué es lo que le tiene preparado, pero al pasar por la puerta de entrada suena el timbre. Aiden abre para encontrarse con una mujer de unos cincuenta y pocos años parada en el umbral.

—¿Puedo ayudarla? —pregunta extrañado.

—¿Vive aquí Laureen McLean?

Laureen se apoya en el hombro de su marido y sonrío a la extraña.

—McBride, ahora soy Laureen McBride. ¿Qué se le ofrece?

—Así que estás casada... me alegro mucho por ti, hija.

—Perdone, ¿nos conocemos?

—Sé que no te acordarás de mí, pero soy Karen... tu madre.

A Laureen todo empieza a darle vueltas, la visión se le torna borrosa, y si no llega a estar Aiden junto a ella, cae de bruces al suelo.

—Traeré un poco de agua —se oye la voz de Beth.

—Laureen, vamos, nena, despierta... Venga, cariño...

Laureen abre los ojos poco a poco para ver a toda su familia encima de ella, y a Aiden sentado en el suelo, junto a su cabeza.

—¿Aiden? ¿Qué ha pasado?

—¡Al fin! Me has dado un susto de muerte. Te has desmayado y llevas mucho tiempo inconsciente.

—Solo han sido cinco minutos, exagerado —protesta Beth haciéndose hueco entre los hombres—. Toma, bebe un poco de agua.

Laureen se incorpora despacio. La cabeza aún le da vueltas, pero al menos no siente náuseas. Levanta la vista y ve a la mujer de la entrada sentada en una silla, junto a la puerta del salón, y se levanta de un salto para enfrentarse a ella.

—¿Quién eres tú y por qué intentas hacerme creer que eres mi madre?

—Soy tu madre, lo juro.

—Mi madre nos abandonó cuando éramos pequeños y murió hace años, así que no me cuente historias.

—Así que eso es lo que Sebastien te hizo creer...

—Mi hermano está a punto de llegar y la echará a patadas de aquí.

—Sé que estás confusa, hija...

—No vuelvas a llamarme hija. Madre mía o no, perdiste ese derecho cuando me abandonaste.

—Creo que a todos nos vendrá bien tomar algo caliente —interrumpe Adam cogiendo a la niña en brazos—. Princesa, ¿me ayudas a preparar café?

—¿La tía Laureen va a tener un bebé?

—Shh, calla tesoro —le regaña su madre.

—Tú te desmayaste y ahora vamos a tener un bebé.

—Será mejor que me lleve a mis chicas a casa —interviene Clay quitándole la niña de las manos a su cuñado—. Nos vemos mañana.

Aiden y Laureen permanecen en silencio, observando a la mujer detenidamente, mientras Adam prepara café.

—Voy a recoger a Sebastien —dice mirando el reloj—. Volveremos en media hora.

Para Laureen es la media hora más larga de su vida. Cuanto más mira su madre, más odio siente por ella. Se ve en los rasgos de su cara, en su nariz, en sus ojos almendrados, en la curva de su cuello. Pensar que les abandonó, y que ahora tenga la desfachatez de presentarse en su casa, le da ganas de vomitar. Aiden permanece sentado junto a ella, abrazándola por los hombros, brindándole su apoyo como siempre. Karen bebe tranquilamente el café sin mirarlos, con una calma impasible, como si no le importase nada más que ella.

La sonrisa de Sebastien muere en sus labios cuando ve a la mujer que está sentada en la silla.

—¿Qué demonios haces aquí? —grita— ¡Te advertí que no se te ocurriese volver!

—Tengo derecho a ver a mi hija.

—¿Tu hija? ¿Ahora es tu hija? ¿Y dónde estabas cuando tenía fiebre, o cuando pasó el sarampión? ¿Dónde estabas el día de su graduación, o el de su primer desengaño? Tú no eres su madre, Karen. Tú no eres nada.

—Cometí un error, pero estoy aquí para arreglarlo.

—¿Hasta cuándo? ¿Hasta que encuentres otro millonario que te mantenga?

—Seb, cálmate —dice su hermana intentando apaciguarle.

—Lárgate de aquí, Karen —continúa él sin hacerle caso—. Vete y no vuelvas a molestarnos a ninguno de los dos, o te juro por Dios que te arrepentirás.

—Está bien, me iré... pero antes pienso contárselo todo.

—¡Cállate!

—¿Por qué? Tiene derecho a saberlo.

—¡He dicho que te calles!

—¿Nunca te has parado a pensar por qué tu hermano y tú sois tan distintos, Lauren?

Sebastien se lanza a por la mujer, pero su cuñado se interpone para evitar que cometa una locura.

—Cálmate, Seb, yo me ocupo —dice Aiden.

—Pero...

—¡He dicho que te calmes!

Sebastien obedece, y Aiden coge a la mujer del brazo y la saca de su casa. Cierra la puerta tras de sí, no quiere causar a su mujer más dolor del que ya está pasando, y se enfrenta a Karen.

—No sé qué quieres de mi mujer, pero te advierto que no vas a conseguirlo. Vete, o me ocuparé personalmente de que pases mucho tiempo entre rejas. Por si no te has dado cuenta, mi cuñado es jefe de policía de la ciudad, y no dudará en buscar alguna excusa para darme ese capricho.

—¿Me estás amenazando?

—Tómalo como quieras, pero si te vuelvo a ver rondando mi casa, no dudaré en tomar cartas en el asunto.

Sebastien permanece sentado en el sofá, con la cabeza entre las manos, sin mirar a su hermana. Aunque nada de lo que esa mujer ha dicho afectará a su relación, ella siente curiosidad, y se arrodilla frente a su hermano para preguntarle, cuando se da cuenta de que está llorando.

—Seb, mírame. —Él obedece—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué lloras? Nada de lo que esa mujer diga tiene importancia y lo sabes.

—Tiene razón, Laureen. Debí haberte dicho la verdad hace mucho tiempo.

—¿Qué verdad? Me estás asustando.

—No soy tu hermano.

—¡Por supuesto que lo eres! ¿Qué tontería es esa?

—Mi padre se casó con tu madre cuando yo tenía seis años. Un día nos abandonó sin motivo, y al cabo de cuatro años volvió embarazada de otro hombre. Papá estaba muy enamorado de ella, así que la aceptó de nuevo.

—Así que papá tampoco es mi padre.

—No biológico. Cuando naciste, tanto él como yo nos enamoramos perdidamente de la niña más bonita que habíamos visto en nuestra vida, y te adoptó. Murió un año después de un ataque al corazón, pero te quiso con toda su alma.

—Así que por eso eres médico...

—En parte sí. A partir de ese momento, Karen comenzó a traer hombres a casa, cada día uno diferente. Algunos eran buenos con nosotros, pero otros no lo eran tanto, y me dediqué a protegerte de ellos. Cuando cumplí los dieciséis la eché de nuestra casa.

—Pero también era su casa...

—No. Papá la puso a nuestro nombre antes de morir. Ella intentó abofetearme, pero yo ya era un hombre y la detuve, llamé a la policía y se largó.

—¿Y por qué no me lo has contado nunca? ¿Tan grave era que supiera que no somos hermanos biológicos?

—Tenía miedo de que dejases de quererme si te lo contaba.

—¿Cómo pudiste pensar esa estupidez? Eres mi hermano tanto si llevas mi sangre como si no. Me has cuidado, me has protegido siempre, has sido mi padre, mi hermano y mi mejor amigo. Lo que yo te quiero no tiene que ver nada con la sangre, sino con lo que hemos vivido juntos, y nada va a cambiar lo mucho que te quiero.

Sebastien la aprisiona entre sus brazos y comienza a sollozar de nuevo sobre su hombro. Lauren intenta calmarle, pero es tan grande el peso que su hermano ha llevado todo este tiempo sobre los hombros que necesita descargar toda la tensión de una vez por todas.

Cuando Aiden vuelve a la habitación, Sebastien está más calmado. Ha escuchado toda la conversación desde el pasillo, y no ha querido interrumpirles. Necesitaban estar a solas más que nunca, y jamás habría puesto a su cuñado en el aprieto de verle llorar.

—¿Todo bien? —pregunta sentándose frente a ellos.

—Nunca hemos estado mejor —contesta su mujer dándole las gracias en silencio, pues le ha visto apostado en la puerta.

—Vamos, Seb, creo que todos necesitamos una copa.

El resto de las Navidades pasan en calma. El día de Acción de Gracias, cenan pavo en casa de los padres de Aiden, y tras la cena, Adam y Sebastien van a divertirse a los pubs de la ciudad, mientras el resto de la familia se marcha a sus respectivas casas a dormir.

Lauren se despierta con un estruendo. Mira el reloj, son las cinco de la madrugada. Se sienta en la cama dispuesta a levantarse a ver qué ocurre, pero su marido le pasa el brazo por la cintura y vuelve a meterla en la cama.

—¿Pero qué haces? —protesta ella.

—Nena, vuelve a dormirte.

—¿Qué ha sido ese ruido?

—Aiden y Seb acaban de llegar.

—¿Pero es que están borrachos?

—Como dos cubas, diría yo.

—Voy a bajar a cantarles las cuarenta.

Intenta incorporarse de nuevo, pero Aiden se sitúa sobre ella y la mira con una sonrisa.

—¿Quieres dejarme salir de la cama? —protesta ella.

—Ni lo sueñes. Ya son mayorcitos para hacer lo que quieran. Y es Acción de Gracias, si están borrachos peor para ellos por la mañana.

—¿Y si necesitan ayuda?

—Créeme, yo necesito mucha más ayuda que ellos.

—¿Ayuda? ¿Para qué?

—Para hacerte callar de una vez y que me dejes hacerte el amor.

Capítulo 12

Adam ama a Lauren desde el mismo momento en que la vio. Fue atracción inmediata, su corazón se saltó un latido cuando se dio la vuelta en la cocina y su mirada se cruzó con la de ella. Pero quiere a su hermano mucho más de lo que jamás podrá amar a una mujer. Ahora está empezando a superarlo, ha quedado atrás el infierno que sufrió viéndola con su hermano, engañándose a sí mismo al intentar convencerse de que lo que siente por ella no es más que un cariño de hermano, y poco a poco su vida vuelve a la normalidad.

La noche de acción de gracias fue el principio de esa recuperación, cuando habló abiertamente con Sebastien sobre sus sentimientos.

—Bueno, Adam —comenzó su amigo—. Ahora que estamos solos quiero preguntarte algo.

—Dispara —contestó él.

—¿Qué piensas hacer?

—¿Hacer respecto a qué?

—Respecto a lo que sientes por mi hermana.

—Yo no siento nada por tu hermana —mintió.

—No puedes engañarme. Lo veo en tus ojos cada vez que la miras.

—No importa lo que sienta. Es la mujer de mi hermano.

—Solo quiero darte un consejo. El alcohol no es la solución. Yo recurrí a él en su momento y no sirvió de nada.

—¿Un amor no correspondido?

—Creí estar enamorado de ella también.

—¡Por Dios, Seb! ¡Es tu hermana!

—Es la hija de la segunda mujer de mi padre, pero no es mi hermana biológica. Cuando su madre nos abandonó yo me hice cargo de ella, y empecé a sentirme demasiado protector, demasiado posesivo, y creí que era amor. Más tarde me di cuenta de que solo era cariño fraternal, por supuesto.

—Debiste pasarlo fatal.

—Ni te lo imaginas. Pasé muchas noches sin dormir pensando en mis sentimientos. Me llenaba de rabia verla con algún chico, aunque supongo que mi padre se habría sentido igual.

—Yo me sentí igual con Beth, es normal entre hermanos.

—Pero yo no tenía a nadie que me explicase esos sentimientos, yo era solo un adolescente aunque tenía veintidós años. Intenté recurrir al alcohol, pero eso solo sirvió para empeorarlo todo, porque nos pasábamos el día discutiendo.

—¿Y qué hiciste?

—Un día conocí a una mujer en un bar. Era bastante mayor que yo, pero absolutamente preciosa. Intenté ligar con ella, pero en vez de seguirme el juego o mandarme a la mierda me llevó a su casa, me dio una ducha de agua fría y me hizo hablar. Era sicóloga. Le conté lo que me pasaba, y ella me explicó que no tenía nada de malo sentirse así, que era normal como hermano mayor que era, y me ayudó a dejar el alcohol.

—¿Y Laureen lo supo?

—Sí. Aquella mujer se convirtió en la tía Meredith, y se ocupó de ella cuando yo no podía hacerlo. Fue un ángel para nosotros, pero por desgracia murió un año antes de graduarme en medicina de cáncer.

—¿Sabes? Cuando te conocí creía que eras un gilipollas, pero eres un gran tipo.

—La primera vez que me viste venía dispuesto a matar a tu hermano por haberse atrevido a tocar a mi hermana.

Esa mañana, Adam tiene que ir a Tyler a comprar varias cosas que necesitan en el rancho. Al salir de la tienda, tropieza con una mujer y un montón de libros que carga ella en los brazos salen a volar por los aires.

—Lo siento, no te había visto —se disculpa él, arrodillándose a ayudarla a recogerlos.

—La culpa es mía. No te vi salir.

Mientras recogen los libros, Adam la observa detenidamente. No es demasiado alta, apenas le llega por los hombros. Su pelo es castaño claro, una bella mata de rizos que bailan por su cuello hasta los hombros, y sus ojos marrones están escondidos tras unas gafas de montura al aire. Cuando ella levanta la vista, se percata de que tiene los ojos anegados en lágrimas.

—¿Te he hecho daño? ¿Te duele algo? —pregunta él preocupado.

—Discúlpame, soy una tonta.

—¿Qué te pasa?

—Se ha mojado este libro y tendré que pagarlo, pero mi sueldo no me da para tanto. Es demasiado antiguo y costoso.

—Yo me encargo de todo. La culpa ha sido mía, yo lo pagaré.

—No puedo permitirlo.

—No voy a aceptar un no por respuesta. Son de la biblioteca, ¿no es cierto?

—Sí, trabajo allí. Los traía de encuadernar porque estaban estropeándose. Por cierto, soy Anna.

—Adam, encantado. ¿Qué tal si vamos a arreglar este lío?

Le quita los libros secos de las manos y la acompaña hasta la biblioteca, donde se encarga de pagar el libro estropeado. Anna le acompaña a la puerta, y cuando le sonrío para despedirse de él, algo comienza a vibrar en su interior. Algo muy leve, pero que le da una brizna de esperanza.

—¿Puedo invitarte a tomar algo en compensación por el mal rato? —dice de repente.

—No es necesario, de verdad. Ya has hecho demasiado al pagar el libro.

—Insisto, conozco un sitio aquí cerca que te encantará.

Ella asiente, y tras decírselo a su compañera, le acompaña a una pequeña cafetería escondida, iluminada con velas y con música tranquila.

—Así que eres bibliotecaria —dice Adam cuando el camarero le trae los cafés.

—Sí, empecé a trabajar hace tres años, pero en Tyler solo llevo dos meses.

—¿Traslado?

—Así es. Antes vivía en Abilene, la ciudad donde nací, pero necesitaba poner tierra de por medio. ¿Y tú a qué te dedicas?

—Tengo un rancho con mi hermano.

—Así que eres un ranchero de verdad.

—Eso me temo. —Sonríe—. Pero el sombrero y las espuelas me las he dejado en casa. ¿Y tu familia? ¿También se ha trasladado?

—No. Mi padre murió, y mi madre y mi hermana viven en Abilene. ¿Y tu familia? ¿Vive aquí?

—Por desgracia —dice riendo—. Vivo con mi hermano y mi cuñada, y mis padres y mi hermana también viven en Tyler.

Anna mira el reloj en ese momento y apura su café de un sorbo.

—Debo irme, he de seguir trabajando.

—¿Volveré a verte?

—Siempre que vayas a la biblioteca.

—Me gusta mucho leer, pero no he ido nunca a la biblioteca. A partir de ahora voy a empezar a venir a menudo, hay cosas muy interesantes por aquí.

Ella sonrío tímida, y se para en la puerta de la biblioteca.

—Ha sido un placer, vaquero.

—Lo mismo digo, ratita.

Adam se acerca despacio y deposita un beso en su mejilla. Es apenas un roce, pero cuando levanta la cabeza ve que ella se ha sonrojado, y sonrío satisfecho.

Cuando llega al rancho, su hermano se pasea como un perro enjaulado de un lado a otro, y en cuanto le ve se acerca a él hecho una furia.

—¿Se puede saber dónde te has metido? —pregunta— ¡Me tenías preocupado!

—Lo siento, me surgió un imprevisto.

—¿Pinchaste? ¿Tuviste un accidente?

—No, hermano. Conocí a una mujer.

—Conociste a... ¿Pero tú estás mal de la cabeza? ¡Llevo más de dos horas llamando a todos los hospitales porque hace horas que has desaparecido! ¿Y tú estabas con una tía?

—Ya soy mayorcito, ¿sabes?

—¿Y no se te ocurrió avisarme? ¡Sabías que te estaba esperando!

—Lo siento, no caí.

—¡No cayó! ¡Maldita sea, Adam!

—¡Déjame en paz, Aiden! ¡No eres papá!

—¡Soy tu hermano mayor y estaba preocupado, joder!

—¡Somos gemelos, imbécil!

Laureen entra en la habitación en ese momento, y encuentra a los dos hermanos a punto de llegar a las manos.

—¿Se puede saber qué pasa aquí? Creí que eráis hombres hechos y derechos, pero veo que sois críos que lo arreglan todo discutiendo. —Aiden va a replicar, pero ella le silencia levantando la mano—. Tú, deja ya de berrear, que Adam ha llegado bien a casa y no ha pasado nada que debamos lamentar. Y tú. —Señala a su cuñado con el dedo—. En vez de ponerte tan gallito, discúlpate, que a tu hermano casi le da un infarto pensando que te ha pasado algo malo.

Aunque reticentes, los dos hombres se abrazan y se van en dirección a las escaleras mientras ella vuelve a la cocina a terminar de preparar la cena.

—Joder, Aiden, tu mujer es un sargento —comenta Adam en broma.

—La verdad es que no conocía esta faceta suya, pero me encanta.

—Siento haberte asustado, pero perdí la noción del tiempo.

—¿Es guapa?

—Bastante. Y me he sentido muy bien tomando café con ella. Creo que es suficiente por ahora.

—¿Volverás a verla?

—Quizás. No sé si ella quiere volver a verme, pero si por mí fuera volvería ahora mismo a Tyler para estar con ella.

—Es hora de que rehagas tu vida, Adam. Ya hace mucho tiempo de tu divorcio.

—Eso ya está superado.

—¿De verdad? El Adam que yo conocía habría hecho más que tomar café con ella.

—He madurado, hermano. No quiero un polvo de una noche, y para tener más que eso tengo que ir despacio.

—Invítala a la cena de Nochebuena.

—¿No le importará a Laureen?

—¿Por qué iba a importarle?

—Una persona más implica más comida.

—Lo más que puede pasar es que te quedes sin cenar, así que...

—Muy bien, mañana le preguntaré.

Adam se va a la ducha pensando en lo equivocado que está su hermano. No es Linda quien le impide rehacer su vida, pero ni muerto le dirá la verdad. Prefiere que piense que no ha superado su divorcio a confesarle su amor por su cuñada, y quizás la ratoncita consiga sacársela de la cabeza.

A la mañana siguiente se acerca a la biblioteca para hablar con ella. La encuentra de puntillas, intentando colocar un libro en un estante al que no llegará en la vida si no se sube a una escalera, así que se acerca por detrás y, rozándola suavemente, le quita el libro y lo coloca en su lugar.

—Déjame a mí —susurra en su oído—. Buenos días, ratita.

—Buenos días —contesta ella con un escalofrío— ¿Qué haces aquí?

—He venido a invitarte a desayunar.

—Lo siento, Adam, pero ya he desayunado —dice ella avergonzada—. Pero si quieres, esta tarde te acepto un café.

—¿Y una cena? Te recojo a las ocho.

—De acuerdo, nos vemos en la puerta a esa hora.

Cuando va a recogerla unas horas más tarde, queda gratamente sorprendido por el aspecto de la chica. Lleva un sencillo vestido azul de tirantes, y se ha puesto lentillas. Su maquillaje fresco y juvenil le sienta de maravilla, y a Adam le dan unas ganas irrefrenables de besarla.

—¿Quién eres tú y que has hecho con mi ratita? —bromea.

Anna se echa a reír y se acerca tímidamente.

—No seas tonto, solo me he quitado las gafas.

—Me has dejado sin habla, Anna. Estás preciosa.

—Muchas gracias, tú también estás muy guapo.

Adam la lleva a un pequeño restaurante de estilo country al que suele ir con su hermano. La comida es estupenda, y lo mejor de todo es que podrá hablar con ella tranquilamente sin que nadie les moleste.

—¿Qué tal el día, ratita? —pregunta una vez el camarero ha tomado nota.

—Ha sido un día horrible. —Suspira—. Hay demasiados libros perdidos porque la gente se olvida de devolverlos a tiempo, y me he pasado toda la tarde discutiendo por ello. Tengo un dolor de cabeza espantoso.

—¿Te has tomado algo?

—Acabo de tomármelo.

—Deberíamos dejar la cena para cuando estés mejor.

Adam levanta la mano para llamar al camarero, pero ella se la baja despacio.

—Adam, no te preocupes, pronto se me pasará. Que me duela la cabeza no significa que no pueda disfrutar de lo que queda de noche.

—Muy bien, entonces. Disfrutemos de la cita.

—Así que es una cita...

—¿Qué crees que es esto si no?

—Pensé que simplemente éramos dos amigos que salían a cenar.

—Pues no, preciosa. Es una cita en toda regla.

Anna sonríe y baja la mirada. A Adam le encanta su timidez, y alarga la mano por encima de la mesa para acariciarle el antebrazo con un dedo.

—Me gustaría que me acompañases en la cena de Nochebuena —susurra.

—¿Y se puede saber qué pintaría yo en esa cena?

—Mi casa estará llena de gente, pero son todo parejas y me sentiré muy solo. Además, tu familia está muy lejos y no quiero que pases esa noche sola.

—¿Y quién te ha dicho que no tengo planes?

—¿Te vas a ver a tu familia?

—No, no me voy a ver a mi familia.

—¿Has quedado con alguien? Joder, lo siento, no se me ocurrió preguntar si tenías pareja...

—Si la tuviera no estaría aquí sentada. Y no, no he quedado con nadie, pero podría haberlo hecho. Tengo amigas, ¿sabes?

—¿Entonces qué me dices? ¿Vendrás?

—De acuerdo. Iré contigo a cenar.

—Te prometo que no te arrepentirás.

—Ya me estoy arrepintiendo... —bromea ella.

La cena transcurre en un abrir y cerrar de ojos, y Adam deja a Anna en su casa depositando un beso en su mejilla. Quiere ir despacio, tiene la sensación de que si corre demasiado ella se asustará.

Cuando llega al rancho, encuentra a su cuñada sentada en la cocina con un vaso de leche. Es muy tarde, pero va a aprovechar la oportunidad para hablarle de su invitada a la cena. Se acerca con una sonrisa y la besa en la mejilla, como hace siempre, y vuelve a sentir el vuelco en el estómago que siente cada vez que la toca.

—¿Qué haces levantada tan tarde? —pregunta sentándose junto a ella.

—No puedo dormir con los ronquidos de tu hermano. He venido a tomarme un vaso de leche a ver si me relajo.

—Usa tapones en los oídos, hazme caso. Son infalibles.

—¿Qué tal la noche?

—Muy bien, me he divertido mucho. Oye, ¿te importa que venga acompañado a cenar en Nochebuena?

—¿Por qué iba a importarme? Me alegrará conocer a tu chica.

—Aún solo somos amigos, Laureen.

—Lo que tú digas. ¿Es con ella con quien has estado esta noche?

—Sí. La conocí ayer en la ciudad. Le hice pasar un mal rato y quería recompensarla.

—Así que es la chica por la que llegaste tarde... ¿Y te gusta?

—Me siento muy a gusto con ella. Me gusta hacerla rabiar, y es bastante guapa. Creo que eso es suficiente por ahora.

—Nunca te he visto con una mujer, y me gustaría saber por qué.

Adam se pone tenso, pero decide utilizar su divorcio para no descubrirle que está enamorado de ella.

—Un mal divorcio, cuñada. No creo estar preparado para tener una relación ahora mismo.

—Lo superarás, te lo aseguro. A mí me costó, pero cuando conocí a tu hermano todo quedó en el olvido. Espero que ella sea la mujer que te haga olvidar, porque te mereces ser feliz.

Adam se despide y sale huyendo de la habitación. Laureen no sabe lo lejos que está de la verdad, y si la supiera seguramente se sentiría culpable. Por eso ha utilizado la excusa de su divorcio. Lo había pasado muy mal en su momento, pero ahora eso ya era agua pasada.

Conoció a Linda en la inauguración de la heladería de su mejor amigo, cuando él apenas comenzaba a ser un hombre. Le había hecho girar en torno a ella durante todo el verano, y a principios de otoño le sedujo en la parte trasera de su camioneta, desapareciendo al día siguiente. Meses después, apareció para obligarle a casarse con ella por un embarazo que jamás llegó a su fin, pues tres meses después la mujer perdió al niño, dejando a Adam destrozado. Mientras él se recuperaba de la pérdida de su hijo, ella le volvió a abandonar, pidió el divorcio y se fue a Nueva York a buscarse un

porvenir como actriz, llevándose consigo gran parte del dinero del rancho. Por eso su hermano se tragó su orgullo y tuvo que suplicarle a un hombre que les detestaba que le diera un préstamo para salvarlo.

Adam se siente culpable por ello todos los días. Todo es culpa suya, y ahora que su hermano está empezando a ser feliz, termina enamorándose de la mujer que está consiguiendo todo eso. Es un ser despreciable... y lo único que puede hacer para ser una persona mejor es apartarse de ella todo lo posible, olvidarla cuanto antes. Tras desnudarse, se mete bajo el chorro de agua caliente y permanece largo rato allí metido, pensando en su futuro.

Capítulo 13

En Nochebuena, Adam va a recoger a Anna en su coche. Su amiga se ha puesto un vestido largo negro que se ajusta perfectamente a sus curvas, acompañado de unos zapatos de tacón y un bolso rojos. A Adam se le hace la boca agua cuando se acerca a él para besarle en la mejilla, y su perfume floral inunda sus fosas nasales.

Ella, por su parte, está hecha un flan. Adam la mira con ojos llameantes, pero no dice nada. ¿Acaso va demasiado arreglada? Él lleva unos pantalones de vestir y una camisa, así que no lo cree.

—¿Es que no voy bien? —pregunta harta de su silencio.

—¿Perdona?

—No dejas de mirarme como si me hubieran salido tres cabezas, Adam. Me estás poniendo nerviosa.

—Es que estás preciosa, Anna. Realmente preciosa.

—Gracias —contesta ella con una sonrisa—. Tú también estás muy guapo.

La cena pasa en un abrir y cerrar de ojos. Toda la familia de Adam la acoge como si fuera una más, y su cuñada es una mujer maravillosa. La comida es excelente, y cuando Eddie se va a dormir, los adultos sacan el champán y ponen música para bailar. Anna está sentada en un rincón, observando cómo Laureen y Aiden bailan acaramelados, y en el fondo siente cierta envidia, porque nunca ha tenido a nadie que la quiera tanto.

—¿Te diviertes? —susurra Adam en su oído, apoyado en el respaldo del sofá.

—Mucho.

—Vamos a bailar.

Adam la lleva al centro de la habitación y pega su cuerpo al de ella. Siente cada músculo de su cuerpo, su calor, y el olor de su colonia. Un millón de mariposas comienza a revolotear en su estómago, deseando que él la bese igual que su hermano hace con su cuñada. Por eso está tensa, parece un cervatillo a punto de huir, pero Adam acerca la cabeza a su cuello y la besa en la clavícula, provocándole un escalofrío.

—Relájate —susurra el hombre—. No voy a morderte... si tú no quieres.

—No seas tonto, estoy bien.

—Cualquiera lo diría, preciosa. Parece que vas a salir a correr en cualquier momento.

—No sé bailar muy bien, eso es todo.

—Mentirosa... Creo que te pongo nerviosa, por eso no puedes relajarte.

—No me pones nerviosa, Adam.

—Pues debería.

Adam sonrío cuando Anna le mira con los ojos como platos, sorprendida por su último comentario. Le encanta provocarla, le encanta ver cómo se sonroja con sus bromas, y siempre que ella está cerca se siente tranquilo y relajado. Lleva demasiado tiempo sin sentirse así, la vida le sonrío de nuevo, y no piensa desaprovechar la oportunidad de volver a ser feliz.

Las horas vuelan con Anna entre sus brazos, pero sobre todo hablando con ella. Anna consigue que se abra, que le cuente cosas que no le ha contado a nadie, ni siquiera a su hermano. Es capaz de romper la coraza en la que envolvió su corazón cuando Linda le hundió la vida. Cuando la lleva a casa, la acompaña a la puerta y se queda mirándola fijamente, sin atreverse a besarla.

—Me dijiste que estarías solo con muchas parejas, y sin embargo he visto a varias personas solas pululando por ahí —reprocha ella.

—¿Me habrías acompañado si te lo hubiese dicho?

—Posiblemente no —reconoce Anna.

—Por eso no te lo dije.

—Gracias igualmente por invitarme. Ha sido una noche maravillosa.

La observa sacar un pequeño paquete de su bolso, que le entrega con la cara sonrojada.

—Sé que no debería —prosigue—, pero te he comprado un regalo. Espero que te guste.

—¡Vaya, gracias!

Adam sonrío mientras desenvuelve una caja de joyería en a que encuentra una pulsera de cuero y oro con un motivo de caballos grabado.

—Me encanta —dice—, pero no tengo nada para ti.

—No lo he hecho para que tú me hagas un regalo. Además, creo que no dejarme cenar sola ha sido el mejor regalo que podrías hacerme.

—Lastima —contesta Adam chistando—, entonces tendré que devolver esto.

Anna sonríe al ver la caja que sostiene el hombre frente a ella, y la abre a toda prisa para descubrir un ratón de cristal de *Swarchovski*.

—¡Adam, es precioso!

—Eres mi ratita, ¿no es así?

Adam no espera respuesta. Se acerca a ella y, sosteniéndola de la barbilla, la besa por fin. Lleva toda la noche queriendo hacerlo, y ahora que por fin puede saborearla no va a dejar pasar la oportunidad. Pero no quiere asustarla, así que con esfuerzo se aparta de ella.

—Gracias por haberme acompañado, Anna. Nos vemos mañana.

—Espera, ¿mañana?

—No creerás que vas a librarte de mí tan fácilmente, ¿verdad? Algo está pasando entre nosotros, y no pienso dejarlo correr. Ve y descansa, cariño. Nos vemos mañana.

Adam se marcha calle abajo ante la mirada aturdida de Anna, que falla hasta tres veces al meter la llave en la cerradura, y se deja caer en la cama con un gritito de alegría. Adam le gusta, y aunque tiene miedo de que todo sea una ilusión, está deseando ver qué pasará al día siguiente.

Adam se siente realmente bien. Anna le está empezando a gustar mucho, y aunque lo que siente por Laureen aún está ahí, sabe que ella será capaz de hacer que su cuñada salga de su cabeza... y de su corazón. Es una mujer muy fácil de amar, tan dulce e inocente que necesita cuidar de ella, y está dispuesto a poner toda la carne en el asador para conseguir que su relación funcione.

Mientras tanto, en el rancho, Laureen termina de recoger las copas del salón, y su marido la atrapa por detrás para besarla en la nuca.

—Deja eso, ya lo recogeremos mañana —protesta él.

—Mañana es Navidad, y tengo que dejarlo todo preparado para cuando llegue Santa Claus.

—No me digas que aún crees en esas cosas...

—¡Claro que no! Pero Eddie sí cree, y a mí me gusta hacer regalos a las personas que quiero.

—Mmm... Así que tendré regalos...

—Todos tendréis regalos.

—Pero yo tendré más que el resto, ¿verdad? Soy tu marido y me quieres...

—La única que tendrá más regalos que el resto será Eddie.

—Pues siento informarte de que tú no tendrás ningún regalo de mi parte... creí que no te gustaban esas cosas.

—Mentiroso... Sabes que me encantan, y apuesto que todos los regalos que tienes guardados en el cuarto de arreos no son para Eddie.

—¿Nadie te ha dicho que eres una cotilla?

—Muchas veces, pero no puedo evitarlo.

—¿Pues sabe qué, señora McBride? Que va a pagar por haberme descubierto.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es mi condena?

—Vas a morir... en cuanto te pille.

Laureen da un gritito y sale a correr escaleras arriba. Aiden sonrío. Por fin su mujer es feliz, al fin es la mujer que su hermano conocía. Sebastien se lo ha confesado cuando salieron al porche a tomar el aire unas horas antes. Tras sacudir la cabeza, sale a correr tras su esposa, con la intención de hacerle el amor tantas veces como pueda.

Unos días más tarde, Anna está colocando unos libros en la estantería, pero no llega al estante al que corresponde, y por no recorrer toda la biblioteca cargando con la pesada escalera de madera, se pone de puntillas para intentar alcanzarlo. Cuando siente que el libro se le escurre de los dedos, siente un fuerte brazo en la cintura, y ve el brazo tatuado de Adam colocar el libro en su lugar. Tras rodearla con él, le da un beso en el hueco del cuello, haciendo que su corazón se desboque.

—Eres demasiado pequeña, rarita. Deberías coger una escalera —protesta él.

—Pesa muchísimo, y está en la otra punta de la biblioteca. ¿Qué haces aquí tan temprano?

—Había que hacer unas compras y me he ofrecido voluntario. Después de reírse de mí a sus anchas, Aiden me ha nombrado encargado oficial de las compras.

—Pobre Aiden, ahora trabajará más.

—¿Bromeas? Él está en casa, disfrutando de su mujer. ¿Has dormido bien?

Adam y ella llevan una semana viéndose todos los días. El día de Navidad habían ido a patinar, y después al cine. Había sido una noche increíble, y cuando Adam la dejó en casa, volvió a besarla, como hacía cada vez que se veían. La noche anterior Adam

había subido a su casa. Ella estaba nerviosa, porque no sabía qué iba a pasar, pero él no intentó nada, y pasaron el tiempo hablando hasta la madrugada.

—Pues la verdad es que he dormido a pierna suelta —contesta—. ¿Y tú?

—No he podido pegar ojo pensando en una ratita sexy que trabaja en la biblioteca.

—Eres un mentiroso... seguro que has estado roncando.

Adam le da un fugaz beso en los labios.

—Vale, de acuerdo, he dormido bien. Pero he soñado contigo. Estabas tan sexy en mi sueño...

—¡Adam, para! —le regaña ella con una carcajada— Tengo que trabajar, y tú también.

—Está bien, me marchó, pero quiero que sepas que no he sido derrotado, solo diferido.

—Estás como una auténtica cabra.

—Desde luego... pero solo por ti.

Adam se marcha silbando, y ella continúa con el trabajo. Está sorprendida de que un hombre como él esté interesado en ella, y aquí está Adam McBride besándola delante de todos. Las jovencitas los apodan “los bombones McBride”, porque son los hombres más guapos del pueblo, y uno de ellos parece pertenecerle a ella. Está asustada, no quiere enamorarse de él, porque la última vez que se enamoró de un hombre había sido un amor no correspondido, y el tipo en cuestión se rió de ella delante de todo el mundo.

De camino a la tienda de arreos, Adam se encuentra a su cuñada, que sale de la clínica ginecológica.

—Hola, preciosa. ¿Qué haces aquí?

Laureen se sorprende al verle, pero sonrío y le besa en la mejilla.

—Vengo de hacerme unos análisis.

—¿Qué ocurre? ¿Estás enferma?

—No es nada importante, tranquilo.

Su cara de preocupación desmiente sus palabras, y Adam acaricia su brazo con cariño.

—Sabes que puedes contarme cualquier cosa, Laureen.

—Lo sé, pero creerás que soy una tonta.

—No digas tonterías. ¿Qué pasa?

—Quiero saber si soy estéril.

—¿A qué viene esa tontería, Laureen? Eres una mujer joven y sana, ¿por qué ibas a serlo?

—Aiden y yo llevamos tiempo intentando tener un bebé y no hay manera, Adam. Solo quiero descartar problemas de la lista.

—Laureen, estás tan obsesionada con darle a mi hermano un hijo que no piensas en otra cosa, y el estrés te está pasando factura.

—¿Tú crees?

—No lo creo, lo sé. Olvídate del bebé por un tiempo, y dedícate a disfrutar un poco. Sal con mi hermana de compras, id a un spa, mímate para variar. Verás cómo te quedas embarazada cuando menos te lo esperas.

—Ojalá tengas razón.

—Siempre la tengo —bromea—. Dentro de poco tendremos a un machote McBride correteando por el rancho. Y su padrino, que seré yo, le enseñará a montar a caballo.

—¿Y si es niña?

—Si es niña la malcriaré tanto como a Eddie. Vamos, te acompaño al coche.

—¿Quieres que te acompañe a la tienda? No tengo nada que hacer, y si me voy a casa volveré a darle vueltas al asunto.

—Por mí perfecto. Vas a llevar tú las bolsas...

—Eres un negrero, Adam McBride.

—Lo intento, pequeña, lo intento.

—Cambiando de tema, ¿cómo te va con Anna?

—La verdad es que bien. Me lo estoy tomando con calma, no quiero precipitarme y mandarlo todo al traste.

—¿Por qué iba a salir mal?

—Creo que piensa que no es suficiente mujer para mí, y por eso se retrae. Necesito hacerla ver que me interesa de verdad, y que quiero estar con ella.

—A veces la falta de autoestima nos gasta muy malas pasadas. Ella es preciosa, y es una lástima que no sea capaz de verlo.

—Creo que mi reputación tiene mucho que ver, Laureen. No es que haya sido precisamente un santo desde mi divorcio, y en un pueblo como este las noticias vuelan.

—Tu hermano también tiene una reputación y no por eso estoy asustada.

—Mi hermano ha sido un santo comparado conmigo, cuñada. Además, tú eres mucho más fuerte que ella. Pero no tengo ninguna prisa, ¿sabes? Tengo todo el tiempo del mundo para demostrarle que voy en serio con ella.

Cuando llegan al rancho, Laureen va a darse una ducha, y Adam aprovecha para hablar con su hermano de la preocupación de su cuñada. Le encuentra en el despacho, liado con las cuentas.

—Aiden, ¿podemos hablar un momento?

—Claro, así descanso un poco de todas estas cuentas. ¿Qué ocurre?

—Esta mañana me he encontrado a Laureen en el pueblo. Ha ido a hacerse un estudio para averiguar si es estéril.

—¿Estéril? ¿De dónde ha sacado esa idea tan estúpida?

—Cree que no puede quedarse embarazada por culpa de eso. Le he intentado explicar que la obsesión que tiene con el tema tiene mucho que ver, pero no sé si ha terminado por creerme.

—Hablaré con ella esta noche. ¿Qué tal te va con Anna? Hace días que no la vemos.

—No creerás que voy a traerla todos los días a casa, ¿verdad?

—No, pero creí que algún día la traerías a dormir.

—Estamos yendo despacio, Aiden. Aún es demasiado pronto para acostarme con ella.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi hermano? —bromea.

—No te burles. Anna no confía en mí. No cree que vaya en serio con ella, y tengo que demostrarle que se equivoca.

—Así que conoce tu reputación.

—Eso me temo, pero no soy capaz de hacerla entender que con ella es diferente. Me está costando lo mío ganarme su confianza.

—Suerte, hermano. Creo que vas a necesitarla.

Cuando su hermano sale de la habitación, Aiden permanece pensando en su mujer. Sabe que le preocupa no quedarse embarazada, pero no hasta qué punto el tema la está obsesionando. Con un suspiro, aparta las cuentas y va a buscarla para hablar con

ella. La encuentra en la cocina haciendo la cena, ataviada con uno de esos vestiditos tan sexys que utiliza para estar en casa, y descalza. Su sangre comienza a calentarse. ¿Por qué demonios tiene que ser tan guapa? En dos zancadas se coloca junto a ella, la besa en la nuca y se la echa al hombro, para subir con ella las escaleras.

—¡Aiden! ¡Bájame! ¡Tengo que terminar de hacer la cena!

—Pediremos comida a domicilio. Ahora voy a hacerte el amor.

—¿Pero qué te pasa? ¿Te has vuelto loco?

—Tú me vuelves loco. Si no te pusieras esos vestidos tan sexys, no estaría llevándote escaleras arriba como un Neanderthal.

Aiden le hace el amor a su mujer con mucha ternura, haciéndola sentir en cada beso, en cada caricia, el amor que siente por ella. Una vez llega la calma, la atrae hasta su pecho para abrazarla.

—Ojalá esta vez funcione —suspira ella sin pensar.

—¿Tan importante es para ti tener un bebé, Lauren?

—¿Para ti no?

—Quiero tener hijos contigo, claro, pero no es algo que me preocupe. Ya llegarán, y si no llegan, hay otras opciones que podemos considerar.

—Lo sé, pero...

Aiden no la deja terminar la frase. Se coloca sobre ella y une sus labios a los de Lauren, tras lo cual enmarca su rostro con ambas manos.

—Para mí tú eres lo más importante, ¿sabes? Y no quiero que caigas enferma porque no te quedes embarazada. Tenemos toda la vida por delante, cariño, y no tenemos ninguna prisa. Deja de pensar en ello, y verás cómo antes de lo que imaginas tendremos esta casa llena de niños.

—De acuerdo, lo intentaré.

—Con eso me conformo. Y ahora —susurra penetrándola lentamente— vamos a olvidarnos del asunto... y de la cena.

Mucho tiempo después, la pareja baja a la cocina para buscar algo de cenar, pues a estas horas no podrán encontrar comida para llevar. Adam está sentado en la cocina frente a dos cajas de pizza, cenando con una cerveza.

—Se me ocurrió traer pizzas para la cena, porque pensé que hoy la cocinera estaría más ocupada en... la cama.

—Eres un bocazas —le acusa Lauren.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho yo ahora?

Aiden se echa a reír y se sienta en una silla a comer.

—¿Por qué se lo has dicho? —continúa Lauren.

—¿Decirle qué?

—Que me has visto esta mañana en el ginecólogo.

—Espera, ¿qué? —pregunta Aiden haciéndose el sorprendido.

—Yo no le he dicho nada, Lauren —protesta Adam—. Se lo acabas de decir tú solita.

—¿Para qué has ido al ginecólogo, cariño? —pregunta Aiden haciendo caso omiso de su hermano.

—Fui a hacerme una prueba de esterilidad.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—No quería preocuparte.

—Cariño, una pareja es de dos, ¿de acuerdo? No vuelvas a ocultarme nada.

—De acuerdo, lo siento.

—Ya hemos hablado de esto, y sabes lo que quiero que hagas.

—Lo intentaré, te lo prometo.

—Y ahora come algo, que has consumido mucha energía esta noche —dice con un guiño.

Capítulo 14

El sábado, Adam se despierta temprano con la idea de llevar a Anna a un picnic junto al río. Hay un pequeño claro en su propiedad en el que solían jugar de pequeños, y ahora lo usan para sus escapadas románticas con mujeres. Tras una ducha, baja a la cocina a preparar una cesta con algunas cosas y se monta en la Harley. Le abre la puerta una Anna soñolienta y con un pijama de muñequitos que le arranca una sonrisa. Se acerca a ella despacio, la sujeta de la cintura y la besa con ganas.

—Esta es la mejor forma de empezar el día —ronronea—. Buenos días, preciosa.

—Eres mi peor pesadilla —bromea ella— ¿Tú no descansas ni siquiera en domingo?

—Es el único día que puedo pasar entero contigo, Anna. Además, me apetece hacer un picnic.

—¿Un picnic?

—En el rancho hay un claro junto al río en el que podremos estar tranquilos. ¿Qué me dices?

—Adam, tengo que desayunar, ducharme, vestirme...

—¿Eso es un sí?

—Sí, pero tardaré un rato. Ponte cómodo mientras me ducho.

—¿Y no puedo acompañarte? —bromea él.

—Ni hablar. Si te metes en la ducha conmigo terminaremos arrugados y quedándonos en casa.

—Me puedo adaptar a los planes...

Anna entra en el pasillo sonriendo y él se sirve un café y se sienta en el sofá a esperarla. Quiere ir despacio, pero verla con ese pijama tan corto le ha provocado una erección. Al escuchar el chorro del agua de la ducha, la imagina enjabonándose su piel cremosa, pasando la esponja llena de espuma por cada una de sus curvas, y se muere de ganas por ser él mismo quien lo haga. Cuando ella aparece por la puerta veinte minutos después, con una camiseta rosa de tirantes y unos shorts vaqueros, casi le da un infarto.

—Definitivamente vamos a optar por la opción de quedarnos en casa —susurra acercándose a ella—. Estás preciosa, pero me encantará desenvolverte lentamente.

—Deja de hacer el tonto y vámonos.

—¿El tonto? —La pega a su cuerpo para que pueda notar el bulto de su erección—. Estoy hablando muy en serio, Anna. Me muero de ganas de hacerte el amor, pero sé que aún es pronto para ti.

—No entiendo por qué te gusto tanto, ¿sabes? —confiesa ella.

—¿Me lo dices en serio? Eres una mujer preciosa, y algún día terminarás por creerme cuando te lo digo.

Ella permanece callada durante todo el trayecto hasta el río, asimilando lo que el vaquero acaba de decirle. Adam aparca la moto en una zona apartada de la carretera, escondida tras unos árboles, y extiende la manta cerca del arroyo. En cuanto coloca la cesta a su lado, se tumba cuan largo es sobre la tela y la llama con un dedo.

—Ven aquí y dame de comer, ratita —ordena.

Ella se cruza de brazos y le mira con una ceja arqueada.

—¿Acaso eres un bebé? ¿O no tienes manos?

—Nada de eso. Pero soy tu chico y tienes que cuidarme.

—¿Mi chico? —pregunta ella sorprendida.

—¿Es que crees que yo voy por ahí besando a la primera mujer que se me pone en el camino?

—Básicamente... sí. Es lo que haces siempre, ¿no? Sexo sin compromiso.

—¿Crees que estoy jugando contigo?

—Creía que estabas preparando el terreno.

—No, Anna, no preparo nada. Quizás antes era así, como dices, pero he cambiado. Y tú me gustas mucho, y quiero que salgamos juntos y veamos hasta dónde nos puede llevar esto.

Se levanta de la manta y se acerca a ella para abrazarla por la cintura. Anna coloca sus manos sobre los hombros de Adam, sin atreverse siquiera a respirar.

—¿Qué me dices? —susurra él— ¿Lo intentamos?

Ella asiente, y Adam se apodera de su boca con ansia. El beso se vuelve apasionado, y las manos de la mujer se enredan en el cuello de Adam, acariciando los mechones de pelo que escapan del sombrero. Cuando se separan, Anna sonrío y se sienta para revolver dentro de la cesta. Todo lo que contiene se puede comer con las

manos: canapés, rollitos de jamón y queso, tartaletas de arándanos y una botella de *Chardonay*.

—Mmm... todo tiene muy buena pinta.

—Vamos a comer.

El juego de seducción se apodera de ellos. Adam lame los dedos de Anna cuando le mete algo en la boca, y ella solo atina a respirar de manera entrecortada. Su erección amenaza con reventar la cremallera de los vaqueros, y se acerca a ella para lamer un poco de crema de arándanos que se le ha quedado en la comisura de la boca.

—Mmm... eres tan dulce —susurra él antes de atacar su cuello con besos suaves.

—Estaba todo delicioso —tartamudea ella—. Quien lo haya hecho es...

—Cállate y bésame, Anna.

Anna besa al hombre en la mejilla, pero él la mira con una ceja arqueada y une sus labios a los de él. Su boca sabe a una mezcla de vino y arándanos, y gracias al alcohol ella se siente atrevida... y desinhibida. Hunde la lengua en la boca de Adam y comienza a jugar con su lengua, mientras sus manos se cuelan por la abertura de la camisa para acariciar sus músculos, y el bello le hace cosquillas en las yemas de los dedos.

La pasión explota como un volcán en erupción, y Adam termina tumbándola en la manta y colocándose sobre ella, para profundizar aún más el beso. De la garganta de Anna escapan gemidos de placer. La mano del vaquero acaricia suavemente su pecho por encima de la tela de la camiseta, y sus piernas se enredan inconscientemente en las de Adam, que se aparta de pronto de ella y se tumba en la manta, con los ojos cerrados y la respiración acelerada.

—¿Adam? —pregunta ella, extrañada.

—Dame un minuto.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás bien?

—Sí, solo... casi pierdo el control.

—¿El control?

Adam la mira con los ojos cargados de deseo.

—Cielo, contéstame a una pregunta. ¿Qué crees que hubiese pasado si seguimos?

—¡Pues claro que sé lo que habría pasado! No estamos en la Edad Media, ¿sabes? ¿Es que no quieres acostarte conmigo?

—¡Claro que quiero! Me muero de ganas de hacerte el amor, Anna, pero no quiero que la primera vez que lo hagamos sea en medio del campo, tirados en el suelo.

Adam se levanta de la manta y extiende su mano hacia ella.

—Ven, vayamos a dar un paseo.

—Adam, El sitio es perfecto, no necesito nada más. Y quiero que me hagas el amor.

—¿Estás completamente segura?

—Nunca he estado más segura de nada en mi vida.

Adam se acerca a ella y comienza a besarla con cuidado. Sabe que es virgen, así que tiene que ir muy despacio. Cuando la tumba de nuevo sobre la manta para colocarse entre sus piernas, Anna coloca una mano en su pecho instándole a detenerse.

—Espera, tienes que saber que yo... nunca... ya sabes.

Adam le sonrío tiernamente y la besa en la frente.

—Tranquila, princesa, lo sé, y tendré mucho cuidado.

—¿Y cómo lo sabes?

—Por cómo reaccionas cuando te toco. Eres un libro abierto para mí, cariño.

—¿Y eso es bueno o malo? —bromea ella.

—Simplemente perfecto.

Adam vuelve a saquear sus labios. Se deshace de su camiseta lentamente para encontrarse con sus pechos desnudos, y abarca uno de ellos con la mano mientras besa suavemente el contorno del otro. Su lengua se pasea por su pezón de forma perezosa, y cuando Anna se arquea con un gemido, vuelve a su boca para saborearla de nuevo.

—Mmm... eres tan dulce... Podría pasarme el día entero saboreándote.

—Me encanta que me saborees.

Adam suelta una carcajada antes de dejar un reguero de besos desde su cuello hasta su ombligo, para volver a subir a darse un auténtico festín con sus pechos. Anna gime, aprieta las manos contra la manta, y hunde sus dedos en el cabello de Adam, que lame su piel sin descanso. Tras deshacerse de sus pantalones y braguitas, Adam besa la cara interna de sus muslos, para hundir su lengua entre los pliegues cálidos de su sexo.

Anna grita su nombre una y otra vez. Sus piernas se tensan sobre la hierba, sus caderas se arquean cada vez que Adam alcanza su clítoris hinchado, y el placer sube por su espalda para estallar en el centro de su ser al llegar al orgasmo. Cuando recupera el sentido, ve que Adam la mira satisfecho, tumbado junto a ella, con la cabeza apoyada en

la mano. Anna no puede aguantarse las ganas de lanzarse a sus brazos y llenarle de besos. Adam la separa despacio y, tras un último beso, se pone de pie y comienza a desvestirse. Ella disfruta del espectáculo, feliz de que un hombre como Adam sea solo para ella, y cuando él la penetra lentamente, solo siente una leve quemazón. Nada de dolor, nada de lágrimas... simplemente placer.

Adam se encuentra en el paraíso en ese momento. Anna es tan estrecha y caliente... Cuando cree que el dolor de su chica ha pasado, comienza a mecerse lentamente dentro y fuera de ella, sin apartar la mirada de sus ojos, besándola antes de que el aire escape de sus pulmones presa del placer. Las uñas de su chica se clavan suavemente en su espalda, y sonrío al pensar que mañana llevará unas buenas marcas rojas como trofeo de esa maravillosa cita. Sus embestidas comienzan a aumentar de intensidad, el orgasmo se acerca, y cuando Anna se contrae a su alrededor, consigue liberar su propio placer.

Una vez recuperado el aliento, abraza a su chica, atrayéndola hacia sí.

—¿Estás bien? ¿Te he hecho mucho daño? —susurra.

—Nunca he estado mejor. No me ha dolido, Adam, solo he sentido un poco de quemazón al principio.

—Me alegro. ¿Sabes qué me apetece ahora mismo?

—¿Dormir? —pregunta ella bostezando.

—Pues la verdad es que me refería a una ducha juntos, pero duérmete un rato. Estás cansada y no tenemos prisa.

—Adam...

—¿Mmm?

—Gracias.

—¿Gracias por qué, tonta?

—Por ser como eres.

Adam la mira, pero ella está dormida. Se queda mirando el cielo con un suspiro. Aún ama a Laureen, pero ese sentimiento está cambiando, transformándose en cariño, y necesita un poco más de tiempo para ser libre de entregarle su amor a ella. Aunque ahora no tiene ninguna duda de que terminará enamorándose de Anna. Es una mujer muy especial, y consigue alegrarle la vida cada día un poco más. Con ese pensamiento en la cabeza, se queda completamente dormido.

Horas más tarde, recogen el picnic y vuelven a casa de Anna. Adam se queda un rato con ella, ven una película y comen palomitas haciéndose arrumacos en el sofá. Pero cuando llega la noche, se levanta dispuesto a marcharse.

—Debería marcharme —susurra.

—¿Es que tienes algo que hacer?

—No, pero si me quedo tú no vas a descansar nada, y mañana trabajamos.

—Quédate conmigo, por favor.

—¿Estás completamente segura?

—Eres mi novio, ¿no? Pues tienes que protegerme del monstruo del armario.

—El monstruo del... Menuda teatrera. Tú lo que quieres es no pegar ojo haciendo el amor.

—¿Acaso tú no?

—Créeme, ratita... estaré encantado de cumplir ese deseo.

Adam la coge en brazos y la lleva al dormitorio, donde le demuestra lo encantado que está de ser su ángel protector.

Capítulo 15

Varias semanas después, Laureen empieza a levantarse con náuseas todas las mañanas. Ya es la sexta vez que le pasa, y está empezando a preocuparse. Lleva más de un cuarto de hora en el baño intentando que estas remitan cuando Aiden aparece por la puerta.

—Cariño, me voy... ¡Ey! ¿Qué te ocurre?

—Creo que me he puesto enferma, Aiden.

—Dime qué tienes.

Aiden se arrodilla tras su mujer, y la hace apoyarse en su hombro. Refresca su rostro con una toallita húmeda, y espera a que recupere la calma.

—Llevo ya seis días levantándome con náuseas, he tenido mareos a lo largo del día, y me quedo dormida en cuanto me siento en alguna parte. Debe ser un virus, o quizás tengo algo de anemia.

Su marido sonrío y le acaricia suavemente el cabello.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que puede ser que estés embarazada?

—¿Embarazada?

—No será porque no lo hemos estado intentando...

—Ya no me acordaba...

Adam se echa a reír, y ella le golpea con cariño en el pecho.

—Tanto has dejado de pensar en ello que no has relacionado los síntomas con un embarazo... Voy a hablar con Adam para que se ocupe de todo y te llevo al ginecólogo, ¿de acuerdo?

—Muy bien.

—Y nena... Si no estás embarazada no pasa nada, ¿de acuerdo?

—Claro que pasa... tendré que ir al médico para ver qué me ocurre.

—Salvaremos ese puente cuando lleguemos a él.

El doctor confirma lo que Aiden ya sabía: Laureen estaba embarazada. Solo está de cuatro semanas, es pronto para saber si cuajará, pero su mujer por fin puede quitarse

la culpabilidad de la mente. Cuando salen de la clínica, Laureen se echa a llorar apoyada en su pecho.

—¿Es que no te alegras de que estemos embarazados? —bromea Aiden.

—No seas tonto. Sabes que lo deseaba con todas mis fuerzas.

—¿Y por qué lloras entonces, tonta?

—De felicidad. Porque por fin lo hemos logrado.

—Yo tenía razón, ¿lo ves? Tanto pensar en ello hacía que no lo lográsemos.

Su mujer le mira con una sonrisa traviesa.

—También hay que contar el empeño que le has puesto al asunto. No me has dejado descansar ni una sola noche.

—Tendrás queja de ello...

—Ninguna. Pero como ya lo hemos conseguido creo que deberíamos bajar el ritmo —bromea ella.

—¡Ni lo sueñes, preciosa! Cuando se acerque el día del parto me castigarás sin sexo, y después, con el bebé, nos será más difícil hacerlo. Voy a exprimerte tanto como pueda, cariño, puedes estar segura.

—Tendremos un niño precioso —añade ella dejando de lado las bromas.

—¿Por qué un niño?

—Le debo a Adam que sea un niño. De no ser por él, tú no habrías descubierto mi preocupación y no nos habríamos quedado embarazados.

—Tienes razón.

—Además, si es niña la malcriará como a Eddie, no quiero ni pensarlo.

—Será niño, entonces. Dios nos libre de más niñas malcriadas en esta familia.

Organizan una cena para decirles a sus familiares que van a tener un bebé, pero Laureen se extraña al no ver a Adam sentado a la mesa.

—Aiden, ¿Dónde está tu hermano? —pregunta a su marido.

—Ha ido a cenar con Anna, y me dijo que posiblemente no volverá a casa hasta mañana. No te preocupes, se lo contaremos cuando vuelva.

—Me alegro mucho de que las cosas le vayan tan bien con esa muchacha. Siempre he tenido la sensación de que no es feliz. Pero desde que la conoce me parece distinto.

—El por qué mi hermano era infeliz no es un gran secreto. Se casó con una víbora que provocó su propio aborto, y mientras mi hermano lloraba la pérdida de su hijo le pidió el divorcio y nos dejó en bancarrota.

—Él me dijo que había sido por una epidemia.

—Una epidemia llamada Linda. Sigue culpándose por lo que pasó, aunque en realidad la mayor víctima siempre ha sido él.

—Eso explica por qué malcría tanto a Eddie. Apuesto a que iban a tener una niña.

—No lo sé, nunca me lo dijo.

—Pues me alegro de que Anna le esté devolviendo un poco la felicidad.

—Yo también me alegro, cariño. Esa mujer me gusta mucho para él.

—A mí también. Y además hacen muy buena pareja. Seguro que se está enamorando de ella.

Aiden se queda pensativo. Su mujer no tiene ni la más mínima idea del amor que su hermano le profesa, gracias a Dios. Laureen es tan buena persona que si lo supiera se sentiría culpable. Lo sospecha desde hace tiempo, por cómo la mira, porque se pone nervioso cada vez que ella entra en una habitación. No está preocupado, porque sabe que su hermano jamás intentará arrebatarle a su mujer, y porque sabe que su mujer está enamorada de él, no de su físico. Espera de todo corazón que Anna consiga enamorar y hacer feliz a su hermano, porque los meses anteriores han sido un auténtico infierno para él. Es bueno verle feliz de nuevo.

Adam se despierta lentamente, sintiéndose un poco desorientado, como cada vez que duerme con Anna. Ella está dormida entre sus brazos, con una mano apoyada en su pecho. Se queda mirándola un buen rato, sintiéndose afortunado por haberla encontrado. Hace ya dos meses que salen juntos, y cada día los sentimientos por ella son más fuertes. Laureen ya ha salido de su cabeza, gracias a Dios, y puede vivir su relación con Anna libremente.

De buena gana se quedaría todo el día metido en la cama con ella, pero tiene que volver al rancho, así que se levanta sin hacer ruido y se mete en la ducha. Cuando sale, Anna sigue profundamente dormida, así que se viste y baja a la cocina a buscar café y algo de desayunar. Despierta a Anna antes de irse.

—Ratita, tengo que irme a trabajar —susurra antes de besarla en la nariz.

—¿Ya? ¿Qué hora es? —Anna se despereza y se sienta en la cama.

—No te levantes, aún es muy temprano. Duerme un poco más, que he puesto el despertador. Después nos vemos, ¿de acuerdo?

—Claro —dice besándole—. Hasta luego.

—Hasta después, cielo.

Adam para en el supermercado camino a casa, y compra unos dulces para Laureen, que ya ha pasado la etapa de las náuseas matutinas. El día que su hermano y ella le comunicaron su embarazo, varias semanas atrás, se sintió muy feliz por ellos, y está deseando tener a su sobrino entre sus brazos para malcriarlo igual que hace con Eddie. Se encuentra a su hermano en la cocina, preparando café.

—Buenos días, hermano —dice Aiden—. Llegas justo a tiempo para tomar café conmigo.

—Buenos días. He traído algunos dulces, pensé que a Laureen le harían falta.

—Aún es pronto para los antojos, gracias a Dios. ¿Cómo has dormido?

—Tan bien como tú —dice con una amplia sonrisa.

—Pues espero que hayas dormido más, porque Laureen ha estado toda la noche moviéndose. Supongo que has dormido con Anna.

—Supones bien. Y de buena gana me hubiese quedado en la cama con ella.

—Me alegro de que seas feliz, Adam.

—Hermano, ¿Crees que sería muy precipitado pedirle que se case conmigo? No ahora mismo, claro, pero sí dentro de un par de meses.

—No soy el más indicado para opinar sobre eso, Adam. Yo me casé con Laureen un mes después de conocerla.

—La situación no es la misma, Aiden. Tú pusiste un anuncio y ella contestó.

—Sí, pero podría haber hecho las cosas de otra manera, haber mantenido una relación con ella antes de dar el paso.

—Pero aún así la situación es diferente.

—¿Tú crees que es precipitado?

—Me siento muy bien con ella, y a veces pienso que terminaré enamorándome, pero ya cometí una estupidez que nos costó el rancho y no quiero volver a meter la pata.

—Anna no es Linda, Adam.

—Sí, pero el rancho pende de un hilo por mi culpa.

—Por culpa de esa mujer, no por tu culpa. A ver si se te mete eso en la cabeza de una buena vez.

—Pero...

—Si quieres estar con Anna adelante, y no pienses en el pasado, ni en el qué dirán. Piensa en ti para variar.

—Pero el rancho...

—El rancho está a salvo, Adam. Perdimos parte de él por culpa de Linda, no tuya. Y si por casualidad volviese a pasar algo así, esta vez estamos preparados.

—¿Ah, sí?

—¿En serio crees que el rancho da solo lo que yo digo al padre de Helena? Tenemos una cuenta a nuestro nombre en el banco de Tyler.

—No tenía ni idea.

—La tendrías si no te escaquearas de llevar las cuentas de vez en cuando.

—Eres un genio, hermano, ¿lo sabías?

—Si ella te gusta, haz lo que te pida el corazón, Adam. Y si sale mal, ya nos las apañaremos.

—Gracias, hermano.

—No hay de qué.

Laureen se acerca a su marido por la espalda, y le abraza.

—Buenos días, Adam. ¿Qué tal está Anna? —pregunta cogiendo un pastelito.

—Muy bien.

—¿Por qué no le dices que se pase por aquí? Me gustaría verla más a menudo.

—Tranquila, se lo diré esta noche.

—A este paso te mudas a vivir con ella —bromea Laureen—. No hay quien os vea el pelo a ninguno de los dos.

Aiden le guiña el ojo a su hermano, que se marcha con una carcajada.

—¿Soy yo o tu hermano se está enamorando? —pregunta a su marido.

—No, pero ella le gusta mucho. Creo que terminará haciéndolo.

—Pues creo que Anna es una mujer fantástica.

—Me ha preguntado si me parece precipitado pedirle matrimonio en unos meses.

—Como si tú y yo hubiésemos esperado un año para casarnos —bufa ella.

—Eso le he dicho. No soy el más indicado para darle consejos sobre cuánto esperar para casarse. Aunque he de reconocer que a mí me ha ido muy bien precipitándome —ronronea aprisionándola contra la encimera.

—Has tenido mucha suerte, vaquero. —Laureen enreda los brazos en su cuello—. Te llevaste a lo mejorcito de Boston.

—Poner ese anuncio en el periódico fue la mejor idea que he tenido en la vida. ¿Sabes? Creo que me está entrando mucho sueño... —bromea Aiden.

—Largo de aquí. —Laureen se aparta de él, riendo—. Eres un depravado.

—Si no fueras tan deseable, yo no estaría todo el tiempo excitado. El embarazo te sienta muy bien, cariño...

—Pero yo no soy la conejita de *Duracell*, Aiden. Necesito descansar.

—Tienes todo el día para dormir, Laureen... y yo te necesito tanto...

—Exagerado... Anda, vete ya, que tu hermano lleva un buen rato esperando.

—Adam esperará todo lo que haga falta. Además, ahora mismo estará deshojando margaritas pensando en Anna. Creo que deberías ir preparándote para organizar otra boda McBride.

—Por suerte, esta vez yo no soy la novia... Y con mi embarazo podré librarme de las cosas más tediosas de organizarla.

—Bueno, cariño, me voy. Esta noche te veo.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

Aiden besa a su mujer en los labios y sale de la casa para irse al trabajo. Adam y él van camino a Tyler a comprar materiales, charlando y riendo como hace mucho que no hacen. De pronto, un camión en sentido contrario invade su carril y se los lleva por delante.

El siguiente recuerdo de Adam es dolor, un dolor tan intenso e insoportable que casi le hace volver a perder el sentido. Cuando abre los ojos, ve la cara de su hermano, que yace sin vida junto a él. Siente una opresión en el pecho tan grande que le impide respirar, pero saca fuerzas de donde no las hay para coger el anillo de su hermano y colocárselo en el dedo para devolvérselo a Laureen. El dolor aumenta, la opresión en el estómago se mezcla con el dolor de haber perdido a su hermano, a su otra mitad, y con un grito desgarrador, intenta salir del amasijo de hierros para poder ponerse a salvo. Ahora no piensa en él, sino en Laureen. Tiene que salir de esta para apoyarla, para

soportar juntos el dolor de la pérdida, porque si él no está a su lado, Laureen terminará muriéndose de pena.

Tras un par de esfuerzos más, cae a la hierba con un golpe sordo. Una piedra le golpea en la cabeza, y la oscuridad le absorbe de nuevo.

Capítulo 16

Clay llega a casa de los McBride con un nudo en la garganta. Acaba de perder a su mejor amigo, pero lo peor de todo es darle la noticia a Laureen y a Beth. Decidió darle la noticia primero a su mujer, y se le ha partido el alma al dejarla llorando en casa de sus padres. La muerte de Aiden es una noticia terrible para todos ellos, pero todos conocen la maldita cláusula del préstamo, así que han fingido no poder diferenciarlos hasta que Adam despierte y decida qué hacer.

La cara de Laureen al verle aparecer se queda blanca como el papel, y Clay la ayuda a llegar al sofá para sentarse.

—Es Aiden, ¿verdad? Le ha pasado algo, ¿no es cierto?

—Cálmate, por favor, Laureen. Debes pensar en el bebé.

—No me pidas que me calme, Clay. ¿Qué le ha pasado a mi marido?

—Adam y Aiden han tenido un accidente, y uno de ellos ha muerto. Debes ir a identificar el cadáver, ¿crees que podrás hacerlo?

—Vamos, Clay, no es tan difícil de saber. Adam lleva el brazo tatuado.

—Laureen...

—Es Aiden, ¿verdad? —gime con los ojos anegados en lágrimas— Es mi marido quien ha muerto.

Clay la abraza con fuerza y Laureen solloza desesperada por haber perdido a su amor, al único hombre que la ha querido siempre. Sus llantos le desgarran el alma, pero tiene que mantener la compostura por las mujeres, así que se traga sus propias lágrimas y susurra palabras de aliento en su oído. Cuando Laureen se calma, se acurruca en el sofá mirando al vacío.

—Laureen... sé que estás mal, pero necesito que me escuches. Si Kingston se entera de esto, os quitará el rancho.

—Me importa una mierda el rancho. Me importa una mierda todo.

—Vamos, cariño, mírame. —Ella obedece—. Adam sigue vivo, y tu hijo también. —Laureen se sostiene la tripa inconscientemente—. Necesito que seas fuerte y que pienses lo que vas a hacer. Tienes que ser fuerte por los dos.

—¿Cómo voy a ser fuerte si me estoy muriendo, Clay? ¿Cómo voy a hacerlo si he perdido al amor de mi vida?

—Hazlo por él, Laureen. Aiden no querría verte así.

Laureen inspira hondo y se incorpora lentamente. Clay tiene razón. Aiden ha luchado tanto por ese rancho que no sería justo perderlo ahora. Poco a poco su cabeza comienza a crear un plan. Tal vez sea un poco macabro, tal vez Adam se niegue en rotundo a llevarlo a cabo, pero si funciona podrán conservar el tesoro máspreciado de su marido. Podrá honrar su memoria.

—Voy a vestirme.

De camino al hospital, su cabeza es un hervidero de pensamientos. Ha de tener mucha sangre fría, deberá aparentar estar menos triste de lo que en realidad está, pero lo hará por Adam y por su hijo. Al llegar al hospital, toda la familia está en la sala de espera, esperando que Adam salga de su cuarta operación. Mandy está destrozada, llorando abrazada a Beth, pero en cuanto ve a su nuera se levanta de la silla y se acerca a abrazarla con fuerza.

—Cariño... —gime antes de sollozar en sus brazos.

—Todo saldrá bien, Mandy. Yo lo arreglaré.

—¿Qué vas a hacer? —Una sola mirada de su nuera le dice todo lo que necesita saber— Tienes todo mi apoyo, cariño. Todo saldrá bien.

Laureen baja a la morgue apoyándose en Clay, que no la deja sola ni un momento, sabiendo lo que ella va a hacer. Su mano tiembla cuando abre la cremallera de la bolsa negra que cubre el cuerpo de su esposo. Cuando ve sus rasgos, un nudo le atenaza la garganta, impidiéndole respirar. Acaricia su mejilla con ternura, y continúa bajando la cremallera hasta descubrir los brazos inmaculados de Aiden. Ha tenido la esperanza de que se hayan equivocado, pero ahora no tiene ninguna duda. Con un sollozo, aparta el cabello de la frente de su marido y deposita un último beso en sus labios fríos antes de dejarse caer en el suelo, llorando desconsoladamente.

Acaba de perder toda su vida. El maldito destino hizo que Aiden se cruzase en su camino para quitárselo poco después, y el dolor es tan fuerte que la está matando poco a poco. ¿Por qué es la vida tan injusta? ¿Por qué no puede ser feliz?

Siente los brazos de Clay levantarla del suelo, y la abraza con cariño para dejarla descargar toda la rabia y el dolor que siente en ese momento.

—Shh... Tranquila... Tranquila... —susurra su cuñado.

—No puedo... Clay, no puedo...

—Claro que puedes. Eres una mujer muy fuerte, y vas a poder salir de esta.

Laureen inspira hondo, cierra la bolsa sin mirar a su marido y se agarra del brazo de su cuñado para enfrentarse al mundo.

—Estoy lista.

Cuando salen de la morgue, dos policías esperan la declaración de Laureen.

—No es mi marido —sentencia.

—¿Está segura, señora? —pregunta uno de los policías— Sabemos que son gemelos, y si necesita algo más de tiempo para identificarle...

Laureen le mira con una mezcla de asco y odio que hace que el policía se eche para atrás.

—¿Insinúa que no sé diferenciar a mi marido de su hermano?

—Claro que no, pero está usted en estado de shock por la noticia, y...

—Adam McBride es quien está acostado en esa mesa, no mi marido. Discúlpeme por sentir la pérdida de mi cuñado, no sabía que era un delito querer a la familia.

—Yo no he dicho... Lo siento, señora.

—Ahora, si me disculpan, mi marido está en una mesa de quirófano. Debo ir a ver cómo está.

Clay aprieta a Laureen de la cintura para evitar que se desvanezca en el suelo. Su cuñada sube las escaleras erguida, aparentando estar mucho más entera, pero muerta por dentro, y la admira por el valor que acaba de demostrar.

—Lo has hecho muy bien, nena... Ya está... ya está...

Adam se despierta lentamente, y lo primero que ve es a Laureen, sentada en una silla junto a él. Tiene la mirada perdida, los ojos hinchados de tanto llorar, y casi puede sentir su pena y su desesperación. En cuanto ella se da cuenta de que está despierto, corre por el pasillo para buscar a un médico. Un hombre de unos cincuenta años revisa sus ojos, y ordena a una enfermera que le saque el tubo que tiene metido en la boca. Adam vomita, el dolor es insoportable, pero cuando la enfermera inyecta un analgésico en su vía, la calma vuelve a aparecer.

—Laureen...

Intenta hablar, pero el esfuerzo le deja agotado. Ella se acerca a la cama y se sienta a su lado, apartándole el pelo de la cara.

—Aiden, cariño... descansa. Pronto te encontrarás mejor.

Así que eso es... Se mira el brazo tatuado para comprobar que lo lleva completamente vendado. ¡Maldita sea! ¡Ella cree que es Aiden! Tiene que decirle la verdad, tiene que...

—Adam... —balbucea.

—Lo siento, mi amor, se ha ido. Pero ahora necesitas recuperarte. Llevas en coma diez días.

¡Joder! ¿Por qué es incapaz de hablar? ¡Ya le han quitado esa maldita cosa!

—¡No, Adam!

—Le enterramos hace ocho días, cuando te recuperes podremos ir a verle. Sé que es muy duro, que duele muchísimo, pero ahora debes ser fuerte para recuperarte.

Laureen le besa muy suavemente en los labios, pero a él no le quedan fuerzas para seguir hablando. Permanece dos días más recuperando la consciencia a ratos, y cada vez que lo hace, encuentra a su cuñada sentada junto a su cama. Él siempre intenta explicarle que no es Aiden, pero la medicación que le están poniendo hace que no tenga fuerzas suficientes para hacerlo. Al tercer día, por fin se despierta mucho más lúcido y con fuerzas. Busca a Laureen con la mirada, y la encuentra dormida, sentada en la silla junto a su cama. La pobre aún cree que es Aiden, y él tiene que ser el encargado de darle la mala noticia. Pero no piensa dejarla sola en estos momentos. Pasarán juntos el duelo, apoyándose el uno en el otro, y sacando adelante a su pequeña familia, porque a partir de ahora él se hará cargo del hijo que ella espera.

—Laureen, despierta —susurra acariciándole la mejilla.

—¡Aiden! ¡Por fin estás despierto!

—Nena, tengo que decirte algo. Yo no...

Lauren se da la vuelta sin dejarle terminar, y cierra la puerta de la habitación antes de sentarse junto a él con los ojos anegados en lágrimas.

—Lo sé, Adam. Sé que ha sido Aiden quien ha muerto. Pero si decimos que ha sido así lo perderás todo, y no voy a permitir que eso ocurra.

Adam se queda mirándola con los ojos como platos, sin creerse la frialdad con la que suelta aquellas palabras, sin creer lo que ella está insinuando.

—¿Pretendes que me haga pasar por mi hermano?

—Es la única opción que tenemos.

—No, Laureen, ni hablar. ¡Se darán cuenta!

—Sois gemelos, solo la familia lo sabrá.

—¡No puedo fingir que soy tu marido, maldita sea!

—¿Por qué no? Sería únicamente de puertas para afuera, en casa seguiríamos siendo tú y yo.

—Tengo un tatuaje que mi hermano no tenía, ¿recuerdas? Y es bastante llamativo, teniendo en cuenta que me ocupa todo el brazo.

—Puedes decir que te lo has hecho para honrar a tu hermano.

—¿Y qué pasa con mi vida, Laureen? ¿Tengo que renunciar también a mi relación con Anna?

Laureen mira al suelo, avergonzada.

—¿Qué pasa con Ana? —pregunta él.

—Ella cree que has muerto. Asistió a tu funeral.

—¿Cómo?

—Puedes hablar con ella y explicárselo —interrumpe Laureen—. Una vez la deuda esté saldada podrás rehacer tu vida con ella. Además, que finjas ser mi marido no implica que tengas que dejar de salir con ella.

—¿A hurtadillas? ¿En serio quieres que la gente piense que mi hermano es un cabrón infiel?

—Es eso o perderlo todo, Adam. Tú eliges.

—¿Y si no funciona?

—Funcionará. Ya ha funcionado.

—¿Y cómo demonios voy a volver a ser yo?

—Diremos que tenías amnesia, y como todos creíamos que eras Aiden tu no lo dudaste, y cuando recuperaste la memoria corregiste el error.

—¿Sabes que eso es delito? Podríamos ir a la cárcel.

—Sebastien ya ha firmado los papeles de tu amnesia. Todo está arreglado.

—¿Sabes en qué nos estamos metiendo?

—Intento salvar a mi familia, eso es lo único que me importa. Además, nadie en su sano juicio dudará que una pobre viuda desesperada por la muerte de su esposo lo

haya revivido en su hermano gemelo amnésico, con la esperanza de que realmente lo sea.

Adam sonríe por primera vez.

—¿Pobre viuda desesperada? Dios, nena, eres todo menos eso. Estamos a punto de cometer una locura, pero tienes razón, tenemos que hacerlo.

—¡Gracias a Dios!

—Ahora ven aquí. —Ella se tumba a su lado en la cama y él la abraza—. Lo siento mucho cariño. Lo superaremos juntos.

El dique que Laureen ha estado manteniendo a raya todos estos días se abre de par en par, y rompe a llorar con toda la desesperación que siente por la muerte de su esposo, por la pena que siente al hacer que su cuñado renuncie a su vida, y por ella misma, que no sabe cómo va a conseguir mantenerse cuerda.

Cuando la enfermera entra en la habitación horas más tarde para darle a Adam su medicación, encuentra a Laureen acurrucada a su lado, dormida, y a él mirándola con ternura mientras le acaricia la espalda con el brazo sano.

—Parece que por fin ha recuperado las fuerzas, señor McBride. Su esposa ha estado muy preocupada por usted.

—Se ha quedado dormida. Estaba exhausta.

—Es una mujer muy fuerte, ¿sabe? No ha derramado ni una sola lágrima aunque todos la hemos visto sufrir mucho por usted.

—Sí —contesta Adam sonriendo—. Acaba de derramarlas todas sobre mí.

—Será mejor que descanse, señor McBride. Necesita recuperar fuerzas.

Cuando Laureen se despierta horas después, Adam tiene dormido el brazo en el que ella descansa.

—Lo siento —se disculpa—. No debería haberme quedado dormida.

—¿Cuánto tiempo llevas sin dormir?

—No lo sé.

—Laureen...

—No me he marchado a casa desde que te trajeron.

—Mamá o Beth se podrían haber quedado también, ¿sabes?

—Lo intentaron, pero quería ser la primera en hablar contigo.

—Pues ahora quiero que te vayas a dormir a casa, y que dejes que mi madre me mime un poco, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Adam.

Ella se levanta para marcharse, pero Adam la sostiene de la muñeca.

—Será mejor que a partir de ahora me llames Aiden siempre, porque de no ser así podemos meter la pata.

—Tienes razón. Y alguna vez tendremos que besarnos en público, Aiden lo hacía muy a menudo.

Adam mira su boca inconscientemente, y la acerca a su cuerpo sin pensar.

—Será mejor que primero lo haga en privado, no vaya a ser que quede demasiado forzado.

—Creo que sí —dice ella tragando saliva.

Adam une sus labios a los de ella suavemente. Lo que empieza como una sesión de práctica despierta en él sentimientos que creía olvidados. ¡Maldita sea! Cuando casi pierde el control, se separa de Laureen bruscamente.

—Creo que es suficiente por ahora —susurra sin mirarla.

—Tienes razón —contesta ella un poco aturdida—. Me voy a descansar. Nos vemos después.

Cuando ella sale de la habitación, Adam se queda mirando el vacío. ¿Cómo demonios va a hacerse pasar por su hermano sin perder el corazón por Laureen de nuevo? Si un simple roce de labios ha conseguido que su pulso se acelere de esa manera, ¿qué ocurrirá cuando tengan que simular ser una pareja enamorada?

—Hermano, ¿por qué demonios me has dejado solo con todo esto? ¿Estoy haciendo lo correcto al hacerme pasar por ti?

Solo de pensar que tendrá que besarla, acariciarla, abrazarla delante de todos, sus pulmones se niegan a respirar. ¿Por qué no la ha olvidado todavía? De ser así, todo resultaría mucho más sencillo. Piensa en el pequeño que crece en el vientre de Laureen. Un pedacito de su hermano aún sigue vivo, y no se merece que él estropee su futuro por no ser capaz de controlar sus sentimientos. Debe hacerlo por él, porque es el legado de su hermano.

Capítulo 17

Laureen sale de la habitación temblando como una hoja. Acaba de quitarse un enorme peso de encima, pero se ha sentido muy incómoda al tener que besar a su cuñado. Siente que le ha sido infiel a su marido, que le ha traicionado, pero por otra parte sabe que nadie creerá que Adam es Aiden si no hay entre ellos muestras de cariño, así que no tienen más remedio que besarse a menudo. Gracias a Dios Adam no se ha opuesto al plan, de ser así no sabe lo que habría hecho. En la sala de espera solo está Mandy, que se acerca a ella en cuanto la ve aparecer.

—¿Cómo está mi hijo? —pregunta.

—Se ha despertado mejor que estos días atrás. Hemos estado hablando.

—¿Seguiréis adelante? —Mandy se refiere al plan, y Laureen lo sabe.

—Sí, seguimos adelante.

—¿Sigues pensando que es buena idea? Sabes que siempre podrás venirte a vivir con nosotros, y mi hijo sabrá apañárselas sin el rancho.

—Lo sé, y te lo agradezco, pero el rancho significa mucho para la familia. Es el fruto de toda una vida de dedicación y trabajo, y el futuro de nuestros hijos. No permitiré que sea de otra manera.

—Puedes ir a la cárcel por esto, Laureen.

—Es un riesgo que debo correr. Por Adam, por Aiden y por mi hijo.

—Todos os apoyaremos, cielo. No te preocupes.

—Lo sé. Nos hará falta todo el apoyo posible, Mandy. Va a ser muy duro hacer esto.

Laureen llega a casa y se mete en la ducha. Necesita que el agua caliente relaje sus músculos tensos, y que se lleve parte de la desesperación que siente por haber perdido a su marido. Si no le hubiera entretenido esa mañana quizás ahora seguiría vivo... Se deja caer en el suelo y se abraza fuertemente con los brazos comenzando a llorar. Si Aiden no hubiese conducido, si le hubiese concedido el sexo que le había pedido esa mañana... No puede caer en eso, no puede hundirse de esa manera. Nadie

tiene la culpa de la muerte de su marido, solo el conductor que se salió de su carril y se los llevó por delante.

Se levanta con paso tembloroso y limpia sus lágrimas con furia antes de cerrar el grifo y vestirse. En el salón encuentra a su hermano, que al oírla llegar ha puesto un plato de pasta sobre la mesa.

—No tengo hambre, Seb.

—Lo sé, cariño, pero debes comer algo.

—Tengo el estómago cerrado.

—Piensa en el bebé, Laureen. Intenta comer un poco.

Laureen obedece y consigue tragar un par de bocados, pero el nudo que tiene en la garganta le impide continuar. Se levanta para recoger la mesa, pero su hermano se acerca a ella y le quita los platos de las manos para sentarla sobre sus rodillas y abrazarla.

—Tranquila, cariño. Lo superarás.

—Dios, Seb, es tan difícil seguir adelante sin él... Y después está el tema de conservar la casa. No sé si seré capaz de hacerlo. Es como tenerle sin tenerle realmente, ¿entiendes?

—¿Realmente merece la pena pasar por todo eso para conservar esta casa?

—Tengo que intentarlo, Seb. No puedo dejar que Adam pierda el rancho.

—¿Y tu salud mental, Laureen? Saldrás mal parada y lo sabes.

—Sé que Aiden está muerto, Seb. No voy a volverme loca. Pero me va a costar mucho hacerme a la idea de que ya no está, y será muy duro ver a Adam cada día.

—Puedes venirte a vivir conmigo.

—Los McBride son mi familia, Seb. No voy a abandonarles.

—Nadie ha dicho que vayas a hacerlo. No voy a volver a Nueva York.

—¿Lo dices en serio?

—He movido algunos hilos y me han dado un puesto de médico de familia en el hospital de Tyler. La semana que viene un amigo me traerá mis cosas, y ya he encontrado un apartamento. No es muy grande, pero bastará.

—Pero tu carrera...

—Mi carrera no significa nada si mi hermana no está bien. Lo he pensado mucho, Laureen. La otra vez no estuve a tu lado para ayudarte, pero esta vez será diferente.

—Te quiero mucho, Seb. No sabes lo que significa para mí tenerte a mi lado en estos momentos.

—Yo también te quiero. Y ahora a dormir, yo recojo todo esto.

En cuanto Laureen se mete bajo las sábanas, se queda profundamente dormida. Se despierta cerca del mediodía, y el olor a tortitas que llega desde la cocina la hace sonreír por primera vez desde que Clay llegó al rancho con la terrible noticia. Encuentra a su hermano en la cocina, preparándole un gran desayuno.

—Había olvidado lo buenas que están tus tortitas —dice Laureen—, pero ya no es hora de desayunar.

—No importa, me apetecía comer tortitas. Vamos, siéntate. Comeremos e iremos al hospital a ver cómo está Adam.

—Deberíamos empezar a llamarle Aiden, Seb. No podemos cometer errores.

—Sí, tienes razón. Me va a costar un poco, pero lo lograré. ¿Qué tal has dormido?

—He dormido bien por primera vez desde que todo esto empezó.

—Dormir en una silla de hospital no se puede considerar descansar, y lo necesitabas.

—Tienes razón. No he pensado en el bebé, y me gustaría ir a mi ginecóloga para ver si todo está bien. ¿Me acompañarás antes de ir al hospital?

—Claro, sin problema.

Desayunan en silencio, y media hora después Laureen se encuentra tumbada en la camilla del ginecólogo con las piernas abiertas, esperando pacientemente a que su doctora le haga una ecografía transvaginal.

—Aún es muy pequeño para verle en una ecografía normal, pero podemos ver si todo va bien a través de tu vagina.

—De acuerdo.

—Relájate, esto está un poco frío.

Laureen permanece quieta mientras la doctora examina su útero, y cuando por fin retira el ecógrafo, la mira con una sonrisa.

—En principio parece estar todo bien, Laureen. Aún es pronto para saberlo con exactitud, pero el embrión parece estar bien sujeto al útero. Ven a verme si algo no va bien, ¿de acuerdo? Con todo lo que ha pasado debemos vigilarte.

—Gracias, doctora.

—La enfermera te dará cita para la ecografía cuando estés de doce semanas.

Sebastien la espera en la habitación contigua, y respira cuando ve asomar una sonrisa en los labios de su hermana.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Aún es pronto, pero por ahora todo está bien. Tengo que venir dentro de ocho semanas para hacerme la primera ecografía.

—Bien, vayamos a ver a tu marido.

Oír de los labios de su hermano esas palabras casi consigue hacerla romper a llorar de nuevo, pero asiente y le precede hasta el coche. Adam está dormido cuando llegan, así que Sebastien se va a trabajar y Laureen se acerca a su suegra, que está sentada junto a la cama.

—Buenos días, tesoro —dice Mandy—. ¿Has conseguido dormir algo?

—He dormido bastante bien, me hacía falta descansar. ¿Y él? ¿Cómo ha pasado la noche?

—Inquieto. Ha tenido pesadillas con el accidente, y se ha despertado sobresaltado varias veces. Las enfermeras le han tenido que dar un calmante para que pueda descansar.

—Vete a casa, Mandy, ya me quedo yo con él.

—Muy bien, hija. Beth vendrá a sustituirte esta noche.

—No hace falta. Cuando venga aprovecharé para ir a cambiarme y volver a pasar la noche.

—Vas a enfermar, Laureen. Necesitas descansar.

—Él me necesita. Yo estoy bien.

—¿Y el bebé? ¿Has pensado en eso?

—Acabo de estar en la clínica. El bebé está bien, todo marcha según lo previsto.

—Eres muy terca, Laureen. Nos vemos por la mañana.

—Hasta mañana.

Su suegra sale de la habitación y Laureen se sienta junto a Adam. Saca de su bolso un libro, y lee un par de capítulos antes de que despierte.

—¿Tú otra vez? —dice Adam con voz ronca— Deberías estar descansando.

—Y he descansado. ¿Cómo te encuentras?

—Dolorido y cansado. Pero sobreviviré. ¿Has comido algo?

—Sebastien me hizo tortitas para desayunar.

—¿Aún no se ha marchado?

—No va a hacerlo. Ha encontrado un puesto en el centro de salud y lo ha aceptado.

—El rancho...

—Los chicos se están ocupando muy bien del rancho sin ti, Aiden. Deja de preocuparte.

Escucharla llamarle por el nombre de su hermano hace que el dolor le oprima el corazón. Cierra los ojos con fuerza e inspira hondo ante la impresión, y siente la cálida mano de Lauren presionar la suya sobre el colchón.

—¿Estás bien? —pregunta ella.

—Terminaré por acostumbrarme, pero...

—Es muy difícil, lo sé.

—¿Serás capaz de soportarlo?

—¿A qué te refieres?

—No quiero que termines destrozada con todo esto, Lauren. El rancho no lo merece.

—Lo soportaré, te lo prometo. ¿Y tú?

—No voy a negarte que va a ser muy complicado, pero...

—Cuando salgas del hospital haremos un pequeño viaje. Un fin de semana, tal vez. Nos alejaremos de Tyler para poder hablar tranquilamente de todo esto, y así tendremos excusa para tu tatuaje.

Adam se mira inconsciente el brazo que tiene cubierto por una escayola.

—Ya lo había olvidado.

—No es extraño que hayas querido hacerte el mismo tatuaje que tu hermano en honor a su memoria.

—¿Cómo eres capaz de pensar en todas esas tonterías? Joder, a mí no se me había ocurrido ni pensar en ello.

—No he dormido demasiado últimamente planeándolo todo. Se lo debo, ¿sabes? Necesito que esto salga bien por él.

—Pues si quieres hacerlo bien, empieza por descansar. Tienes un bebé en el que pensar, ¿recuerdas?

—El bebé está bien, Seb me llevó esta mañana a mi doctora. Y me lo estoy tomando con calma, te lo prometo.

—Antes te he escuchado. Deja que se quede Beth, Laureen.

—Beth está más embarazada que yo.

—Pero ella no se ha tirado semanas sentada junto a mi cama. Es una orden, nena. Soy tu marido y debes obedecerme.

Laureen va a contestar, pero la entrada en la habitación de una enfermera le impide decirle lo que tiene en la punta de la lengua.

—Su marido tiene razón, señora McBride —interviene la mujer—. Lleva demasiado tiempo sin dormir bien, y con una sola noche no basta.

Adam la mira con una sonrisa triunfal, y Laureen vuelve a vislumbrar el carácter divertido que tanto echa de menos.

—Está bien, me iré a dormir —accede—. Pero mañana me quedaré.

—De acuerdo.

Adam cierra los ojos, cansado, y Laureen permanece un buen rato observándole dormir. Intenta que todas esas pequeñas diferencias que solo la familia aprecia sean mucho más visibles para ella, porque la charla de hace un momento le ha hecho dudar si era su marido o su cuñado quien estaba postrado en esa cama. Adam puede hacerse pasar por Aiden sin ningún tipo de duda, ha quedado demostrado. Sus gestos, su forma de intentar salirse con la suya... Laureen ha tenido que centrar toda su atención en la cicatriz que tiene en la ceja derecha para no lanzarse a sus brazos llorando por haber recuperado a su marido.

A las ocho de la tarde, Beth aparece en el hospital con una bolsa de papel y un enorme bolso colgado del brazo, y besa a su cuñada antes de lanzar los zapatos por el aire y colocarse unas zapatillas de andar por casa que tiene guardadas en el armario de la habitación.

—¡Dios, esos zapatos me estaban matando! —suspira— Se me han hinchado un poco los pies y me aprietan como el demonio.

—¿Quieres que me quede esta noche? —pregunta esperanzada.

—Como no te vayas haré que te echen —amenaza Adam desde la cama.

—Ya has oído a mi hermano, Laureen. A casa a descansar.

—¿Seguro que estarás bien, Beth? —pregunta Laureen.

—Voy a pasarme toda la noche buscando en Internet cómo decorar la habitación del bebé. Estaré muy entretenida.

—Laureen, vete a casa. Ya.

—Te has despertado demasiado mandón, ¿lo sabías? Antes no eras así.

—Te recuerdo que no hace mucho que estás embarazada. Tengo que pensar en ti y en nuestro hijo.

Laureen se acerca a Adam y le besa fugazmente en los labios antes de marcharse.

—Volveré por la mañana.

—Ni lo sueñes, señorita. Si quieres quedarte mañana por la noche te aconsejo que duermas bastante y no aparezcas por aquí hasta que anochezca.

—Me vengaré cuando estés en casa. Lo sabes, ¿verdad?

—Eso habrá que verlo.

Beth observa divertida las pullas que se lanzan su hermano y su cuñada. Realmente parecen un matrimonio, si siguen así nadie dudará que es Aiden y no Adam quien se salvó del accidente. Espera de todo corazón que ambos salgan ilesos de esta dura prueba que les ha puesto el destino, porque de lo contrario la familia quedará destrozada para siempre.

Capítulo 18

Dos meses después, Laureen llega al hospital para llevar a Adam al rancho. Cuando entra en la habitación, él ya se ha vestido, y se da cuenta de que ha tenido cuidado de taparse el tatuaje con la camisa.

—¿Todo listo? —pregunta desde la puerta.

Adam sonríe y asiente antes de colgarse la bolsa de deporte en la que tiene su ropa al hombro.

—Deja, yo la llevo —se ofrece ella.

—No estoy paralítico, Laureen. Puedo llevarla yo mismo.

—Lo siento... no me hago a la idea de que ya estás recuperado.

Laureen se apoya en su pecho y él la abraza, depositando un beso en su frente, costumbre que han adquirido durante su estancia en el hospital.

—¿Lista para enfrentarte al mundo?

—Lista.

Cuando llegan a la casa, Adam sube a su habitación para dejar sus cosas. Necesita darse una ducha, así que se desnuda y se coloca bajo el chorro de agua caliente durante un buen rato. No hay nada mejor como el hogar, como decía Dorothy en *El mago de Oz*, y para él estar de vuelta en el rancho es una buena inyección de energía.

Una hora después, baja a la cocina dispuesto a salir a echar un vistazo para ver cómo está todo, y se encuentra con Laureen.

—Volveré esta noche —dice dirigiéndose a la puerta.

—¿Dónde vas?

—Voy a ver cómo están las cosas. He estado demasiado tiempo fuera.

—¿Vas a montar a caballo?

—No querrás que vaya andando, ¿verdad?

—Acabas de salir del hospital, Adam. Tómate las cosas con calma, por favor.

—No te preocupes por mí, estaré bien.

Sale de la casa sin más dilación, y monta en su caballo para salir al galope por el prado. Necesita sentir el aire golpeándole la cara, sentir que está vivo. Las cosas marchan perfectamente sin él, sus hombres han hecho un gran trabajo. Le esperan las cuentas, pero eso puede esperar hasta mañana.

Cuando llega a casa, Sebastien está sentado en la terraza con una cerveza en la mano y le saluda con una mueca.

—No deberías haber salido tan pronto, colega —le riñe.

—No empieces tú también. Tu hermana ya me ha dado la charla esta mañana.

—Yo soy médico, ¿sabes? Y mi hermana se preocupa por ti. No entiendo por qué estás tan a la defensiva.

—Me siento inútil, Seb. Ahora soy el dueño de todo esto, tengo que ocuparme del rancho y de Laureen, y me siento inútil. Aiden se ocupaba de las cuentas, llevaba las ventas de los caballos, y yo no tengo ni idea de cómo hacerlo. Soy bueno entrenando animales, no siendo el empresario.

—No creo que sea tan difícil. Además, si le pides ayuda a mi hermana, te ayudará.

—Tengo que ser Aiden, tengo que saber hacer esas cosas.

—Nadie dice que el resto del mundo tenga que saberlo. Tu padre llevó este rancho, pregúntale a él sobre las ventas. Te estás ahogando en un vaso de agua.

—Creo que necesito esas vacaciones que Laureen me propuso hace semanas. Salir de aquí unos días nos vendrá bien a los dos.

—¿Y dónde vais a ir?

—Quizás a la playa. A un lugar donde no tengamos que pensar en nada, solo ser nosotros mismos. Todo esto nos está pasando factura.

—Sí, tienes razón. Necesitáis desconectar un par de días, hablar sobre el plan de acción y volver renovados.

—Después hablaré con ella para ver a dónde le apetece ir. Ella es la que más se merece unas vacaciones. No sé cómo no ha sufrido un cortocircuito con tanto pensar.

—Reconozco que me ha sorprendido mucho. No pensé que fuese capaz de soportar algo así de una manera tan estoica.

En ese momento Laureen aparece por la puerta y se sienta junto a ellos.

—Al fin llegas, me tenías preocupada —dice a Adam.

—Lo siento, Laureen, de verdad, pero necesitaba distraerme un poco.

—Anda, ve a ducharte que vamos a cenar.

Tras la cena, Adam golpea suavemente con los nudillos la puerta de Laureen antes de abrir.

—¿Puedo pasar?

—Claro —contesta ella desde la cama—. Estaba leyendo un poco antes de irme a dormir.

Adam se sienta junto a ella y aparta el libro a un lado.

—He estado pensando en lo que dijiste de tomarnos unos días libres.

—La verdad es que yo también. Necesito un respiro.

—¿Qué te parece si nos vamos a Florida? Una semana de vacaciones no nos vendrá nada mal, y los chicos pueden hacer el trabajo mientras tanto.

—Me parece una idea estupenda. ¿Cuándo nos vamos?

—Déjame un par de días que me ponga al día con las cuentas y preparemos el viaje.

—Las cuentas están al día. Yo me ocupé de ello.

Adam la mira con una ceja arqueada.

—¿Cuando yo te mandaba a descansar?

—Cuando no podía dormir. Alguien tenía que hacerlo de todas formas, ¿no?

—Gracias, de verdad. Odio las cuentas, siempre era Aiden quien se ocupaba de ellas.

—Puedo ocuparme yo a partir de ahora. A mí me gusta llevarlas.

—¿No te importa?

—¡Claro que no! Ahora tengo tiempo libre, y puedo hacerlo.

—No sabes lo que te lo agradezco. Pues mañana nos acercamos a la agencia de viajes y planeamos nuestras vacaciones. —Se levanta de la cama—. No he tenido ocasión de agradecerte todo lo que has hecho por mí, Laureen. Sé que no tenías por qué hacerlo, así que gracias.

—Somos familia, Adam. No tienes que agradecerme nada.

Adam sonrío sacudiendo la cabeza.

—Me gustaría saber dónde ha quedado aquella mujer callada y reservada con la que se casó mi hermano.

—Esa mujer no era yo. Cuando llegué aquí tenía problemas de autoestima, y gracias a tu hermano los superé.

—Me gusta más esta Laureen, ¿sabes? Luchadora, con carácter... Buenas noches.

Laureen ve alejarse a Adam por el pasillo y suspira. En unos días estarán disfrutando del sol, el mar y la paz de las costas de Florida. Mañana irá a comprarse un par de trajes de baño, llamará a Beth para que la acompañe. Bosteza al pasar la página del libro que estaba leyendo antes de que Adam entrase, así que coloca el marcapáginas en su sitio y tras guardar el libro en el cajón, se tumba en la cama y se queda dormida.

A la mañana siguiente Adam y ella se acercan a la agencia de viajes de Tyler para planear sus próximas vacaciones. En cuanto entran por la puerta, Laureen tiene que disimular una carcajada al ver tras el mostrador a Claudia, aquella chica que intentó ligar con Aiden sin importarle que ella estuviese delante.

—¿De qué te ríes? —pregunta Adam.

—De come hombres Claudia. No sabía que trabajaba aquí.

—¿La conoces?

—Digamos que tuvimos un encuentro indeseado con ella el día que vine a conocer a Aiden.

—Imagino lo que pudo ser —dice sonriendo—. Esta mujer siempre ha estado loca por nosotros.

—Creíamos que iría tras de ti cuando nos casamos.

—Lo intentó, pero le paré los pies muy rápido. No la soporto, y ni loco me liaría con ella.

Entran en la agencia sonriéndose, cogidos de la mano como cualquier pareja normal. Claudia les mira de arriba abajo antes de poner su mejor sonrisa.

—Buenos días, chicos. ¿En qué puedo ayudaros?

—Buenos días, Claudia —contesta Adam—. Necesitamos que nos organices unas vacaciones. Con todo lo que ha pasado necesitamos alejarnos de todo.

—Siento la pérdida de tu hermano, Aiden. Ha tenido que ser muy duro para ti.

—Aún sigue siéndolo. Por eso necesito hacer un viaje con mi mujer. Para escapar de todo esto.

—Muy bien —contesta Claudia escribiendo en el ordenador—. ¿Dónde queréis ir?

—Habíamos pensado en Florida —añade Lauren—. El mar nos sentará bien a los dos.

—¿Alguna fecha en especial?

—Cuanto antes —contesta Adam.

Tras unos minutos pendiente del ordenador, Claudia se vuelve hacia ellos de nuevo.

—Hay una oferta especial para un hotel de cuatro estrellas en Fort Lauderdale, pero el problema es que termina mañana. Hay muchos lugares que os pueden interesar, como el parque Hugh Taylor, el museo del descubrimiento y la ciencia, o el mundo mariposa.

—¿Para cuándo sería la reserva? —pregunta Adam.

—Para la semana que viene. No puedo hacerla más tarde porque perderíais la oferta.

—Pero es demasiado precipitado —lamenta Lauren.

—Cariño, necesitamos ese viaje —contesta Adam cogiéndole las manos—. Hagamos una locura, límonos la manta a la cabeza y vayámonos a Fort Lauderdale.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

Adam une sus labios a los de Lauren, y vuelve a sentir esa descarga de adrenalina que tan familiar se está volviendo para él desde que despertó del coma.

—Muy bien, nos vamos a Florida —asiente ella.

—El paquete del hotel Royal Beach es de setecientos dieciocho dólares para una semana, todo incluido.

—¿Y eso qué significa? —pregunta Adam— Porque en cada hotel incluyen cosas diferentes.

—Consumo ilimitado de bebidas de primeras marcas; desayuno, almuerzo y cena; También incluye servicio de buffet de snacks fuera del horario de comidas, y varias excursiones a los sitios más visitados de la zona.

Adam saca la tarjeta de crédito de la cartera y se la entrega a Claudia.

—Ve haciendo la reserva. Tenemos que comprar unas cuantas cosas para el viaje. Volveremos en una hora.

Sin más dilación, coge a Lauren de la mano y tira de ella hasta la puerta. Se siente libre, y corre calle abajo hasta el coche con la risa de su cuñada de fondo.

—¡Para, Aiden! ¡Que me voy a tropezar!

—¿No estás contenta? Yo lo estoy por primera vez en mucho tiempo. No recuerdo la última vez que me tomé unos días libres, ¿sabes?

—Yo nunca he estado de vacaciones. Ni siquiera en nuestra boda pudimos escaparnos unos días.

Adam se para en seco al escucharla.

—No hemos caído en la cuenta de que Claudia va a darnos una sola suite. Con una sola cama.

—Es un hotel de cuatro estrellas. Seguro que la habitación tiene un sofá cama.

—Tienes razón. Supongo que necesitarás comprar algunas cosas para el viaje — dice sacando trescientos dólares de la cartera—. Toma, si no es bastante te daré la tarjeta.

—¿Estás de broma? Solo necesito un bañador.

—Cómprate algo bonito, Laureen. El clima allí es más suave, y necesitarás ropa más fresca que la que usas aquí. Te recogeré en una hora, ¿de acuerdo? Voy a comprar un par de maletas y algunas cosas que necesito.

—Muy bien. Llamaré a Beth a ver si puede venir.

Laureen ve a su cuñado alejarse calle abajo después de recibir un suave beso en los labios. Se está acostumbrando a sus muestras de cariño, que casi siente espontáneas. Se acerca a casa de Beth para arrastrarla con ella de compras, y tras tomarse un café, se adentran en los grandes almacenes para volverse locas comprando.

—Te das cuenta de que vais a estar solos en una suite de hotel, ¿verdad? — pregunta Beth mirando un vestido de tirantes estampado.

—Estamos solos en casa, Beth. ¿Qué tiene de especial una suite de hotel?

—Que solo tendréis una cama para los dos.

—¿Acaso tú no has compartido cama nunca con un amigo?

—No con uno que me guste.

—¿De qué demonios estás hablando? —pregunta Laureen saliendo del probador con un bikini rosa chicle— ¿Crees que me gusta tu hermano?

—¡Habla más bajo! A fin de cuentas es igual a Aiden, no me negarás que sientes algo cuando se comporta contigo como tu marido

—Vamos a ver, Beth. Yo no me enamoré del físico de Aiden, sino de su personalidad. Y Adam y él no pueden ser más distintos.

—Si tú lo dices...

—¿A qué viene esto ahora? Creí que estabas de acuerdo con mi plan.

—No me malinterpretes, Laureen, simplemente digo que podrías ser muy feliz con él.

—Adam volverá con Anna cuando todo esto termine, Beth. Además, es el hermano de mi marido, y no podré verle nunca de otra forma.

—Pues si lo tienes tan claro, no hay más que hablar.

—Apenas hace tres meses que perdí a mi marido, no lo he superado, y no creo que vuelva a enamorarme de otro hombre.

—Eres joven, Laureen. No digas eso.

Una hora después, Adam la recoge para ir a firmar los papeles de la reserva, y van a comer a un restaurante antes de volver a casa. Laureen permanece callada, cabizbaja durante toda la comida, y Adam empieza a preocuparse.

—Estás demasiado callada. ¿Qué ocurre?

—Beth ha estado hablando tonterías que han conseguido que eche de menos a Aiden.

—¿Qué tonterías son esas?

—Tonterías sobre rehacer mi vida.

—Tendrás que hacerlo algún día. Eres demasiado joven para renunciar a ser feliz.

—Lo sé, pero aún no estoy preparada para hablar de ello. Es todo demasiado reciente, y siento que estoy siendo infiel a Aiden solo con pensarlo.

—Mira, Aiden es mi hermano y te aseguro que a nadie le duele más que a mí su pérdida, pero estoy cansado de lamentarme por ello. Se ha ido, pero estoy seguro de que él no querría que estuviésemos los dos sufriendo por ello. Tenemos que pasar página de una vez, Laureen.

—Tienes razón, pero...

—Hagamos un trato. A partir de ahora no volveremos a hablar de lo ocurrido. Si hablamos de Aiden será recordando cosas buenas, y no volverás a llorar por él.

—De acuerdo, lo intentaré.

—Un paso cada vez, cariño —susurra cogiéndole la mano—. Pero siempre hacia adelante. ¿Qué te has comprado? —pregunta cambiando de tema.

—Un bañador, que no tenía ninguno, y tres vestidos. También un par de sandalias, y algunos objetos de aseo para los dos, que seguro que no has caído en eso.

—Pues la verdad es que no —contesta riendo—. Solo he comprado camisetas y bermudas. ¡Ah! Y una camisa hawaiana de lo más divertida.

—Por favor, dime que bromeas.

—En absoluto. En cuanto nos subamos en el coche te la enseñaré.

—No vas a ir conmigo vestido con esa cosa, ¿me oyes?

—¿Por qué? Me queda muy bien...

—Hablo en serio...

—¡Pero si tienen sus bermudas a juego!

Adam rompe a reír al ver la cara de indignación de Laureen. Cuando vuelven al coche, la aprisiona contra la puerta y alarga la mano sobre su hombro para sacar la dichosa camisa de la bolsa.

—¿Ves? Es preciosa. No me digas que no te mueres de ganas de verme con ella puesta.

El aliento de Adam acaricia sus labios, y Laureen siente por una milésima de segundo el deseo de que la bese. ¿Pero en qué demonios está pensando? Aparta a Adam de su cuerpo empujándole suavemente, y recobra la compostura lo suficiente antes de subirse en el coche.

—¡Ey, vamos! ¡No te enfades! —pide Adam— Solo era una broma. Sabía que no te gustan estas camisetas y quise bromear un poco, lo siento.

Ella sonrío y asiente, aliviada de que su cuñado crea que su incomodidad es por la camiseta y no por su cercanía, y sacude la cabeza sintiéndose como una tonta. Seguro que la culpa la tiene la conversación que ha tenido con Beth, eso debe ser. Cuando vea de nuevo a su cuñada le va a cantar las cuarenta por meterle tonterías en la cabeza.

Capítulo 19

Tras cinco interminables horas de vuelo, Adam y Laureen llegan a Miami. Aunque está deseando tomarse unas merecidas vacaciones, ella odia volar, y con el añadido de su embarazo, ha tenido que hacer varios viajes al cuarto de baño. En el último, Adam se ha apiadado de ella y la ha acompañado, poniéndole paños de agua fría en la nuca y sujetándole el pelo para que no terminase manchada.

Un taxi les deja en la puerta del *Royal Beach Palace*, un magnífico hotel situado en primera línea de playa. Laureen no puede dejar de sonreír, y Adam la abraza por los hombros y la aprieta contra su cuerpo.

—¿Lista para unas vacaciones? —pregunta, emocionado también.

—Créeme, no puedo estar más preparada.

El hall es relativamente pequeño, con paredes de madera de cerezo y unos sofás color marfil acompañados de mesas de café. La recepcionista les recibe con una sonrisa.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarles? —pregunta sin quitar la vista de Adam.

—Buenas tardes, tenemos una reserva a nombre de McBride.

La mujer mira en el ordenador antes de asentir.

—Así es, Aiden y Laureen McBride. Una semana con todo incluido en la suite Luna de miel.

—¿Perdón? —Laureen casi se atraganta al escucharla.

—Son recién casados, ¿no es así?

—Pues la verdad es que no, ya hace un tiempo que nos casamos —contesta Adam.

—Vaya, pues la agencia de viajes reservó esta habitación.

—¿Y no tienen otra disponible? —pregunta Laureen agobiada.

—Me temo que no, señora, con la oferta de este mes están todas ocupadas.

—Cariño, ¿qué más da? —dice Adam intentando que la recepcionista no se dé cuenta del malestar de Laureen— A fin de cuentas no pudimos tener luna de miel, ¿no es así?

Laureen capta el tono de advertencia de su cuñado, y al darse cuenta de que casi mete la pata, sonríe y se abraza a su pecho.

—Tienes razón, mi amor.

—Entonces todo arreglado —añade la recepcionista visiblemente aliviada—. Su habitación est a en la tercera planta, un botones les acompañaría.

Coloca sobre el mostrador la llave de la habitación y un montón de papeles.

—Aqu ı tienen los horarios de las comidas. La piscina y el spa est an abiertos hasta las ocho de la tarde, y en su paquete se incluye una sesión de chocolaterapia y el uso del circuito de spa tantas veces como quieran.

—Gracias.

La habitación es inmensa, con una enorme cama de matrimonio en el centro en la que encuentran un ramo de rosas y una botella de champán. A su izquierda, una puerta lleva al cuarto de baño, dotado de una ducha con hidromasaje, y junto a esta puerta hay un enorme jacuzzi adornado con pétalos de rosa.

Junto a la puerta de entrada, hay un par de sofás y una mesa de café; frente a la cama, un escritorio con dos sillas y sobre él, una enorme televisión de pantalla plana. Predominan los colores tierra y blanco, dotando a la estancia de serenidad y calidez. Adam se deja caer sobre la cama con una sonrisa y cierra los ojos.

—Esto es una pasada, Laureen. Van a ser unas vacaciones increíbles.

—Me encanta el jacuzzi —contesta ella—. Y estoy deseando recibir esa sesión de spa.

—Mañana por la mañana iremos, si quieres. Ahora podemos darnos una ducha y bajamos a cenar, que el tiempo se nos echa encima.

—Muy bien.

—Ve t ı primero a ducharte, que tardas más que yo en arreglarte.

Laureen corre al cuarto de baño y coloca las cosas de aseo sobre el enorme mármol blanco que cruza la habitación. Tras desnudarse, se mete bajo el chorro de agua caliente y elimina con el jabón todo rastro de cansancio que pueda quedarle del viaje. Tras colocarse el albornoz y una toalla en la cabeza, sale a la habitación, donde encuentra a Adam con dos copas de champán en la mano.

—Creo que deberíamos brindar por estas vacaciones,  no crees?

—Estaría caliente, Adam.

—Este estaba en el minibar. La que estaba en la cama la he metido para mañana.

Laureen se acerca y coge la copa de entre sus dedos. Adam hace chocar suavemente el cristal, y da un sorbo sin apartar la mirada de su acompañante.

—Por nuestras vacaciones —susurra.

—Por nuestras vacaciones.

Una vez Adam se ha duchado, bajan al comedor a cenar. La comida está deliciosa, y hay gran variedad de platos para elegir. Tras la cena, hay una pequeña fiesta junto a la piscina, y Adam arrastra a su cuñada hasta allí.

—No me apetece, Adam... Estoy cansada —protesta ella.

—Vamos, no seas así. Tomémonos una copa nada más.

—Está bien, pero solo una.

Aunque ella no prueba el alcohol, una copa da paso a un chupito, y Adam tira de Laureen hasta la pista de baile. La rodea con sus brazos y la aprieta contra su cuerpo.

—¿Te diviertes? —pregunta.

—Mucho. Hacía muchísimo tiempo que no me divertía tanto.

—Estás preciosa esta noche, Laureen.

—Gracias, tú también estás muy guapo.

Se mecen al compás de la música, mirándose a los ojos sin hablar, y con un suspiro, Laureen apoya la cabeza contra el pecho de su cuñado y cierra los ojos. Escucha el sonido de su corazón y tiembla al pensar en pasar la noche con él, acostados en la misma cama. ¿Pero qué le pasa? Se aparta de él y se acerca a la barra a pedir otro refresco, que se bebe de un trago.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Adam a su espalda, sobresaltándola.

—Sí, es que estaba sedienta —miente ella.

Adam hace una señal al camarero para que llene de nuevo sus copas, y observa a Laureen un minuto, esperando ver algo que le desvele qué demonios acaba de pasar en la pista de baile. Laureen vacía su refresco de nuevo de un trago.

—¿Quieres que nos vayamos? —pregunta él.

—Creo que será lo mejor. No me encuentro bien.

—Vamos, te llevaré a la cama.

Adam la sostiene de la cintura y la mete en el ascensor. Laureen se apoya en su pecho y suspira.

—¿Estás mejor? —pregunta él.

—Sí, me he agobiado un poco con el gentío.

—Deberías habérmelo dicho, Laureen. Nos habríamos ido en seguida.

—Te estabas divirtiendo, no quería ser una aguafiestas.

Cuando por fin consiguen llegar a la habitación, Adam tropieza con los pies de Laureen y terminan tumbados en la cama. De pronto Laureen siente unas irrefrenables ganas de besarle, y casi sin darse cuenta está uniendo su boca a la de su cuñado. Adam intenta apartarse, pero ella le sujeta fuerte por la espalda y le impide moverse.

—¿Qué haces? —pregunta él.

—No lo sé. Solo sé que te necesito esta noche, Adam.

Adam traga saliva e intenta volver a levantarse, sin éxito.

—No sabes lo que dices.

—¿Es que no te gusta?

—¡Por Dios bendito, Laureen! ¿Quieres dejarlo ya? Estoy borracho y no sé cuánto tiempo seré capaz de comportarme como un caballero.

—No necesito un caballero, Adam. Me gustas más cuando eres un tipo duro.

Adam se aleja en dirección a la puerta con la intención de no volver hasta que se le pase la tontería, pero Laureen se interpone en su camino y se abraza a su cintura.

—Hazme el amor, Adam, por favor.

—No sabes lo que dices.

—Necesito volver a sentirme deseada. Necesito saber que no estoy muerta yo también.

Adam se vuelve y la aprisiona contra la pared, sujetando su cara entre las manos. No puede más, la tortura ha llegado demasiado lejos, y su fuerza de voluntad ha desaparecido por completo.

—Maldita seas, Laureen —susurra con los dientes apretados.

Sin más, une su boca a la de ella y la pasión se desata. Sus manos luchan desesperadas con su ropa, que termina esparcida por la habitación. No hay tiempo para los preliminares, Adam está a mil por hora y necesita enterrarse en ella lo antes posible. Baja su mano por su abdomen y la entierra entre sus rizos para comprobar que ella ya está húmeda y lista para él, y levantándola en peso, se entierra en ella de una sola vez.

Estar dentro de Laureen es el paraíso, el Nirvana. Adam tiene que cerrar los ojos para no dejarse llevar por la pasión, y comienza a moverse despacio dentro y fuera de ella, sintiendo cada centímetro de carne que entra en contacto con la de Laureen. Ella

enreda las piernas en su cintura, clava sus uñas en su espalda para echar la cabeza hacia atrás, y los gemidos de placer que escapan de su garganta son música celestial para él. Sus caderas aumentan el ritmo de sus embestidas, y cuando está a punto de llegar al orgasmo, siente el sexo de Lauren contraerse a su alrededor.

Adam cae de rodillas en la moqueta, aún dentro de ella, aún abrazado a su cuerpo. Hunde la cara en el hueco de su cuello, y permanece así lo que parecen horas, intentando recuperar el aliento, sin saber cómo va a mirarla a partir de ahora. Ella suspira y se apoya en su hombro también, su abrazo se afloja poco a poco, y cuando Adam levanta la cabeza descubre que está totalmente dormida. Con mucho cuidado la tumba sobre la cama y se acuesta junto a ella, cubre sus cuerpos con la sabana y se queda dormido también. Ya habrá tiempo de arrepentirse por la mañana.

Capítulo 20

El nuevo día trae el arrepentimiento a la mente de Laureen. Cuando abre los ojos, lo primero que ve es la cara de Adam, relajada por el sueño. Pero Aiden sigue muy presente en su mente, y lo que hicieron la noche anterior es un error garrafal que no debe volver a repetirse.

En ese momento Adam abre los ojos, y una sonrisa perezosa asoma en sus labios antes de incorporarse para besarla, pero ella se da la vuelta avergonzada.

—¿Qué ocurre? —pregunta Adam.

—Voy a darme una ducha.

—Laureen, ¿qué te pasa?

—Nada, solo... necesito una ducha.

Cuando sale del cuarto de baño, Adam está sin camiseta, terminando de abrocharse los pantalones. La mira de reojo, pero sigue con su tarea. Laureen pasa por su lado hasta el armario y coge un vestido antes de volverse hacia el baño, pero Adam la intercepta.

—Te arrepientes de lo de anoche, ¿verdad? —pregunta.

—No debería haber pasado.

—Fuiste tú quien insistió, Laureen.

—Lo sé, pero fue por el alcohol.

—¿Qué alcohol? No bebiste nada en toda la noche.

—El champán debió sentarme mal.

—¡Vaya! Con que esas tenemos...

—Adam...

—¡No, está bien! Fue un error que no volverá a ocurrir.

—Yo no he dicho que haya sido un error, pero...

—Pero lo piensas. Puedo ver la culpabilidad en tu cara, Laureen.

—Aún es pronto. Eso es todo.

—Muy bien. Olvidemos que ha pasado, ¿de acuerdo? Hoy necesito estar solo. Nos vemos esta noche.

Sin más, Adam coge una camiseta del armario y sale dando un portazo, y Laureen se deja caer en la cama con un suspiro. Marca el número de Beth en su móvil, pero su amiga no coge el dichoso teléfono, así que se viste y se dispone a dar una vuelta por la zona. Un poco de turismo le sentará bien.

Pasa todo el día en el museo del descubrimiento y la ciencia, disfrutando como una niña de las exposiciones interactivas, comiendo en su restaurante, y por la tarde ve un documental sobre el Amazonas que exponen allí. Llega al hotel a las cinco de la tarde, se da una ducha y en vistas de que Adam no aparece, baja sola a cenar. Se siente culpable, no ha sabido manejar la situación esa mañana y por su culpa Adam se ha enfadado. Apenas prueba bocado, marea la comida en su plato y tiene ganas de llorar.

—¿Por qué no comes? Tienes que alimentarte bien por el bebé.

La voz de Adam le hace levantar la cabeza sorprendida, y las lágrimas comienzan a caer por sus mejillas sin control.

—Cálmate, Laureen, por favor —dice él abrazándola.

—Lo siento mucho, Adam. No quería hacerte daño con lo que dije esta mañana.

—Yo también lo siento. —Suspira—. Debí intentar comprenderte, y en vez de eso me regodeé en mi orgullo herido.

—Lo que ocurrió anoche fue increíble, de verdad que sí, pero no puedo evitar sentirme culpable.

—¿Culpable por qué? Ahora estás soltera, y...

—No es por mí, sino por ti. Te he arrebatado tu vida por conservar el rancho, y no tengo derecho a quitarte nada más. Cuando vuelvas con Anna tendrás que contárselo, y...

—Laureen, no pienses en eso ahora. Ni siquiera sé si Anna volverá conmigo después de haberla engañado. Aún así, entiendo que no quieras que se repita, y respetaré tu decisión.

El resto de las vacaciones es bastante tranquilo. Algunos días se dedican a relajarse en el spa, otros a hacer turismo por la zona. El último día Laureen está demasiado callada, y Adam intenta hacerla disfrutar llevándola al *Mundo de las Mariposas*, un jardín botánico situado en un mariposario con alrededor de tres mil

mariposas vivas, pero ni siquiera eso consigue sacarla de su ensimismamiento. Tras la visita, deciden ir a tomar un helado.

—¿Qué te ocurre? —pregunta Adam por fin.

—Volvemos a la normalidad.

—Este viaje no puede durar siempre.

—Lo sé, pero...

—Laureen, sé que te preocupa que nuestro plan no funcione, pero confía en mí, todo saldrá bien.

—Es mi plan, y si sale mal te arrastraré a la cárcel conmigo.

—Créeme, sopesé todos los riesgos cuando acepté entrar en esto. No es culpa tuya. Además, no va a salir mal, así que tranquilízate. Disfrutemos de este último día, ¿de acuerdo?

Ella asiente, y parece que el resto de la tarde consigue divertirse. Por la noche, tras la cena, vuelven a la habitación a preparar las maletas, y se van pronto a dormir. Laureen lleva cerca de una hora mirando al techo, sin poder pegar ojo, moviéndose cada dos minutos y suspirando cada tres.

—¿No puedes dormir? —pregunta Adam somnoliento.

—No sé lo que me pasa, no consigo conciliar el sueño.

—Ven aquí.

Adam la atrae hacia sus brazos y la envuelve entre ellos. Laureen apoya la cabeza en su pecho, y escucha el suave latir de su corazón. Un corazón luchador, fuerte, que ha conseguido salvarle de las garras de la muerte. Tiene suerte de tenerle, tiene suerte de que ese maldito accidente no le arrancase de las manos a dos de las personas más importantes de su vida... porque Adam había terminado convirtiéndose en un hermano para ella. Ahora las cosas están cambiando, y eso le da vértigo. Sus sentimientos hacia él no son los de una hermana, y está confundida y aterrada.

—Deja de pensar y duérmete —susurra Adam con una sonrisa.

—No estoy pensando.

—Laureen, puedo escuchar los engranajes de tu cerebro desde aquí.

—Está bien, sí pensaba, pero no en lo que crees.

—Yo no creo nada, pero necesitas descansar. ¿Quieres que pida una tila al servicio de habitaciones?

—No, estoy bien.

La mano de Adam comienza a pasearse por su espalda en suaves círculos, rozando apenas su piel por encima del camisón. El movimiento termina por aletargarla, y al fin consigue quedarse dormida.

Al día siguiente, Sebastien les espera en el aeropuerto con una sonrisa. En cuanto ve a su hermano, Laureen corre hacia él para abrazarle, y Adam se acerca cargado con el equipaje.

—¿Qué tal lo habéis pasado? —pregunta Seb.

—Muy bien —contesta Adam dándole un abrazo—. Sol, playa, un spa... ¿Qué más se puede pedir?

Sebastien nota que algo ha cambiado entre su hermana y su mejor amigo, pero no dice nada. Como habían planeado, levanta el brazo de Adam y admira el tatuaje como si fuera la primera vez que lo ve.

—Joder, tío, es idéntico al de Adam.

—Necesitaba hacer algo, y el tatuaje significaba mucho para él.

—Lo mejor fue verle sufrir —bromea Laureen—. Estuvo a punto de marearse dos veces.

—Tu madre ha hecho la cena en su casa, Aiden. Ya sabes cómo es.

—Sabe que vengo muerta y que no tengo ganas de cocinar —protesta Laureen con una sonrisa—. Es la mejor suegra del mundo.

Cenan con Mandy, Carl y Sebastien, y vuelven al rancho temprano. Laureen se da una ducha y se va a dormir en cuanto llegan, pero Adam y Sebastien se sientan en el porche a beberse una cerveza.

—¿Hay algo que deba saber? —pregunta Seb de repente.

—¿A qué te refieres?

—Os noto diferentes, como si algo hubiera cambiado entre vosotros.

—No ha pasado nada —miente Adam—. Tuvimos una pequeña discusión, pero todo está arreglado.

—¿Por qué discutisteis?

—Por una tontería. Yo había bebido y tenía ganas de quedarme en la fiesta del hotel, y tu hermana quería irse a dormir. Nos fuimos a dormir enfadados, pero por la mañana me disculpé.

—No me lo creo —responde Sebastien tras mirarle unos minutos—. Ha pasado algo, pero no sé qué.

—¿A qué viene esto ahora, Seb?

—Te sigue gustando mi hermana, ¿no es cierto?

—No importa lo que yo sienta.

—¿Cómo que no importa? Aiden ya no está, Adam. ¿Crees que a él no le gustaría veros juntos? No hay mejor hombre para cuidar de ella que tú.

—Ella quiere a Aiden, no a mí. Fin de la discusión.

—¡Pues conquistala! Haz que se enamore de ti.

—No lo entiendes, Seb.

—Pues explícamelo.

—Si Laureen cree sentir algo por mí alguna vez, será porque me parezco a mi hermano. Cuando ella llegó a este rancho lo hizo por él, no por mí. Se casó con él, y está embarazada de él.

—Cuando mi hermana te conoció eras el hermano del hombre con el que iba a casarse. No se fijó en ti por eso, pero ahora es libre de hacerlo. Eres un gran tipo, Adam, y sé que cuidarás muy bien de ella.

—Lo haré, por supuesto, pero como su cuñado, que es lo que soy. Además, quiero a Anna, y en cuanto todo esto termine volveré con ella.

—Sigue mintiéndote a ti mismo, Adam. Pero a mí no me engañas.

Sebastien se va a dormir, y Adam permanece sentado en la hamaca mirando al cielo estrellado. Seb tiene toda la razón, se está engañando al decir que quiere a Anna. Hace semanas que los sentimientos que estaban empezando a florecer quedaron reducidos a cenizas. ¿Cómo se encontrará ella después de lo ocurrido? Ni siquiera se ha parado a pensar en ello. No preguntó por ella ni una sola vez mientras estuvo en el hospital, y ahora ni siquiera se le pasa por la mente.

A la mañana siguiente, se acerca a la biblioteca y la ve sentada en su mostrador, catalogando una partida de libros que debe haberle llegado hace poco. Tiene muy mala cara, debe estar pasándolo realmente mal tras su supuesta muerte, y él no se ha preocupado ni un momento por ella. Allí, observándola, decide que lo mejor para ella es que no sepa aún la verdad. Ahora sabe que nunca podrá quererla como quiere a Laureen, y ella merece mucho más de lo que él puede ofrecerle.

Cuando Anna se aleja a colocar unos libros en su lugar, Adam se acerca a ella con paso decidido, y cuando ella le ve, abre los ojos como platos y deja caer los libros que tiene en las manos.

—¡Dios! No sé si podré acostumbrarme alguna vez a esto —susurra recogiendo los libros.

—Hola Anna. Siento haberte asustado.

—No me has asustado, pero verte aún me trastorna. ¿Cómo te encuentras?

—Todo lo bien que puedo estar dadas las circunstancias. ¿Y tú?

—La verdad es que he estado mejor. Es muy duro hacerme a la idea de que ya no está, pero tengo que ser fuerte.

—Mi hermano te quería mucho. Lo sabes, ¿no es cierto?

—Sí, lo sé.

—Quiero que sepas que eres parte de la familia, y que siempre serás bienvenida en el rancho.

—Te lo agradezco, Aiden, pero cuando te miro es a él a quien veo, y más ahora que te has hecho ese dichoso tatuaje. El dolor se hace insoportable.

—Lo entiendo.

Adam se acerca a ella y la abraza con fuerza.

—Siento que todo haya terminado así, ratita —susurra en su oído antes de marcharse.

—Adam...

Adam camina despacio hacia el parque. Necesita estar solo y pensar en lo que acaba de pasar. Se siente liberado porque ha hecho lo correcto. No puede engañar a la única mujer que le ha amado realmente, ella se merece a un hombre que la quiera, no a un imbécil que siga enamorado de su cuñada.

Pasa el resto del día ocupado con los caballos. Cuando llega por la noche a casa, encuentra a Laureen dormida en el sillón. El no haber dormido bien la noche anterior le ha pasado factura, así que la coge en brazos para subirla a la cama.

—Aiden... —susurra ella abriendo los ojos adormilada.

Adam la tumba en la cama y, tras cubrirla con las mantas, se da la vuelta para salir de la habitación.

—¿Adam? —Él se para sin volverse.

—Dime, Laureen.

—¿Puedes... puedes dormir esta noche conmigo? Ahora que me he despertado no podré conciliar el sueño de nuevo.

—No creo que sea buena idea, Laureen.

—Solo dormir, Adam. En Florida conseguí dormirme cuando me abrazaste.

—Está bien. Dormiré contigo, pero solo esta noche.

—Gracias.

—De nada. Y ahora duérmete. Y no me llames Adam.

—Antes lo hice bien.

—¿Antes?

—Cuando me trajiste a la cama —contesta bostezando—. Te llamé Aiden, aunque sabía que eras tú.

—Dios Laureen, ¿cómo lo haces?

Pero Laureen ya está dormida. Laureen cada día es capaz de sorprenderle más. Incluso dormida es capaz de llevar el plan adelante... Con suerte, pronto serán dueños de ese rancho, y podrá recuperar su identidad. Pero es un arma de doble filo, porque perderá la cercanía de la mujer a la que ama.

Capítulo 21

Los meses pasan en el rancho McBride, y todo ha vuelto poco a poco a la normalidad. No se ha repetido el episodio de Florida, y Laureen se ha cuidado mucho de guardar las distancias con Adam para no volver a caer en sus brazos. Aunque el sexo con Aiden fue maravilloso, no tenía nada que ver con lo que sintió estando con Adam. Mientras su hermano era más romántico, tierno, sensible, Adam es puro fuego, y la lujuria hizo que su cuerpo vibrara cuando le tuvo dentro de ella. Ahora no puede quitarse esa sensación de la cabeza, pero aunque él le ha dicho que es posible que no vuelva con Anna, ella necesita poner distancia entre ellos para darle la oportunidad de decidir por sí mismo.

Laureen acaricia su prominente barriga y sonríe. Está ya de cinco meses, y su bebé está muy activo últimamente. A Adam le encanta mirarla cuando cree que ella no se da cuenta, y cuando están en público, aprovecha cualquier oportunidad para acariciar a su pequeño sobrino. La noche anterior el pequeño estaba especialmente revoltoso, y Laureen le cogió la mano inconscientemente para que sintiera las patadas. Fue un momento muy íntimo, y terminaron llorando sabiendo que una parte de Aiden sigue con ellos después de todo.

Se acerca la Navidad, y hay demasiada nieve para salir a trabajar, así que Adam permanece todo el día en casa, leyendo un libro junto a la chimenea. Pero Laureen quiere adornar la casa, necesita verla llena de alegría y sabe que a Eddie y al nuevo bebé de Beth les encantará encontrar un enorme árbol de Navidad cuando vengan todos a cenar en Nochebuena, así que sube al desván y baja con la caja de los adornos navideños. Adam levanta la vista del libro al verla aparecer con una caja tan grande, y arquea una ceja.

—¿Se puede saber qué haces? Vas a hacerte daño.

—¿Tú qué crees? Se acerca la Navidad y aún no hemos puesto los adornos. ¿Por qué no me ayudas?

—Es demasiado pronto para fiestas, Laureen. No hace ni un año que Aiden murió.

—Eddie y el pequeño Clay vendrán a casa. Además, ya es hora de que pasemos página y lo superemos.

—No estoy para fiestas.

—¿Acaso crees que no me importa que él ya no este? ¡Yo le amaba! ¡Era el padre de mi hijo, que no va a conocerle por culpa de un desgraciado!

—¡Era mi hermano gemelo! ¿Sabes cómo me siento? ¡Es como si me faltase un trozo del alma!

—Sé que aún te duele, Adam. Sé que es muy difícil superarlo, pero debemos seguir adelante.

—¡Lo he perdido todo! Mi identidad, mi vida, la mujer a la que iba a pedirle matrimonio y a mi hermano. ¿Cómo se sigue adelante después de eso, eh?

—Dejándonos ayudarte. Apoyándote en nosotros, en tu familia. Paso a paso.

—¡Maldita seas, Laureen!

Adam la aprieta entre sus brazos y se apodera de su boca, dejando escapar todo el dolor y la amargura que le devoran por dentro. La cercanía de las fiestas ha avivado el dolor de la pérdida, y solo ella es capaz de apaciguar su corazón destrozado.

Cuando Laureen enreda los brazos en su cuello y le devuelve el beso, suaviza su abrazo, y la pasión desbocada les envuelve como la vez anterior. Sus manos luchan con la ropa por el ansia de tocarse, y terminan desnudos sobre la alfombra del salón. El deseo es voraz, pero los amantes se acarician con suavidad, con ternura. Adam levanta la cabeza para mirarla justo antes de enterrarse en ella. Ya no hay marcha atrás, quizás terminará en el Infierno por acostarse con la mujer de su hermano, pero ya nada le importa, solo estar con ella.

Vuelve a besarla, y su miembro la llena por completo a la vez que su lengua se adentra en su boca. La vorágine de placer es incontrolable, sus embestidas se suceden sin control. Las manos de Laureen recorren su piel con desesperación, sus gemidos de placer llenan la habitación silenciosa, y sus cuerpos perlados de sudor resbalan con cada movimiento de sus caderas.

La culminación está cada vez más cerca. Las manos de Laureen aprisionan sus glúteos para instarle a penetrarla más profundamente, sus piernas se enredan en las suyas, su cuerpo se tensa un segundo antes de convulsionarse entre espasmos de placer. Adam jamás tendrá una visión más satisfactoria que la de ver a Laureen llegando al orgasmo junto a él.

Mucho tiempo después, Adam permanece mirando al techo. No se atreve a mirar a Laureen, ha cometido un error y ahora no sabe cómo pedirle perdón. Laureen ha

respondido, pero le pidió que no volviera a repetirse y él no ha respetado su decisión. Es un desgraciado. Ha desahogado su frustración y su pena acostándose con ella, y ahora su relación va a irse al traste. La mira de reojo para descubrir que ella ya está dormida, así que la coge en brazos con cuidado y la sube a su dormitorio. Necesita escapar, necesita respirar aire puro, así que se monta en la camioneta y se dirige al pueblo. Quizás emborracharse hasta perder el sentido le haga sentir mejor.

Laureen se despierta y descubre que está en la cama, pero no hay ni rastro de Adam por ninguna parte. ¿Dónde está? Han hecho el amor de nuevo, y le habría gustado encontrarle junto a ella al despertar. Es cierto que le dijo que no quería que se volviese a repetir, pero no puede engañarse, hacer el amor con él la hace sentirse viva, y necesita hablar con él sobre lo que les está ocurriendo a los dos.

Pero las horas pasan y Adam no vuelve a casa. A las cuatro de la mañana Laureen está a punto de perder los nervios, por el miedo de que sea Clay quien llegue a casa de nuevo para decirle que Adam ha muerto. No puede dormir, y no deja de dar vueltas en la habitación esperando noticias de su cuñado. Al alba, por fin escucha abrirse la puerta de la calle, pero al ir a levantarse de la cama, se da cuenta de que Adam ha vuelto borracho, y que se encierra en su habitación dando un portazo. No es el mejor momento para hablar, mucho menos para hacerlo de algo tan importante. Ya más tranquila, se mete bajo las mantas y se queda profundamente dormida.

Se despierta cerca del mediodía. Después de darse una ducha, baja a la cocina para preparar algo para comer, pero se encuentra con que Adam ya se está ocupando de ello. Al verla, se vuelve sonriendo, como si lo de la noche anterior jamás hubiera pasado.

—Buenos días, preciosa. La comida casi está.

—Buenos días. ¿Por qué no me has despertado?

—El bebé no te está dejando dormir bien, y necesitas descansar. Además, con toda esa nieve tengo poco trabajo que hacer, y cocinar me entretiene.

Adam se acerca a ella y la besa en la frente.

—Siéntate en la mesa que vamos a comer.

Laureen obedece asombrada por su comportamiento, pero prefiere dejar la charla para más tarde, así que comen en relativo silencio. Después de comer, Adam se sienta frente a la chimenea a leer, y ella se sienta junto a él para afrontar la conversación de una vez por todas.

—Adam... quería hablar contigo sobre lo que pasó ayer.

Adam deja el libro sobre la mesa y se incorpora para apoyar los codos en sus rodillas.

—Debería disculparme por lo que pasó... —comienza él— pero no puedo hacerlo. Lo que ha pasado entre nosotros ha sido inolvidable, y no me arrepiento de haberlo hecho. Sin embargo, si quieres que no se vuelva a repetir, respetaré tu decisión.

—Estoy hecha un lío, Adam. Por una parte siento que es un error, pero por otra me encanta hacer el amor contigo. Aún quiero a Aiden, pero él ya no está y...

—¿Por qué no dejamos que las cosas vayan fluyendo? Sin forzar nada, poco a poco. ¿Te sentirías más cómoda así?

—Creo que sí.

—Me gustas, Laureen, no voy a negarlo, y me gustaría seguir acostándome contigo siempre que ambos estemos de acuerdo.

Laureen asiente y se marcha de la habitación, visiblemente más tranquila. Esa noche, Adam se presenta en casa de Sebastien con una caja de cervezas y un par de pizzas dispuesto a ver el partido de los Bulls, tal y como acordaron.

—¿Qué tal todo por el rancho? —pregunta Seb sin apartar la vista del partido.

—Con la nieve la cosa está bastante tranquila, así que paso mucho tiempo en casa.

—¿Cómo está mi hermana?

—Bien. El niño está dando bastante guerra últimamente y descansa mal, pero todo va bien.

Sebastien se percata de que su amigo se ha puesto tenso en cuanto ha nombrado a su hermana, y decide tirar un poco del hilo.

—¿Ha ocurrido algo entre vosotros?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Te has puesto tenso cuando he preguntado por ella. Y eso no es normal, Adam.

—No creo que sea correcto hablar contigo sobre ello.

—Eso quiere decir que sí ha pasado algo. Quizás no sea correcto que hables conmigo de ello como hermano de Laureen, pero sí como tu mejor amigo.

—Ni lo sueñes... que conociéndote eres capaz de matarme después.

—¡Vamos, Adam! No voy a hacerte nada, lo prometo.

—Ayer Laureen y yo discutimos... y acabamos haciendo el amor.

—Así que es eso...

—No ha sido la primera vez. En Florida también me acosté con ella.

—¿Y ahora qué vais a hacer?

—He hablado con ella esta tarde e iremos paso a paso, viendo a lo que llega todo esto.

—Sigues enamorado de ella, ¿no es cierto?

—No lo sé, ¿vale? Es complicado.

—¡Vamos Adam! ¡Que estás hablando conmigo!

—¡Joder Seb! ¡Sí, lo estoy! Pero no puedo llegar y decirle a tu hermana que estoy enamorado de ella y que acostarme con ella ha sido la experiencia más maravillosa que he tenido en la vida, ¿de acuerdo?

—¿Y por qué demonios no?

—Es la mujer de mi hermano.

—Tu hermano está muerto. Mi hermana ya es libre. Y tú no puedes martirizarte pensando en que tu hermano no te lo perdonaría.

—Pero...

—¿Sabes qué creo yo? Que Aiden estará muy feliz de ver que Laureen y tú os enamoráis, porque te conoce bien y sabe que cuidarás de ella. Piensa en ti, Adam. No pienses en alguien que por desgracia ya no está con nosotros.

—Déjame hacer esto a mi manera, Seb.

—Allá tú, pero luego no vengas llorando cuando la pierdas.

—Quería pedirte un favor —dice Adam cambiando deliberadamente de tema.

—Lo que sea, ya lo sabes.

—¿Podrías estar pendiente de Anna? Estoy un poco preocupado por ella.

—Claro, cuenta con ello.

—Gracias, Seb. De verdad.

—Si quieres darme las gracias hazlo dejando atrás el pasado y mirando hacia un futuro con la mujer a la que amas, tío.

—Lo pensaré, ¿de acuerdo?

A la mañana siguiente, Sebastien se acerca a la biblioteca, tal y como le prometió a su amigo la noche anterior. Cuando conoció a Anna le pareció una muchacha muy dulce, y no le importa pasar tiempo con ella si así consigue que supere la pérdida de

Adam. La encuentra colocando unos libros en la estantería, y se acerca distraídamente para hacerse el encontradizo.

—¡Vaya, Anna! Hace mucho que no nos vemos.

Ella le mira sin comprender, y Sebastien no puede evitar sonreír. A fin de cuentas solo se han visto una vez, y es normal que ella no le recuerde.

—Soy Sebastien McLean, el hermano de Laureen. Nos conocimos el año pasado, en la cena de Nochebuena.

—¡Ah, es cierto! Perdona, pero con todo lo que ha pasado no te he recordado.

—No te preocupes. ¿Cómo estás?

—Bueno, todo lo bien que cabe esperar. Hay días en los que me siento muy sola y perdida, y le echo muchísimo de menos. Yo le quería, ¿Sabes? Y sé que habríamos sido muy felices juntos.

—Lo siento mucho. Te entiendo muy bien, Adam era mi mejor amigo y yo también le echo de menos. Si hay algo que pueda hacer por ti...

—Gracias, de verdad.

—¿Qué te parece si te invito a un café? Conozco una cafetería aquí cerca que ponen los mejores dulces de la ciudad.

—Ahora no puedo escaparme, pero si no te importa esperar, salgo a las cinco de trabajar.

—Perfecto, entonces nos veremos aquí mismo.

A las cinco en punto, Sebastien se encuentra apoyado en un coche frente a la biblioteca. Anna sonríe al verle, y Seb le ofrece el brazo para llevarla a una cafetería muy tranquila que conoció al poco tiempo de mudarse a la ciudad.

—¿Qué tal ha ido el día? —pregunta él cuando el camarero se aleja con su pedido.

—Tranquilo. Últimamente no tengo mucho trabajo, y la verdad es que lo agradezco. ¿A qué te dedicas tú? Adam no me habló demasiado de ti, lo siento.

—Es normal, yo vivía en San Francisco. Soy médico de familia en el centro de salud. Antes era médico de urgencias, pero me mudé aquí después del accidente.

—¿Por tu hermana?

—Sí. Tenía miedo de que perdiera al bebé al ver a su marido al borde de la muerte, y quería estar cerca para atenderla yo mismo.

—No sabía que estaba embarazada.

—Ya está de seis meses.

—La pobre tuvo que pasarlo fatal. ¿Y no ha sido duro dejarlo todo para mudarte a Tyler?

—La verdad es que no. Mi trabajo en San Francisco no me dejaba demasiado tiempo para relaciones, así que no dejé nada atrás que pudiese lamentar. Además, mi nuevo trabajo me deja bastante tiempo libre, y estoy disfrutando mucho conociendo la ciudad.

La tarde pasa en un suspiro. Sebastien está impresionado por la actitud de Anna. Es una mujer increíble, y está seguro de que pronto encontrará a alguien que llene el hueco que Adam ha dejado en su corazón.

Capítulo 22

Semanas más tarde, Laureen se despierta una mañana con un leve malestar en la tripa. No le da importancia, así que se levanta de la cama y baja a desayunar. Hace sus tareas como todos los días, pero el malestar no desaparece, así que se tumba en el sofá para intentar relajarse, y se queda profundamente dormida. Por la tarde, Adam llega de Tyler con un montón de revistas para bebés, y se sienta junto a ella para leerlas juntos.

—Aún es pronto para esto, ¿sabes? —ríe Laureen.

—Somos padres primerizos, debemos estar preparados.

De repente, un dolor agudo hace a Laureen doblarse en dos.

—¿Nena? ¿Qué pasa? ¿Qué tienes?

—El bebé, Adam... El bebé...

Adam la coge en brazos y la mete en la furgoneta para llevarla al hospital. Está aterrado, y reza porque Laureen y el bebé estén bien. No aparta la vista de ella, y ve con terror que tiene los pantalones manchados de sangre.

—Ya casi estamos, nena. Aguanta un poco más.

Cuando llegan al hospital, un par de enfermeros se llevan a Laureen en una camilla, y Adam permanece esperando sin dejar de pasearse por la habitación. Diez minutos después, llega Sebastien, que tras apretarle el hombro a su amigo como muestra de apoyo, entra en el quirófano para saber qué ocurre con su hermana. Pero los médicos no pueden hacer nada para salvar al bebé. Su pequeño corazón lleva días parado, y el dolor y la hemorragia han sido la respuesta del cuerpo de Laureen para expulsar el pequeño cuerpo sin vida.

Adam está destrozado por la pérdida. El bebé no solo era una parte de Aiden, sino también parte de ellos dos. De alguna forma les unía, y ahora ninguno de los dos sabe cómo seguir adelante.

Cuando Laureen despierta de la anestesia, le encuentra sentado junto a su cama. Su cara se lo dice todo, y dos lágrimas corren por sus mejillas.

—Cariño, lo siento —susurra Adam limpiándose las—. Lo siento muchísimo.

—¿Qué ha dicho el doctor?

—Su corazón se paró hace unos días. No podíamos haberlo sabido.

—Es culpa mía, debí cuidarme más, debí...

—¡Eh, eh! No es culpa de nadie, Laureen. El bebé tenía una malformación en el corazón, tú no tienes nada que ver.

—Me siento tan vacía, Adam... He perdido lo único que nos quedaba de él.

—Cariño, ya sé que es muy duro, pero no quiero que te hundas. Podrás tener más hijos.

—¿En serio, Adam? Hasta que todo esto termine no puedo pensar en volver a enamorarme y formar una familia. Y para entonces quizás sea demasiado tarde.

—Quizás la solución está más cerca de tu alcance de lo que te imaginas, Laureen.

—¿Por qué dices eso?

—No pienses en eso ahora, solo quiero que pienses en recuperarte, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Gracias por estar aquí conmigo, porque sé lo difícil que esto es también para ti. Sé que querías a este bebé como si fueses su verdadero padre.

—Lo superaremos juntos, ya lo verás. Ahora descansa. Voy a casa a cambiarme y vuelvo, ¿de acuerdo? Mi madre se quedará contigo mientras tanto.

Laureen se queda mirándole mientras sale de la habitación. A pesar de su exterior rudo, Adam es tierno y divertido. Siempre está bromeando, y aunque estén solos, está pendiente de ella como si de verdad fuese su marido. Ha renunciado a toda su vida por ella, y aún así es capaz de cuidarla y de estar pendiente de todas sus necesidades. Ahora se siente vacía y perdida, pero sabe que con él a su lado todo será mucho más fácil.

Adam y ella intentan rehacer su vida sin el bebé, apoyándose el uno en el otro. Él insiste en ir juntos al sicólogo para poder hacerlo, porque tiene miedo de que Laureen entre en una terrible depresión por lo ocurrido. Ya ha sufrido bastantes golpes para toda una vida, y no le extrañaría que tocara fondo debido a esto. Sin embargo, ella le sorprende una vez más. No solo accede a acompañarle, sino que saca una vez más fuerza para seguir adelante.

Sebastien empieza a quedar periódicamente con Anna. Ha descubierto que es una mujer increíble, y le gusta mucho estar con ella. Esa tarde han quedado para ir al cine y después a cenar. Últimamente siente debilidad por hacerla feliz, y sabe que a ella le hace mucha ilusión ver la película que estrenan hoy en el cine. La velada pasa en un suspiro, y Sebastien se da cuenta de que Anna le gusta mucho más de lo que imaginaba.

Cuando la acompaña a casa, ya de madrugada, ella se pone de puntillas y le besa en la mejilla, haciéndole jadear.

—Gracias por estar siempre ayudándome, Seb. Has conseguido hacerme ver que la vida sigue y que es demasiado bonita como para perdérsela. Ojalá encuentres a una mujer que te haga feliz, porque te lo mereces.

Sebastien se queda mirándola a los ojos, y aunque tiene que hablar con su amigo sobre lo que está ocurriendo entre ellos, se decide a lanzarse.

—La verdad es que creo que ya la he encontrado —susurra sin apartar los ojos de ella.

—¿Ah, sí?

—Bueno... —Se acerca hasta que sus labios casi se rozan—. Es una preciosidad. Pero realmente no es eso lo que más me gusta de ella.

—¿Y qué es?

El pulso de Anna late desbocado. Su aliento se mezcla con el de Sebastien, y está deseando que la bese de una vez por todas.

—Me gusta porque es fuerte, y valiente. Me gusta porque me hace reír, porque me hace ser capaz de mover montañas por hacerla feliz.

Seb aparta un mechón de pelo de su frente.

—Me gusta porque me llena de ternura con solo mirarla. Por su determinación, pero sobre todo por el coraje que demuestra ante las adversidades.

Sebastien se apodera de sus labios y la atrae hacia su cuerpo. Lleva muchos días deseando hacerlo, y de buena gana le haría el amor en ese mismo instante, pero aún le quedan muchas cosas que arreglar antes de poder dar ese paso. Se aparta de ella con esfuerzo, y apoya la cabeza en su frente antes de besarla una vez más.

—Debo irme. Nos vemos mañana.

—¿Por qué no subes a casa?

—Tengo algo muy importante que hacer mañana a primera hora, Anna, y necesito dormir algo. Pero te prometo que mañana subiré.

—Está bien.

—Te recojo a la hora de comer, ¿de acuerdo?

Ella le sonrío.

—Muy bien. Hasta mañana entonces.

—Adiós, preciosa.

Sebastien se sube a su coche y conduce en dirección a su casa, pero no puede esperar hasta mañana para hablar con Adam. Sabe que él y su hermana se acuestan algo tarde, así que pone rumbo al rancho para dejar el asunto resuelto de una vez por todas.

Adam le abre la puerta soñoliento y despeinado.

—¿Seb? ¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado algo?

—No, todo va bien, no te preocupes. Necesito hablar contigo.

—¿Y no podías esperarte a mañana por la mañana? Joder, acababa de coger el sueño.

—No, no puedo esperar. Es muy importante.

Adam se queda mirando fijamente a su amigo, y se aparta de la puerta al ver su cara de preocupación.

—Pasa al despacho. Tu hermana está dormida.

—¿Y cómo sabes que lo está?

—Porque no ha bajado las escaleras a pesar del escándalo que estás formando.

—¿Qué sientes por Anna, Adam? —suelta a bocajarro.

—¿A qué demonios viene eso ahora?

—Respóndeme.

—Joder, no me he parado a pensar demasiado en eso, Seb. Le tengo mucho cariño, ha sido mi novia y estuve pensando en casarme con ella, y es inevitable que la aprecie.

—¿No la quieres?

—¡No! Sebastien, ya sabes que estoy enamorado de Laureen. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Que ella me gusta, y si no tienes inconveniente voy a salir con ella.

—¿Y para eso me despiertas a las tres de la madrugada? ¡Ve a por ella! ¿Acaso creías que yo me iba a oponer? ¡Dios, Seb, si es lo mejor que podía pasaros a los dos! Ella es una mujer maravillosa, y no hay nadie mejor que tú para hacerla feliz.

—Joder, Adam. He estado pasando por un infierno creyendo que me estaba enamorando de tu mujer.

—Mi mujer duerme en la habitación de arriba, Seb, ya lo sabes. Ve a por Anna, sé feliz con ella, los dos os lo merecéis.

—¿Cómo van las cosas con mi hermana?

—Despacio, como acordamos. Estamos superando lo del niño, que no está siendo nada fácil para ninguno de los dos. Es lo principal ahora mismo.

—Bueno, me voy a casa —dice levantándose.

—No digas tonterías, si te vas ahora no vas a dormir nada. Duerme arriba, tu habitación sigue ahí.

—Muy bien, me quedaré.

Adam sube antes que él, y encuentra a Laureen parada en el quicio de la puerta de su habitación, visiblemente preocupada.

—¿Qué haces ahí? —pregunta él— Vuelve a la cama.

—¿Qué le pasa a mi hermano?

—Necesitaba un consejo de amigo.

—¿A estas horas? No me mientas, Adam. ¿Qué pasa?

—Se ha enamorado de una chica, eso es todo.

—¿De una chica? ¿De quién?

—No la conocemos —miente—. Ya nos la presentará cuando crea oportuno. Ve a dormir.

—Ahora no podré conciliar el sueño.

—¿Quieres que duerma contigo?

—¿No te importa?

—Claro que no. Vamos, vuela hacia la cama.

Adam se cuela entre las sábanas y abraza a Laureen contra su cuerpo. Ella suspira y apoya la cabeza en su hombro antes de quedarse profundamente dormida. Él no puede evitar sonreír... la que no iba a poder conciliar el sueño... Entierra la nariz en su pelo y aspira su dulce aroma a frutas, y su cuerpo se relaja de inmediato. Ojalá pudiese dormir todas las noches con ella... seguro que ambos dormirían mejor.

A la mañana siguiente, mientras Laureen y él desayuna a toda prisa, porque el despertador se ha puesto en huelga y no ha sonado, llaman a la puerta. Laureen se encuentra tras el umbral a una mujer mayor con un par de maletas.

—¿Puedo ayudarla? —pregunta intrigada.

—¿Está Aiden?

—Sí, sí está. ¿Puedo saber quién le busca?

—Soy Eleanor Kingston, la madre de Helena. Vengo para quedarme una temporada.

—¿Perdón? —Laureen se ha quedado muda del asombro.

—Mi marido cree que todo esto es una farsa, que Aiden fue quien falleció en el accidente, y que Adam se está haciendo pasar por él para quedarse con el rancho que legalmente le pertenece.

—¿Pero quién demonios se cree que es para venir a mi casa a manchar la memoria de mi cuñado?! ¡Váyase de aquí o llamaré a la policía!

Adam, al escuchar los gritos de Laureen, se acerca corriendo a la puerta, y se queda parado en seco al ver a Eleanor.

—Hola, Eleanor —saluda tenso—. Cuánto tiempo.

—Buenos días, Aiden. Veo que te has recuperado por completo.

—Sobrevivimos lo mejor que podemos.

—No va a quedarse en nuestra casa, ¿me oye? —grita de nuevo Laureen—. No tiene ningún derecho.

—Tranquilízate, cariño —susurra Adam en su oído, colocando las manos sobre sus hombros.

—Siento discrepar, Señora McBride, pero tengo todo el derecho del mundo. El contrato que su marido firmó dicta que mi marido puede hacer lo que crea necesario para determinar si después del accidente es Aiden quien ha sobrevivido.

—Ha tardado demasiado en actuar, ¿no te parece, Eleanor? —protesta Adam—
¿A qué viene que ahora quiera saber si soy yo realmente?

—Llevo todo un año intentando disuadirlo para que os deje en paz, pero no he podido hacer más. Al menos he conseguido que desestime hacerte una prueba de ADN, le he convencido de que es un proceso largo y costoso.

—¡Vaya, gracias! —contesta él con ironía.

—Mira, Aiden, esto me gusta tan poco como a vosotros, ¿de acuerdo? Yo no soy la mala de la película. O venía yo o lo hacía él en persona. Créeme, soy el menor de vuestros problemas.

—Muy bien, pasa —contesta Adam apartándose de la puerta.

—Pero Aiden... —protesta Laureen.

—Confía en mí, cariño. Todo va a salir bien.

Adam sube el equipaje de Eleanor a la habitación de invitados. Por suerte, la mujer sale a hacer unos recados, y ellos aprovechan la oportunidad para pasar toda la ropa de Adam de su habitación a la de Laureen. Cuando terminan, Adam se encierra en el despacho para buscar el maldito contrato y averiguar cuántas cláusulas más les ha ocultado Aiden. Laureen entra poco después y se sienta en el brazo de su silla para leer el contrato también.

—Por suerte no hay nada más que tengamos que temer —susurra ella.

—¿Cómo pudo ser tan estúpido mi hermano? Este rancho no vale lo que él ha sacrificado durante todos estos años.

—Tú también estás renunciando a muchas cosas, y lo siento.

—No es lo mismo, Laureen. Yo no tengo que arrastrarme a los pies de un viejo que me odia. Él tuvo que hacerlo muchas veces.

—Pronto saldaremos la cuenta, estoy segura. Con la indemnización del accidente pagamos más de la mitad de lo que quedaba, en unos meses podremos volver a respirar.

—Mientras tanto nos tocará lidiar con Eleanor. No la conozco demasiado, mi hermano decía que es una buena mujer, pero no me fío ni un pelo de ella.

—¿Y si me confundo? ¿Y si digo tu nombre por error delante de ella?

—Laureen, mírame. —Sujeta su cabeza con ambas manos y la acerca hacia sí—. Todo va a salir bien, te lo prometo. Podremos con esto. ¿Qué te parece si vamos a casa de mis padres a comer? Así nos despejaremos un poco. Eleanor tiene que vivir aquí, pero eso no significa que nosotros debamos estar con ella todo el tiempo.

—Pero tienes que trabajar...

—Llamaré a los chicos para que se ocupen de todo.

Capítulo 23

Cuando llegan a casa de los padres de Adam, descubren que su hermana también se encuentra allí. En cuanto su padre les ve, sabe que algo no anda bien.

—¿Qué ocurre, hijo? Traes muy mala cara.

—Tenemos un problema serio, papá. Andrew Kingston ha enviado a su mujer a vivir una temporada en el rancho para ver si realmente soy Aiden.

—Creo que ha descubierto nuestro plan —susurra Laureen—. Ha sido culpa mía.

—¿Pero qué estás diciendo, hija? —dice Mandy abrazándola—. Tú no tienes la culpa de nada.

—¿Y por qué actúa ahora? —pregunta Beth—. Aiden murió hace casi un año.

—Su mujer dice que ella le ha retenido hasta ahora —añade Laureen.

—Ese maldito hombre no va a parar hasta que destruya a mis hijos, y no se lo pienso consentir —dice Mandy quitándose el delantal—. Ahora mismo voy a tener unas palabras con él.

Carl sostiene a su mujer para impedir que salga por la puerta.

—Tú no vas a ir a ninguna parte —ordena—. Lo único que harías sería empeorar las cosas, cariño.

—¿De qué estáis hablando? —pregunta Adam extrañado.

—Andrew no va a parar hasta vengarse de tu padre por haberle quitado a la mujer que amaba, Adam —dice Mandy.

—¿Estaba enamorado de ti? —pregunta su hija sorprendida.

—Yo no he sido vieja siempre, ¿sabes, Beth?

—Andrew y yo éramos compañeros de habitación en la universidad —explica Carl—, y además buenos amigos. Cuando conocimos a vuestra madre, ambos nos enamoramos de ella, pero ninguno dijo nada.

—Tenían miedo de que el otro se burlase de su amor, los muy idiotas —protesta Mandy.

—Cuando empecé a salir con vuestra madre, Andrew se puso como loco. Creía que lo hacía para herirle, y juró que algún día se vengaría de mí.

—Pero se casó con Eleanor —dice Beth—. Debería haber pasado página.

—Andrew nunca ha estado enamorado de ella —confiesa Mandy—. Solo se casó para hacerse con los hoteles de su familia.

—Pobre mujer —lamenta Laureen—. Debe ser un infierno vivir así.

—Debemos irnos —dice Adam levantándose—. Tenemos que ejercer de anfitriones por una temporada.

Cuando vuelven al rancho, Eleanor está en la cocina, enfrascada en la cena. Adam sube a su despacho para adelantar un poco el papeleo, y Laureen se acerca a ella.

—Eleanor, no hace falta que cocines, yo me encargo.

—Tonterías. Si voy a vivir aquí por un tiempo, lo justo es que te eche una mano, y me gusta cocinar. Mira, Laureen, a mí me gusta esta situación tan poco como a ti, pero si quiero que mi marido os deje en paz de una buena vez debo pasar aquí un tiempo.

—¿Cómo dices?

Laureen se ha quedado muda de la impresión.

—¿En serio crees que a mí me importa algo si es Aiden o su hermano el que está en el despacho? Yo me alegré de que mi hija se casara con Aiden, ¿Sabes? Es un gran hombre y la hizo feliz hasta el día de su muerte. El único que no estaba conforme con esa boda fue mi marido, porque nunca ha llegado a sobreponerse del rechazo de Amanda.

—Así que lo sabes... Lo siento.

—Sí, bueno. No es agradable saber que el hombre al que has amado toda tu vida está enamorado de otra mujer. Pero mi padre me obligó a casarme con él, así que me puse la fachada de mujer egocéntrica para aparentar que nada de eso me importa, y me ha ido bien hasta ahora.

—No ha debido ser fácil.

—No, no lo ha sido. Amo a mi marido, pero no estoy de acuerdo en que destruya la vida de Aiden por un error que es solo y exclusivamente suyo.

—Siento haberte juzgado, Eleanor.

—Mira, Laureen, no me importa quién de los dos hermanos sobrevivió a ese accidente. Sea quien sea, pasaré aquí el mes que mi marido considera suficiente para saber quién es en realidad Aiden. Y cuando me vaya, le diré que sus sospechas son infundadas para que os deje vivir tranquilos, te lo prometo.

—Gracias, de verdad.

—Me tomaré este tiempo como unas largas vacaciones lejos de las responsabilidades de las empresas de Andrew. —Sonríe—. Antes yo también vivía en un rancho, así que creo que nos las podremos arreglar juntas. Ve a disfrutar de tu marido, os avisaré cuando la cena esté lista.

Laureen se aleja por el pasillo mirando con otros ojos a la mujer que tararea en la cocina. La verdad es que ha debido pasar un auténtico infierno, y aún así lo único que quiere es que ellos puedan vivir tranquilos sin la opresión de su marido. Entra en el despacho y encuentra a Adam enfrascado en una montaña de papeles, y se sienta frente a él sin mediar palabra. Él la mira de reojo, suelta el bolígrafo a un lado y se cruza de brazos.

—¿Ocurre algo? —pregunta.

—No, todo está bien. He estado hablando con Eleanor, y la verdad es que me ha dejado sorprendida.

—¿Qué te ha dicho?

—No va a delatarnos si descubre que no eres Aiden. Lo único que pretende es que su marido nos deje tranquilos, y por eso ha accedido a pasar un tiempo con nosotros.

—No te fíes demasiado, quizás es una treta para que confieses que no soy Aiden.

—No sé qué pensar. Parecía realmente sincera, pero aún así me andaré con cuidado. En cualquier caso, no tengo nada que hacer, y venía a ver si necesitas ayuda con las cuentas.

—No, ya casi he acabado.

—Tu “suegra” me ha mandado a disfrutar de ti, literalmente.

Adam suelta una carcajada que reverbera por toda la habitación.

—No te rías, se ha apoderado de mi cocina y no piensa devolvérmela hasta que se marche.

—Bueno...

Adam se levanta de la silla y se apoya en el escritorio junto a ella. Tira de su mano para ponerla de pie, y rodea su cintura con los brazos.

—Yo sé algunas maneras muy placenteras de disfrutar de mí —ronronea.

—¿Ah, sí? ¿Y alguna de ellas se puede llevar a cabo en este momento?

—Unas cuantas, sí.

—Quizás si me haces una demostración...

Adam se apodera de su boca como un niño hambriento. No han vuelto a hacer el amor desde que perdieron al bebé, y ver que Lauren está juguetona y dispuesta le ha calentado la sangre a mil grados centígrados. Lauren pasea las manos por su pecho hasta enlazarlas en su cuello, y pega su cuerpo al de él para sentirle más cerca.

—Te deseo aquí y ahora, nena... —susurra él.

—¿Y a qué esperas? Estoy justo aquí...

Cuando Adam comienza a desabrochar los botones de la camisa de Lauren, llaman a la puerta.

—¡Maldita sea! —susurra él.

—La cena está lista. —Es la voz de Eleanor—. Os espero en el comedor.

Lauren no puede evitar reírse ante la cara de decepción de Adam, y escapa de sus brazos para poder ponerse bien la ropa.

—Esto no acaba aquí, Lauren. Ya hablaremos después de cenar.

La cena transcurre en relativo silencio. La tensión entre Adam y Lauren puede sentirse en el ambiente, y Eleanor no puede reprimir la sonrisa al pensar en lo que estaría ocurriendo en el despacho cuando subió. Realmente duda que ese muchacho sea su yerno, pero le gusta ver que su viuda está rehaciendo su vida con él. Cuando terminan de cenar, Lauren la ayuda a recoger la cocina, y ella aprovecha para indagar un poco más.

—Siento haber interrumpido antes, no sabía que estabais ocupados.

—¿Qué? ¡No! —contesta Lauren poniéndose roja como un tomate— Estábamos terminando las cuentas del rancho. Con todo lo que ha pasado Aiden las tiene un poco descuidadas.

—He oído que has perdido a tu bebé, lo siento mucho.

El dolor se refleja en la cara de la muchacha, y Eleanor se arrepiente de inmediato de haberlo mencionado.

—En cuanto podamos, volveremos a intentarlo. El médico dijo que había sido por todo el estrés del accidente.

—No saber si Aiden iba a sobrevivir debió ser muy duro.

—Pasé muchas noches en vela junto a su cama rezando para que lo hiciera. Puedo tener más bebés, pero su padre es irremplazable.

—He visto que Aiden lleva el mismo tatuaje que su hermano.

—Así es. Se lo hizo cuando salió del hospital. Necesitaba tener una parte de él, y ese tatuaje tenía un significado especial para Adam.

—Es un bonito gesto por su parte. Bueno, me voy a la cama. Que descanséis. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Eleanor.

Laureen termina de doblar los trapos y sube a su habitación. Adam ha ido a darle de comer a los caballos, y sabe que en cuanto vuelva retomarán lo que han dejado a medias en el despacho. Se pone un camisón blanco muy sexy con una bata a juego, está deseando que Adam le ponga las manos encima.

Ha descubierto que le gusta mucho Adam. Cualquiera podría creer que es porque se parece a Aiden, pero nada más lejos de la realidad. Le gusta justamente por todas esas cosas que les diferencian, como su seguridad, su rudeza, su masculinidad... Le gusta su espontaneidad, su carácter divertido, su cara de niño travieso. Mientras Aiden siempre fue el amante romántico que toda mujer sueña tener, Adam es la pasión y el deseo hechos hombre. Lo que está comenzando a sentir por él la asusta mucho, porque es el pasaporte a volver a sufrir por amor. La otra noche le escuchó hablando con su hermano de Anna, y sabe que aún está enamorado de ella. Aunque mientras dure el engaño van a pasarlo muy bien juntos, sabe que en cuanto todo esto termine ellos volverán a estar juntos, y eso le desgarrará el alma.

Está cepillándose el pelo cuando Adam entra en la habitación y deja el sombrero en la silla. Laureen no puede evitar relamerse al verle ahí parado, tan viril, tan deseable. Casi sin darse cuenta se acerca a él y enreda los brazos en su cuello para besarle, pero él se aparta, aunque no la suelta.

—Estoy sucio y huelo a caballo. Espera que me dé un baño.

—¿Me deseas, Adam? —susurra ella.

—¿Acaso lo dudas?

Adam pega sus caderas a las de ella, para hacerla notar el bulto de su erección.

—Esto es lo que me provocas cada vez que estás cerca, Laureen —ronronea.

—Entonces déjate llevar.

Adam le acaricia los brazos, el cuello, la espalda, y sus ojos se cierran automáticamente.

—¿Tienes idea de lo que siento al tocarte? —susurra Adam— No puedo quitarme de la cabeza las veces que hemos hecho el amor. Eres irresistible, Laureen.

Cuando los labios de Adam se unen a los suyos, Lauren se rinde por completo. No quiere luchar contra esto, no quiere desaprovechar la oportunidad de estar entre los brazos del hombre por el que suspira cada noche. Desea entregarse a sus sentimientos y dejarse llevar, ¿pero qué pasará si él nunca siente lo mismo por ella? Todo esto es una aventura pasajera, lo sabe. Adam lo único que siente por ella es deseo, pero ella lo que siente es amor. Un amor lujurioso y desenfrenado que la deja sin respiración. Un amor profundo, demasiado intenso para hacer las cosas a la ligera. Pero Adam es capaz de hacerla perder la cabeza, y quiere explorar esos sentimientos a pesar de que las consecuencias pueden ser mortales para su corazón.

Esa noche se recrea en su cuerpo, la explora sin dejarse ni un solo centímetro, y cuando ambos llegan al orgasmo, Lauren está completamente segura de una cosa: se ha enamorado de Adam. ¿Cómo va a sobrevivir a eso? Había amado a su marido, pero lo que siente por el hombre con el que acaba de compartir su cama es mucho más fuerte, mucho más intenso.

Cuando Lauren se queda dormida, Adam sale de la cama y se acerca a la cocina a coger una cerveza. Lauren está acabando con todas sus defensas, y si sigue así va a terminar siendo un muñeco entre sus manos. ¿Por qué demonios tiene que haberse enamorado de ella? De todas las mujeres que existen sobre la faz de la tierra, ¿por qué ha tenido que enamorarse de la única que no puede tener? Maldito sea el día en que la conoció. Maldito sea su hermano por haberla traído al rancho, por haberla amado, por haberse casado con ella. Es tal la impotencia que siente que destroza la botella entre sus dedos, llenándose la mano de cortes.

—No creo que consigas arreglar nada destrozándote la mano de esa manera.

Eleanor se encuentra en la puerta de la cocina, con un vaso de leche vacío en la mano.

—Déjame que te cure esos cortes —dice acercándose a él.

—No hace falta, yo mismo lo haré.

—No digas bobadas, te será imposible hacerlo bien.

Eleanor saca el botiquín del armario y comienza a desinfectar la herida y a sacar los cristales.

—¿Problemas en el paraíso? —pregunta ella como si nada.

—Nada que no pueda solucionar.

—Quizás pueda ayudarte.

—No lo creo, pero gracias de todas formas.

—Entonces voy a contarte una historia. Había una vez un hombre que se enamoró de la mujer de su mejor amigo. Era la mujer más maravillosa que jamás hubiera conocido, pero su lealtad por su mejor amigo hacía que ella fuese inalcanzable para él. Con el paso del tiempo, su amigo cayó enfermo y murió, dejando a su viuda y a su mejor amigo desolados.

—¿Qué...

—Déjame terminar —interrumpe ella levantando la mirada—. Esas dos buenas personas se ayudaban mutuamente apoyándose el uno en el otro, y llegó el día en que el hombre se dio cuenta de que seguía perdidamente enamorado de la mujer, pero tenía miedo de sus sentimientos porque estaba seguro de que ella seguía amando a su mejor amigo.

—Continúa —dijo Adam.

—Pasaron los años y, cuando ella yacía en su lecho de muerte, el hombre decidió confesarle que siempre la había amado. Tras su declaración, ella murió con lágrimas en los ojos, y las últimas palabras que pronunció fueron “Yo también te he amado”.

—Bonita historia, pero ¿qué tiene que ver conmigo?

—Nada, Aiden. Tú estás felizmente casado con la mujer que amas, ¿no es cierto?

—Sí, así es.

—No hagas caso de esta anciana, solo tenía ganas de compañía. —Se da la vuelta para marcharse—. Por cierto, mañana regreso a casa, no me hace falta quedarme todo un mes. Ya he visto todo lo que necesitaba ver aquí. Tu deuda está saldada, Aiden McBride, mañana mismo te daré las escrituras del rancho a tu nombre. Nunca olvides la historia que acabo de contarte, es un buen consejo para alguien perdido.

—Gracias, Eleonor. En serio, gracias por todo.

—No tienes que darlas. Bastante mal lo has pasado a causa de mi familia. Lo justo es que te devuelva un poco de la felicidad que mi marido te robó. Buenas noches.

—Buenas noches.

Adam sube de nuevo al dormitorio que comparte con Laureen y se mete en la cama, abrazándola con fuerza.

—Adam, ¿dónde estabas? —pregunta ella somnolienta.

—He ido a comer algo. Me moría de hambre. Vuelve a dormirte.

—Mmm...

Laureen se da cuenta de la venda que tiene en la mano, y enciende la luz de la mesita para observarla bien.

—¡Adam! ¿Qué te ha pasado en la mano?

—No es nada, se ha roto un vaso y me he cortado al recogerlo. Laureen...

—¿Qué?

—Me alegra que estés conmigo.

Ella le mira divertida y se acurruca entre sus brazos.

—Estás muy raro esta noche.

—Buenas noches, cielo.

Cuando Laureen se levanta a la mañana siguiente, Adam ya se encuentra en la ducha, y sale de ella vestido únicamente por una toalla anudada en su cintura. Se le seca la boca en cuanto le ve, no puede evitarlo. Cuando descubre que ella ya se ha despertado, la mira de forma traviesa, se quita la toalla y salta sobre ella para besarla, quedando tendidos sobre la cama.

—¡Adam! ¿Qué haces? —pregunta ella entre risas.

—Atacarte. —Beso—. Sorprenderte. —Beso—. Excitarte. ¿Lo estoy logrando?

—Dios, sí... pero... ¿Qué te pasa esta mañana?

—Digamos que soy un hombre más sabio. Y que Eleanor me dijo anoche que hoy se marcha y que la deuda queda saldada. Una semana más y seremos libres, Laureen.

—Dios... por fin...

—Y cuando esto ocurra, tú y yo tenemos unos cuantos asuntos que solucionar.

—Sí, debemos devolverte tu identidad real.

—Entre tantas cosas. Vamos, levántate. Vamos a Tyler a decírselo a la familia.

Cuando salen de la habitación para bajar a desayunar, ven a Eleanor llevando sus maletas.

—¿Ya te vas? —pregunta Laureen.

—Sí, necesito volver a mi casa para arreglar mi vida.

—Déjame, yo bajo las maletas —dice Adam—. Te acercamos a Tyler si quieres, vamos de camino.

—No te preocupes, ya he llamado un taxi.

Eleanor abre su bolso y saca unos papeles, que le entrega a Adam. Él los mira sin comprender, pues ha puesto el rancho a su nombre, y no al de su hermano.

—Creo que te has confundido, has puesto el nombre de mi hermano.

Eleanor sonríe, y caricia la mejilla de Adam con cariño.

— En serio crees que me he creído en algún momento que eres Aiden? Desde que entr e por esa puerta s e quién eres, Adam. Pero como dije, ni tú ni tu hermano tenéis la culpa de la amargura de mi marido. Este rancho es tuyo, y la deuda est  saldada. Acepta lo que te ofrecí anoche como compensación por todo lo que habéis tenido que pasar, y ordena de nuevo tu vida sin miedo.

—Gracias, Eleanor. Yo... no s e qué decir.

—No digas nada. Solo sigue mi consejo de anoche,  de acuerdo?

—De acuerdo. De verdad, gracias por todo lo que has hecho por nosotros.

—No hay de qué. Y dile a tu madre que uno de estos días ir  a visitarla. Llevamos demasiado tiempo alejadas la una de la otra.

—Se lo dir .

—Y ahora me voy, tengo un divorcio que llevar a cabo. Ya estoy cansada de vivir una vida que no me corresponde. —Besa a ambos en la mejilla—. Espero que se is todo lo felices que yo no pude ser.

Capítulo 24

Las semanas que siguen a la marcha de Eleanor son una auténtica locura. Lo primero que hacen es devolverle la identidad a Adam, con la ayuda de Sebastien y Clay. Adam siente que le debe a Anna una explicación, así que se acerca a la biblioteca para hablar con ella.

—Hola, Anna.

La muchacha se da la vuelta al oír su voz, y le mira con reproche.

—Vaya, veo que te encuentras muy bien, Adam McBride.

—He venido a explicarte...

—No hay nada que explicar. Me querías fuera de tu vida y lo conseguiste. Fin de la historia.

—¿Eso crees? ¡No tuve opción, Anna! Tenía que hacerme pasar por mi hermano para conservar el rancho. Si no lo hubiese hecho, lo habría perdido todo.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo, Adam? Podrías habérmelo contado y te habría apoyado. Si te callaste fue porque no me querías lo suficiente.

—Lo siento, yo...

—¡Admítelo de una vez, Adam!

—Tienes razón. No soy lo bastante bueno para ti. Estaba enamorado de mi cuñada e intenté rehacer mi vida contigo, pero no sirvió de nada. No te dije nada porque no quería causarte un daño mayor al que ya te había causado.

—Gracias por ser sincero conmigo, de verdad.

—Sé que ahora sales con otra persona, espero que seas muy feliz.

—Lo soy. Sebastien es un hombre maravilloso, y vamos a casarnos.

—¿Le amas?

—Sí, le amo. Tú siempre ocuparás un lugar especial en mi corazón, Adam, pero ahora sé que jamás habría funcionado.

Cuando llega a casa ya es tarde, y descubre a Laureen acostada en la cama del cuarto de invitados.

—¿Se puede saber que haces aquí? —pregunta— ¿Por qué no estás en nuestra cama?

—La farsa ha terminado, Adam. Puedes seguir con tu vida.

—¿A qué viene esto ahora?

—Sé que has ido a ver a Anna. Has vuelto con ella, ¿verdad?

—¿De dónde te has sacado esa estupidez? He ido para contarle la verdad y pedirle perdón, no para volver con ella.

—¿La sigues queriendo?

—¿Qué? ¡No! Laureen... ¡Va a casarse con tu hermano!

—¿Con Seb? —pregunta sorprendida.

—Sí. Hace tiempo que salen juntos, están enamorados y yo me alegro por ello. ¿Se puede saber qué pasa realmente, Laureen?

—No podemos seguir así, Adam. Es mejor que dejemos de acostarnos juntos.

—¿Eso es todo? Lo único que te ha faltado decirme es que ha sido un placer. ¿Es que te has cansado de mí?

—¡Claro que no!

—¿Entonces? Creía que todo lo que hemos pasado juntos, todo lo que hemos vivido, te importaba. Creía que yo te importaba. ¿Por qué te has acostado conmigo, Laureen? ¿Porque necesitabas a un hombre que te calentase la sangre y yo estaba a mano?

—¿Cómo puedes pensar eso? ¡Claro que me importas, y más de lo que crees!

—¿Entonces cuál es el maldito problema?

—¡No quiero volver a sufrir!

—¿Qué demonios tenía mi hermano para que le tengas en un altar, Laureen? ¿Qué tengo que hacer para que le olvides y me des a mí una oportunidad?

—Adam...

—Te quiero desde que te vi parada junto a mi hermano el día que te trajo a esta casa, Laureen. Lo he intentado todo para olvidarte, pero he sido incapaz de hacerlo. Me he maldecido, he intentado rehacer mi vida, pero todo ha sido inútil.

Laureen está en estado de shock. ¿Adam le está diciendo que la ama?

—No puedo más, Laureen, toda esta maldita farsa solo ha servido para que te quiera aún más. He llegado a creermelo que realmente habías empezado a quererme, pero veo que es imposible.

Adam se da la vuelta para marcharse, pero ella le retiene del brazo.

—¿Dónde vas? —pregunta en un susurro.

—Necesito tomar el aire y pensar —contesta sin volverse.

—¿Y no crees que quizás yo tenga algo que decir respecto a lo que acabas de contarme?

Adam se vuelve y descubre que ella tiene los ojos anegados en lágrimas, y no puede reprimir el impulso de abrazarla.

—Lo siento, de verdad que siento todo esto, cariño. Creo que será mejor que me vaya por un tiempo. Hablaré con Sebastien para que me alquile una habitación.

—¡Maldita sea, Adam! ¡Escúchame!

Él se aparta de ella para mirarla.

—No tienes que irte a ningún sitio, ¿entiendes? Tu sitio está aquí, conmigo. ¿En serio crees que todo lo que ha pasado entre nosotros ha sido porque te pareces a Aiden?

—Yo...

—Tú solo supones, Adam, pero no podías estar más equivocado. Es cierto que amé a Aiden. Le quise mucho y me quedé destrozada por su muerte, pero en ningún momento me acosté contigo pensando en él. Me acosté contigo porque quería estar contigo. Contigo, Adam McBride.

—¿En serio?

—¿Acaso no te das cuenta de que te amo? ¿De que no puedo vivir sin ti? Dios, lo que sentí por Aiden fue maravilloso. Pero tú... contigo es explosivo. Quizás no me creas, pero estoy enamorada de ti. Y si dije que no quería hacerme más daño fue porque creía que tú no me querías.

Adam la besa suavemente en los labios.

—¿En serio me quieres?

—Sí, claro que te quiero. Y no porque te parezcas a tu hermano, sino porque eres completamente diferente a él.

—Yo también te quiero.

—Gracias a Dios. Creí que me moría, Adam. Pensar que todo terminaba estaba acabando conmigo

—Ya pasó, amor mío. Ahora estamos juntos. Eso es lo único importante.

Se han acabado por fin las dudas y los miedos. ¡Dios, Laureen le quiere a él! Por fin su vida está en orden. Laureen y él hacen el amor durante toda la noche, y cuando por fin ella se duerme rendida entre sus brazos al llegar la madrugada, permanece largo rato mirándola. No quiere dormirse, está viviendo un sueño y no quiere despertar y darse cuenta de que nada es real.

Laureen se despierta y ve a Adam mirándola. Le sonrío y besa la mano con que la acaricia.

—¿Por qué no duermes un rato? —susurra— Mañana estarás rendido.

—Estaba pensando.

—¿En qué pensabas?

—En Eleanor.

—¿En Eleanor?

—Me contó una historia a modo de consejo y tenía razón. Si no llega a ser por ella quizás te habría perdido.

—No digas eso.

—Es verdad. De no ser por ella, no me habría atrevido a decirte nada. Mi lealtad hacia mi hermano nunca me lo hubiese permitido.

—Yo creo que Aiden se alegra por nosotros esté donde esté.

—¿Tú crees?

—Sí, lo creo. Y ahora vamos a dormir, necesitas descansar.

Adam la besa una última vez antes de apoyar la cabeza en la almohada.

—Te quiero —susurra.

—Y yo a ti.

Adam duerme profundamente, y sueña con su hermano. Aiden se encuentra en el prado, cerca del lago. Cuando Adam llega a su lado, se vuelve hacia él con una sonrisa.

—Hola, hermano. Hace mucho que te espero.

—Aiden...

—No te preocupes, no pienso llevarte conmigo. Algún día supongo que sí, pero desde luego no ahora.

—¿Cómo estás?

—Muy bien. Allí donde me encuentro me tratan muy bien. ¿Cómo estás tú?

—Bueno, ahora que por fin vuelvo a ser yo todo va mejorando.

—Y apuesto a que Laureen te hace la vida más fácil, ¿no es así?

—Respecto a Laureen...

—Hermano, siéntate conmigo. Tenemos que hablar y no tengo mucho tiempo.

—Aiden...

—No me interrumpas. Estoy aquí porque sé que hasta que no hable contigo no serás capaz de vivir en paz. Dime, ¿qué sientes por Laureen? Y quiero que seas absolutamente sincero.

—La amo. Intenté olvidarla, pero cuando tuvimos que representar toda esta farsa para conservar el rancho todos esos sentimientos volvieron a aflorar.

—Y has estado martirizándote todo este tiempo por ello, ¿No es así?

—¡Es tu mujer! ¿Cómo no iba a sentirme culpable?

—Hermano, yo ya no estoy entre vosotros, y ambos merecéis ser felices. Me alegro de que Laureen se haya enamorado de ti.

—¿Te alegras?

—Por supuesto. ¿Con quién iba a estar mejor que contigo? Laureen es una buena mujer, y se merece a un buen hombre. Y no conozco mejor hombre que tú, Adam.

—¿En serio lo apruebas?

—En serio. Y nunca tengas dudas de su amor por ti, hermano. Laureen se ha enamorado de ti por todas las cosas que nos diferencian. Ella se apoya en ti porque eres fuerte, seguro, responsable. No porque seas mi doble ni mucho menos. Además, recuerda que siempre pudo diferenciarnos.

—Gracias por estar aquí, hermano. Gracias por tu bendición.

—No creí que la necesitaras, hermano. Creía que me conocías lo suficiente para no llegar a esto.

Aiden se levanta del suelo y se vuelve a mirarle.

—Tengo que irme ya, Adam. Pídele a Laureen que se case contigo y sé feliz. Ya va siendo hora de que lo seas.

Aiden se aleja y se pierde tras la niebla. Adam se despierta sobresaltado, despertando también a Laureen.

—Adam, ¿qué ocurre?

—Nada. Vuelve a dormirte.

—¿Estás bien?

—Sí, ha sido solo un sueño.

—¿Quieres hablar de ello?

—No es nada importante, amor mío. Vuelve a dormirte.

—Ven aquí. —Le abraza—. Ahora estás a salvo —bromea—. Buenas noches.

—Buenas noches. Por cierto... ¿Te quieres casar conmigo?

—¿Qué? —dice ella incorporándose sorprendida.

—Ya sé que no es muy romántico, pero alguien me dijo que no perdiera el tiempo. Aunque si quieres puedo planear algo más romántico para el fin de semana...

—Adam, para mí ha sido lo más romántico del mundo. Y sí, me quiero casar contigo.

—¿En serio?

—En serio —contesta ella entre risas y lágrimas.

—Te amo.

—Y yo a ti.

Epílogo

Adam no deja de dar vueltas en la sala de espera del hospital. No ha vuelto a pisar uno desde que Laureen perdió al bebé hace dos años. Ni siquiera cuando nacieron sus sobrinos lo hizo. Prefirió recibirles en casa, y sus padres lo entendieron perfectamente.

Pero esta vez es distinto. Apenas han pasado ocho meses desde que se casó con Laureen, y ahora ella se encuentra en el quirófano del hospital dando a luz a su hijo. Aunque han pasado mucho miedo durante el embarazo, al final todo ha salido bien, y en pocas horas podrá sostener entre sus brazos a su hijo y besar a su mujer. Sebastien se acerca para avisarle de que la hora se acerca, y su mujer quiere que él esté con ella en el momento más maravilloso de sus vidas. Cuando entra a la habitación donde se encuentra su mujer, una enfermera le dice que se siente junto a su cabeza.

—Hola, mi amor —dice ella entre contracciones.

—Hola, mi vida. —Le sostiene la mano y le acaricia la frente—. ¿Cómo te encuentras?

—Tu hijo está un poco revoltoso esta tarde.

—Estoy muerto de miedo, cariño. ¿Seguro que va todo bien? —le pregunta a su cuñado.

—Todo está en orden, papá. Tranquilízate, que estás peor que mi hermana.

Dos horas más tarde, Adam sostiene entre sus brazos a su hijo, con los ojos anegados en lágrimas. Es la cosa más bonita que jamás ha visto, tan perfecto, tan pequeño... Se sienta junto a su mujer, y tras apoyar al bebé en su pecho, la besa con todo el amor que siente por ella en ese momento. Le ha hecho el mayor regalo que pudiese jamás llegar a soñar.

—Es perfecto, cariño —susurra Adam acariciando los deditos del recién nacido.

—¿Estás contento?

—¿Cómo no estarlo? Me has hecho el mejor regalo que me podías hacer en la vida. Se parece a Aiden, ¿no es cierto?

—Tiene vuestra misma nariz.

—Y nuestros ojos, los ojos de los McBride.

—¡Si aún no los ha abierto! —dice ella riendo.

—Los tendrá —contesta él con convicción.

Cuando Lauren ya está en la habitación, todos sus familiares llegan a recibir al recién nacido. La cansada madre se ha quedado dormida, pero Adam presume orgulloso de su primer hijo. Mandy sostiene a su nieto entre los brazos y le mira con amor.

—Es un niño precioso —confiesa—. ¿Tenéis ya un nombre para él?

—Aiden —dicen ambos al unísono—. Aiden McBride.

FIN